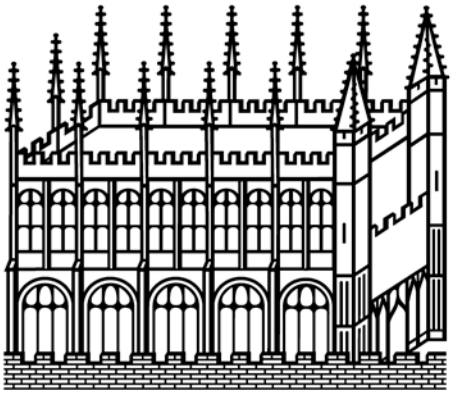


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

2094 e.105

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117. Madrid (España).

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

NUEVA UMBRÍA

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMERICA

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ: *Los chiapas* (Ríos de la Plata y Paraguay).

DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *Los caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCIÓN ZAPATA: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *Nueva Umbria: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

MATEO MONTALVO DE JARAMA: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656).*

3,50 cada vol.

BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

MATEO MONTALVO DE JARAMA

NUEVA UMBRÍA

CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE ESTE REINO EN 1518

MISIONES DE ROSA BLANCA Y SAN JUAN DE LAS GALDONAS EN 1656

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

BODLEIAN
- 6 JAN 1984
P
LIBRARY

NUEVA UMBRÍA

HISTORIA DE LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE ESTE REINO EN 1518, Y SU EVANGELIZACIÓN POR LOS FRAILES FRANCISCANOS

LA COMPUSO PARA EL USO DE SU MAJESTAD EL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

Este documento se ha copiado en la Sección Manuscritos, *de la Biblioteca Nacional, y va marcado allí con el número 23.446.*

Editorial-América.

(Madrid-España.)

PRIMERA PARTE

Los reverendos hermanos de la Orden Franciscana que emprendieron primeramente la evangelización de estas hermosísimas partes empeñáronse en nombrarla *Nueva Umbria* (1) en gracia de dos no menos hermosos motivos: uno, porque la preciosidad y vasta riqueza de sus costas aseméjase en grande manera á las tierras de Italia donde nació y creció y se hizo gloria de la humanidad y del divino Hacedor el seráfico Francisco de Asís, á cuya orden pertenecían en Compostela; y otro, porque perpetuando aquel nombre ahí tendrían siempre las generaciones venideras una no enturbiada fuente de ab-

(1) Actualmente constituyen esta región los estados del Bajo Magdalena y una parte del de Santander, en Colombia; y los estados Zulia, Táchira y Falcón, en Venezuela; razón por la cual está en ella la línea fronteriza entre estas dos repúblicas americanas.—*(Nota del copista.)*

negación y santidad en el propio recuerdo de aquel que vivió en fraternal amor con la naturaleza.

Pero los padres no tuvieron buen suceso en tan hermosa idea. Ya porque los primeros expedicionarios que llegaron con Cristóbal Colón difundiesen el de *Nueva Venecia*, ya porque otras escuadras arribadas á las costas de España le diesen otros nombres peregrinos, como *Paraguaná*, siguiendo el nombre que los indios le daban, ó *Maraibo*, como quisieron designarla los portugueses.

Es lo cierto que predominó el de *Nueva Venecia*, hasta que organizado el gobierno y virreinato de Santa Fe, entró á figurar todo el aglomerado de países ecuatoriales con el nombre de la cabecera principal, ó sea el asiento del virrey.

Y con esto muchos nombres locales provenientes de los puestos á las misiones, como *Santa Marta, Magangüé, La Ceiba, Maracaibo, La Guajira, Villamizar, Río de Hacha* y otros, siguiendo el primitivo nombre indio, ó el nombre del encomendero, ó el de alguna fecha ó santo.

Fueron estos padres:
José de la Concepción Orta.
Juan de Olaisola.
Agustín de Motamayor.
Félix Aquino y Osío.
Teodoro Barleta.
Eudosio Arosemena, y
Pánfilo de la Hoz.

Salieron del puerto de Cádiz á mediados de invierno, ó sea entre los meses de Diciembre y Enero, y obedeciendo á órdenes dadas en el Priorato de San Pedro de Ahumada Alta, donde á la sazón se encontraba Su Majestad, se dirigieron á las islas Terceras (ó Azores) como las llama la gente de mar, con el fin de requerir cincuenta caballos y diez mulas que estaban ahí por disposición del Alto Consejo de Indias con destino al virreinato del Perú, y que por mera disposición habíase dedicado á la expedición de los frailes.

No llevaban muchos buques, que sólo eran tres, pero bastante grandes, principalmente el nombrado *Cruz de los Ángeles*, que podía llevar hasta trescientos

hombres de tripulación y una urca de quinientas arrobas sobre cubierta para exploraciones de costa. Más dos morteros: uno en popa y otro en proa; veinte cañones, á diez por banda, y unas once barquillas de abordaje.

Era esta nave de velas de cuadro, normandas, con tres palos enmastelerados; pero los otros dos navíos eran de porte menor y de velas latinas, aunque sobradamente armados.

El capitán de escuadra, que llevaba el cargo de encomendero (aunque no el de adelantado, puesto que á los de esta designación se les consideraba inamovibles mientras no faltasen á la fe jurada á Dios y al Rey), era D. Gonzalo de Gamarra y Altagracia, marqués que fué después de Bella Vista; y como alguacil mayor y tesorero de Su Majestad, el sargento Lope de Ocampo, padre del que esta referencia hace.

Los demás oficiales eran mozos de la escribanía de Antequera y tres talaristas del colegio de San Sulpicio en Argamasilla.

Hacía de médico el bachiller Pedro Freytes y Guevara, quien marchaba en la expedición á la fuerza, pues fué el castigo que le impuso su padre, el duque de Uriosa, por haberse batido en duelo con el jefe de Alabarderos de Palacio, debido á rivalidad, en la que andaba una joven plebeya nombrada Justina Álsega, que era poco menos que ayudadora en la casa de confituras que existe en la calle de Tabernillas en Madrid.

De aquel duelo salió el bachiller descabalado en un brazo, y el jefe de Alabarderos con una estocada en el vientre que por poco envíalo al otro cielo.

Al bachiller costóle la aventura el viaje involuntario á las Indias; al alabardero la pérdida de la plaza, y á la Justina el haber tenido que marcharse de huídas á su tierra natal de Urumaco en Asturias.

¡Qué de cosas sazonadas ó impuras acarrea el amor á la gente joven y con bríos!

Ocurrió la medida al duque por ver de corregir á su aturdido primogénito; pero como acontece las más de las veces en el exagerado celo y el mucho rigor de los

castigos, ocurrió que el remedio fué más aleve que la enfermedad.

Adelante verán los que lean estas escrituras las terribles consecuencias que tuvo para el carácter vicioso y mendaz del bachiller el viaje á la India.

Entretanto, proseguiré la relación del vasto proyecto de los frailes.

Ellos tenían ya un plano numerado y corregido de las tierras que iban á evangelizar, y una multitud de documentos de informes ya facilitados por marinos, ya por oficinas francesas, de donde las habían tomado capuchinos de la misma Orden en aquella nación, ó porque el mismo Consejo de Indias les dió muchas indicaciones escritas.

Era de opinión el superior fray Juan de Olaisola el no arribar al Istmo, á fin de no tener que entrar por lo que fué después virreinato de Santa Fe, sino llegar directamente al lago dulce que se interna en la costa del mar del Norte. Dado el respeto y la fe profunda que todos tenían por el discurso y excelsa razón del Superior, no encontró obstáculo en su pensar.

Resolvieron, pues, encaminar la expedición hacia aquel punto tan lejano, que era casi como dirigirse por la vasta extensión del cielo á una estrella que se mira pequeña y remota como envuelta por una espesa y misteriosa niebla.

La travesía y prácticas en los varios puntos donde tocaron los navegantes fueron felices.

He aquí lo que dice con toda amplitud fray Pánfilo de la Hoz en memorial que dirigió al Superior en Compostela meses después, y cuyo documento he leído gravemente:

«En Dios gracias y buenaventura del Rey nuestro Señor, hemos rendido jornada de viaje. La mar estuvo mansa y el viento algo flojo, pero constante.

Sólo dolémonos de haber perdido unos once caballos, que murieron á bordo, víctimas del muermo y el encerramiento en las bodegas.

¡Si mirara vuestra señoría ilustrísima qué hermosas son estas riberas!

Son pueblos de indios que habitan en pequeñas casas de techumbre de hierbas, palmas, juncos lacustres y otras materias vegetales.

Todas estas casas están construídas sobre estacas y les pasa el agua del lago por debajo, haciéndolas aparecer como navegando.

Sin duda es este detalle lo que ha metido á muchos navegantes á nombrarla *Nueva Venecia.*

Mas nos creemos que merced á alguna diligencia de intento podremos acreditar de un todo el de *Nueva Umbría,* que nos empeñamos en ponerle para gloria y perpetuidad de nuestro glorioso y dulce fundador.

La chusma india es igualmente activa y laboriosa, tal como en las regiones descubiertas en la Nueva España en los tiempos del Almirante.

El lago que baña estas tierras es casi como un mar. Tanto, que en las horas de tormenta revuélvese enfurecido y espumoso como en las procelosas latitudes del propio Océano.

Pero debido á la valla que le ponen á las brisas las altas montañas que lo bordan, son poco frecuentes tales desórdenes.

Hemos hecho ya navegaciones á la otra parte en pequeñas naves, y nuestras excursiones han dado muy buenas cuentas.

Pero me alejé involuntariamente de lo muy mucho que tengo de decir á vuestra señoría respecto de otro negocio que interesa á la Orden, y es que señaladamente son menester unas cuantas familias españolas que vengan á ayudarnos, para que nuestra diligencia revista mayores proporciones y más posteridad y firmeza.

Estas naciones de indios son infinitamente mayores de lo que habíamos percatado, y no bastamos los expedicionarios para atender á todo lo concerniente á evangelización y colonización.

La tropa es numerosa; pero no podemos ponerla en eso: primero, porque la necesitamos armada para nuestra salvaguardia en caso de un ataque, ya de los enemigos por mar, ora en caso de una rebelión de algunas tribus distantes que aún

no nos han reconocido por estar en pugna con las tribus que están á nuestro lado; y segundo, porque sabe vuestra señoría lo muy ocasionados que son los tercios españoles á la mucha algarada y fornicación.

Por esto hemos pensado que la intervención de la gente de armas en la organización interior de las misiones, antes podría tener consecuencias en contra, puesto que darían motivos de zozobra y encono á los indios, viéndose quitados de sus mujeres y sus hijos.»

La carta de fray Pánfilo era expresiva asaz para que Su Señoría se diese gran priesa en atenderla. Se dirigió por medio de un posta directamente al Consejo de Indias y obtuvo el enganche de cincuenta familias para las misiones franciscanas aludidas.

Entraban en aquella expedición unas veinticinco familias del Reino de Aragón y otras tantas del de Galicia.

Iba como mayor general D. Anastasio de Villamizar, y como capitán de navío, haciendo el encargo de almirante, D. Auro Bustamante y López de Nava.

Navegaban en cuatro galeones de modesto porte, de los cuales dos debían ser remitidos á la isla de Granada con mantenimientos pedidos por el encomendero D. Pedro de Ojeda y Valencia, y los dos restantes, agregados á la escuadra llevada por los frailes para que juntamente ejerciesen de guarnición en toda la costa desde el Istmo hasta las bocas de Darién é isla de la Trinidad.

Este nuevo envío llegó también sin zozobra á la tierra firme empezando ya el año siguiente (20 de enero de 1519).

Aunque el padre José de la Concepción Orta no llevaba el cargo de adelantado, era en sí la persona de más autoridad; por cuyo motivo fué en todo el llamado á ejercer el mando.

Dispuso, pues, que Villamizar se fuese á la otra costa del lago y con él fray Pánfilo de la Hoz, á más de quince familias, treinta soldados y bastante cantidad de mantenimientos y simientes de cebada, trigo, ciruelas riojanas y algunas cabezas de ganado lanar y aves.

Rayando el alba, salió Villamizar del

pequeño puerto asentado en el estrecho que sirve de liga entre el lago y el mar (que ahí fué adonde primitivamente arribó la flota de los primeros descubridores, según documento de entonces que posee Su Alteza el Príncipe de Varna).

Al día siguiente, habiendo navegado toda la noche, miraron un claro como de un gran río que desembocaba en el lago.

Se dirigieron á él; pero como la sonda no diese suficiente fondo para el calado de los buques, viéronse forzados á echar áncoras los tripulantes y tomar tierra en los juncos que llevaban á bordo.

Es aquel un río bastante caudaloso; tanto, que pueden navegar galeones por su curso hasta muchas leguas montaña adentro.

La dificultad es para la entrada por la desembocadura.

Tanto las arenas que arrastra su corriente, como las que barren las olas del lago hacia afuera, se apelmazan ahí y forman grandes bancos en extremo peligrosos para las naves.

Esta gran cuenca que viene de las em-

pinadas serranías ecuatoriales, llámanla los naturales *Río de Catatumbo* (1).

Es aquella una región aún más hermosa que la que le queda enfrente, ó sea en el borde del Norte, puesto que su vegetación no es ya la misma de aquél, donde la tierra es gredosa y floja.

Son montes espesísimos de mucha y muy florida y lozana ramazón. La tierra firme y húmeda, en lo cual vió Villamizar que se podría fundar ahí una gran misión labradora.

El Padre De la Hoz escribió largamente al Padre Orta sobre las muchas sorpresas que le diese aquella tierra.

Entre otras cosas le habló detalladamente de una especie de cuervo de colo-

---

(1) Al lago de Maracaibo, como se le llama actualmente, ó lago del Coquivacoa, como lo llamó el aborigen, y aludido por el autor en la presente página, desembocan 120 ríos, 400 riachuelos y más de 500 arroyos; recoge las aguas de una región montañosa de más de 2.900 leguas castellanas. Junto con el Catatumbo son sus principales tributarios los ríos Zulia, Montatan, Sucuy y Escalante.

Las aguas del lago son dulces hasta muy cerca de su reunión con el mar en tiempo de calma, y un tanto salobres en una extensión de once leguas en tiempos de marea fuerte.—*(Nota del copista.)*

sal tamaño que abunda en aquella parte, y el cual pasa las horas en que no está cazando en una altura inconcebible del espacio volando pesada y lentamente (1).

El mismo aspecto del ave cuando está en tierra denota un carácter tardo y pesado. Verifican todos sus movimientos con lentitud, que, unidos á su singular conformación, danle una apariencia fea y desapacible. Son negros y tienen la cabeza despojada de plumas hasta medio cuello, siendo esta parte completamente encarnada.

El pico lo tienen á manera de garfio.

A pesar de su calma y cachaza, son muy desconfiados, y apenas divisan á alguna persona, emprenden grandes brincos y luego toman el vuelo á toda fuga.

En los ríos se entregan á la pesca con suma destreza.

Cuenta De la Hoz que un día miró en las orillas del río unos cuantos cuervos puestos en fila haciendo acoso de peces.

---

(1) Cuervo sur-americano distinto del conocido con el nombre de *zamuro* y que los criollos conocen por *oripapo*. (*Nota del copista.*)

Uno de ellos cogió un pez de gran tamaño y se le tragó vivo en un momento, pudiendo verse cómo el animal se removía en el buche.

Son muy voraces y se precipitan sobre la carne ó los despojos de cualquier animal con ansia suma.

Contaban los frailes que en el buche de un cuervo encontraron repetidas veces orejas y pies de reses selváticas, con sus pezuñas, y huesos de tales dimensiones, que siéndole imposible digerir los vomitaban. Contaban también que vieron algunas que tragaban tierra mojada en sangre; que una ave de aquéllas, aun medio muerta de un tiro, al caer en tierra, empezó á devorar la carne que se le había puesto de cebo.

Su caza es difícil por lo ariscos que son; pero su misma voracidad les pierde.

La Hoz cogió varios valiéndose del siguiente medio: ató un hueso de carnero en una cuerda y fijó ésta en tierra.

Los cuervos comieron el hueso, y mientran intentaban desprender la cuerda ó vomitar el cebo eran apresados.

Otra ave en demasía voraz de aquella región es una especie de pato que los naturales conocen con el nombre de *cotúa* (1).

Esta ave vuela vertiginosamente en enjambre con mucha viveza de revoloteos á pocos codos de distancia sobre un remanso ó extensión lacustre.

Como tiene una mirada sutil y en extremo penetrante, alcanza á ver los peces que se acercan á la superficie aun cuando sean turbias las aguas.

Desciende bruscamente, se sumerge, y un rato después sale con el pez atravesado en el pico ó engulléndoselo, y toma la altura á todo volar.

Hay en la ciénaga un pez oscuro y chato de cabeza que lleva, á manera de bigotes, dos dardos sumamente fuertes é incisivos, con los cuales se defiende de los otros peces.

La *cotúa* no se traga este pez sin antes

---

(1) Ave palmípeda, negra, algo más grande que el faisán; incansable pescadora. Abunda mucho también en las llanuras del Oriente de Venezuela, á la orilla de lagunas y caños.—*(Nota del copista.)*

haberle roto los dos aguijones, y esa operación la efectúa en el aire. Largándolo y volviéndolo á tomar con una destreza incomparable en el aire mismo, le quiebra las aspas y entonces lo engulle.

Entre las familias españolas había una mujer natural de Zaragoza, llamada Juana Ureña, que manejaba con suma gracia la honda, y situándose cerca de una pequeña ciénaga solía darse á cazar de relance á las cotúas pescadoras.

Mataba muchas y en la casa de la Ureña se regodeaban todos con una vianda jugosa y delicada en extremo.

El sistema de su caza por medio de la honda lo adoptó toda la familia de los Ureñas, luego los otros españoles y finalmente los indios.

Si no acabaron con la especie fué debido ello á la infinita misericordia de Dios en preverlo todo para que no desaparezcan de la tierra sus hermosas creaciones.

Villamizar estableció, una encomienda en la boca del río, otra encabezada por los Ureña en un sitio bastante hermoso, selva adentro, que nombraron San Fulgencio del

Frío, y marchó él por la costa á establecer, quince ó veinte leguas más adelante, otra encomienda para que fuese aquélla la mayor y por la cual se guiasen todas las de aquella región del lago.

Ya un tanto aligerados de organización y abastecimiento de mantenencias, emprendió La Hoz una excursión en una pequeña urca por las diferentes regiones, llegándose por el borde del Sur hasta la propia fluencia del lago en el mar y tomando luego por la otra hasta encontrarse con la fundación ya bautizada de Bella Vista por Orta.

Hizó La Hoz un estudio amplio y detallado del lago.

Toda la maravillosa relación que hizo fué enviada hasta con mapas y otros dibujos á Su Majestad el Rey, quien recibió mucho contentamiento de ello.

Y en certeza que es aquel Gran Lago de la Nueva Umbría (1) uno de los grandes portentos de la Naturaleza.

Es un mediterráneo todo él, pero con

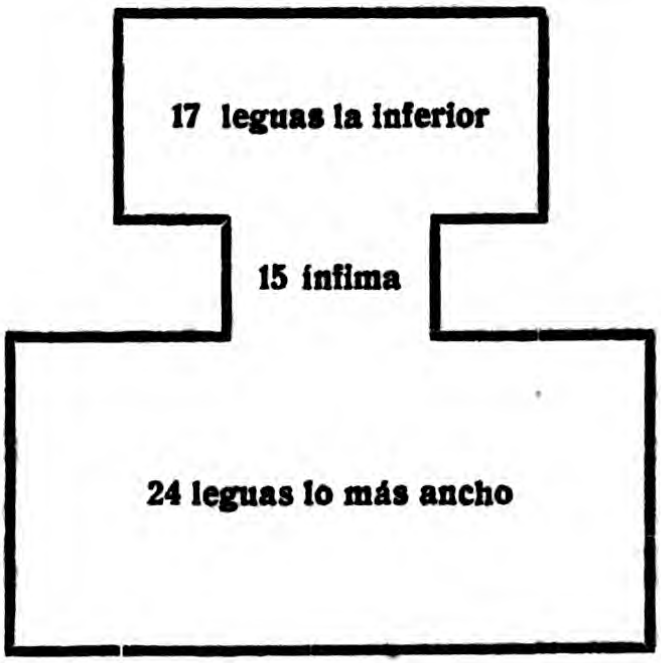
---

(1) Lago de Maracaibo.—*(Nota del copista.)*

más hermosura, luciendo en sus ribas dilatadas serranías que en largas cadenas van á perderse en otras escabrosidades sobrenaturales y que están perpetuamente coronadas de nieve.

Se halla situado á los 9° 2′ á 11° 1′ latitud N. y 3° 43′ á 5° 5′ longitudinal.

De 35 á 40 leguas castellanas de Norte á Sur y unas 800 de superficie, por 300 de circunferencia. Tiene forma de la manera siguiente:



La profundidad de las aguas en la barra es de unas dos brazas y media con va-

ciante, y poco menos el doble con llenante.

En la relación de La Hoz hay otros muchos sondeos efectuados por el cabo de marina Tomé Uracá, que trabajó sin reposo ayudando al sabio religioso.

Mas una de las cosas más sorprendentes según el mismo Uracá, y que él confiesa no haber visto nunca en otros sitios, es la color de las aguas del lago en algunos puntos.

Son ondas de una multitud de colores, pero con un misterio: porque al tomar un poco de ellas en un vaso, aunque se fije mucho y de cerca la vista, no se les nota diferencia ninguna del agua común, clara, flúida.

Su rareza, pues, está en su propio lecho del abismo.

Son como manchas errantes azules de un azul muy puro, amarillo como el oro de Indias, rojo encendido, verde, y algunos atornasolados.

La Hoz trató de indagar, pero sus esfuerzos fueron vanos.

El Supremo Hacedor gusta de poner

ciertas vedas á la curiosidad humana como para que sepa que hay una mano en la procelosa obscuridad de lo no adivinado que gobierna é impone.

Sus designios son inquebrantables y con ellos no puede la flaqueza de los mortales.

Mas no fué esto solo lo de mayor importancia en tan memorables ocasiones.

Mediando ya el año 19, un tanto despejado el ánimo y el discurso, ordenó otra excursión el Padre La Hoz.

Esto es, á las regiones de más allá del estrecho, que aunque decían los indios eran desiertas y ardidas por el sol más bravo de las Indias, instigaban mucho la curiosidad del incansable religioso.

Tenían la ventaja, y no poca, de que las tribus descubiertas no eran belicosas, como que en el año largo ya de trabajo no habían tenido la más ligera reyerta, sólo sí que el bachiller médico había dado no poco que censurar por sus demasías y atropellos, sacando la espada por fútiles motivos, ya contra los naturales, ya contra sus propios compañeros.

Mas al cabo vióse en la muy dura forzosa de quedarse en buena paz con todos. El exceso en los placeres sensuales arruinóle en poco tiempo los riñones, al extremo de tener que tomar cama juntamente con someterse al reposo absoluto y á la continua consumación de menjurges que le preparaba el Padre Olaisola.

Triste contraste aquel del médico reducido á ser curado en sus afecciones orgánicas por otros no tonsurados en la ciencia del nunca bien alabado Publio Senus Scévola.

Ahí donde la virtud honesta y solícita trabajaba como abeja agenciosa, irrumpió Amor y metió el escándalo de sus asperezas y desmanes.

Y no solamente eso, sino que algunos oficiales permitíanse agudas pullas contra él, mirándolo tan asendereado y abatido, poniéndose de perrísimo humor cuando le aludían llamándole «infortunado caballerito», palabrejas estas que hacíanle subir la mostaza á las narices.

Fray Agustín de Sotomayor intentó alguna vez aconsejarle, mencionarle que el

camino del hombre de bien y de sano entendimiento es el de la abstinencia de los vicios y arrebatos de la desmesurada lascivia; mas el docto joven sólo respondía con zumbas:

—¡Vive Dios! ¡cosas tenedes los frailes, que hacen reir á los legos!

Aplicábale con esto integralmente la copla tan en boga entre los tercios de Flandes.

El médico andaba peor de salud que todos los empíricos.

Pasando, pues, esta poca monta de la mucha indiscreción del mujeriego mancebo, todo marchaba á las maravillas en la fastuosa ínsula de *Nueva Umbría.*

—¡Decid á Monseñor Duque de Uriosa que su hijo está muy bien!

Esta fué la exclamación, un poco zumbante, del Superior el día que despachó un galeón para España.

A la sazón vino el padre La Hoz á Bella Vista, y acordó, con los otros frailes, la excursión á los desiertos de Oriente.

Partió con él, llevando un pelotón de infantería y seis acémilas cargadas con

mantenimientos y algunas armas el cabo Celedonio Ortiz, á quien acompañaba también su mujer Altagracia Santos y una veintena de indios.

Pasaron el estrecho á eso del atardecer, y acamparon para dormir en la ribera opuesta.

De ahí marcharon al día siguiente, no pudiendo adelantar sino unas nueve leguas, porque la zona, no obstante ser plana y sin obstáculos de piedras, desfiladeros y zanjas, estaba poblada de tremendos nopales, y una vegetación sarmentosa, erizada de buídas y venenosas espinas (1).

Esta emergencia, así como lo escaso de la provisión de agua que llevaban, hizo que La Hoz variara el rumbo, torciendo un poco hacia el Sur, vale decir, buscando la costa del mar, con la esperanza de que pudiese topar con algún riachuelo ú otra vertiente al rendir sus caudales al Océano.

Sucedió como lo había previsto.

Al día siguiente halló unos manantia-

(1) Especie de zarza tropical llamada comúnmente *guasábara*. De varias clases, siendo la más áspera la conocida con el nombre de *pica-pica*.—*(Nota del copista)*

les, entre ellos uno sumamente curioso.

Era una especie de roca berroqueña que se hallaba aforrada por espesa capa de musgos y helechos que, en el bloque más abultado, tenía un agujero por donde salía un chorro de agua fresca, ruidosa, viva, blanquecina, que al verterse en una especie de cuenca de roca también, formaba una especie de tazón, cuyas salpicaduras llenaban las hojas de los helechos de un reguero de diamantes.

En aquel sitio se detuvo la caravana. Habían llegado á la hora aciaga del mediodía, con un sol que arrasaba los ojos, haciéndolos enturbiar, y mordía salvajemente la piel.

La naturaleza toda es en aquella región áspera, roñosa, seca, dura y feral.

Chumberas inmensas, abundando un nopal que eleva á gran altura sus vástagos erizados de espinas, en forma de palos de navío; las escasas hierbas aquí y allá prosperan amarillentas y anémicas.

Se las ve que sufren la pesadumbre incurable de aquella Sahara tropical, ó que una pena muy vieja y muy honda les co-

munica las más inexorables melancolías.

Aquellos son los parajes de la tristeza y los desconsuelos: la horrura de las horas pesa sobre el cuerpo y sobre el espíritu torturado: es un rigor que aflige, que ultraja las mansedumbres de la fe en quien se encomienda á Dios y piensa que el mundo es un solo é inmenso hogar.

De suerte que aquella guedeja de agua bulliciosa y sonante brilló en el alma toda sombra de los viandantes como el rayo de luna á través de nubes de tormenta.

En torno del sano paraje había algunos árboles frondosos y abundantes herbazales.

Era aquello como un oasis en el desierto de Arabia.

En todo el trayecto recorrido no habían encontrado un solo pájaro; mas en aquel sitio oyeron los viandantes una millarada cuyos píos eran tan desmenuzados y sutiles que deleitaban el oído.

Mientras unos se tendían muellemente sobre la hierba y otros se entregaban á descargar las fatigadas y sudorosas acémilas, y otros con Altagracia empezaban

á encender lumbre para asar la carne, fray Pánfilo púsose en unión de dos soldados á reconocer minuciosamente el paraje.

La vocinglería de los alados, únicos habitadores de aquella soledad, se agrupaban especialmente en un árbol muy grande, copudo, hojoso en extremo, como que parecía impenetrable su follaje de un verde oscuro.

Todo él estaba cargado de fruto, de un modo caudaloso, y consistían sus riquezas en grandes racimos amarillos iguales á los racimos de uva (1).

Los pájaros, unos gorriones ágiles y de azuladas plumas, picoteaban en ellos hartándose como glotones (2), en tanto que enjambres de abejas voraces los tachonaban como de animadas esmeraldas.

---

(1) El árbol del *cotopris*, su fruto es como el racimo de uvas; pero amarillo, con cáscara, y el hueso, redondo y más grande, se encuentra envuelto en una carne rosada, dulce. *(Nota del copista.)*

(2) Los pájaros aludidos son los conocidos en Venezuela con el nombre de *Azulejos*; también con el de *dumi-sics*, palabras del idioma de los indios *Teques*, que quiere decir *Ave del Cielo*. Son estos pájaros inquietos y vivaces; sus brillantes plumas constituían uno de los ricos adornos de los indios *guaraúnos*.—*(Nota del copista.)*

Mandó La Hoz á que subiese uno de los soldados y bajase los racimos que pudiese.

Así lo hizo el soldado.

Por medio de una delgada cuerda bajó lo menos cincuenta racimos.

La bandada de pájaros huyó desaforadamente. Jamás, probablemente, habían visto ellos unos huéspedes semejantes en su alegre y calado palacio, todo belleza y frescura y miel.

El padre La Hoz probó las frutas y se deleitó en su extrema delicadeza y delicia al paladar.

—Paternidad—le dijo uno de los soldados—, ¿coméis esa fruta sin saber lo que es?

—Sí.

—¿Y si fuese ponzoñosa?

—No la comerían ni los pajarillos ni las abejas, mi buen Mateo.

—Es verdad—dijo el soldado, riendo con fray Pánfilo de su propia simplicidad.

Y después de hartarse arrearon con el acopio hacia el grupo.

Las mulas se entregaron á pacer y revolcarse deleitosamente en la hierba.

Los expedicionarios hicieron opípara cena rociada con puro de lo añejo del Norte de España, finalizando aquel postre divino ofrecido por la áspera madre tierra, que probó saber ser generosa también.

Al cerrar la noche rezaron, arrodillados todos, el trisagio en acción de gracias al buen Dios que, como da los trabajos y torturas de este mundo, sabe también regalar una gota de las mieles más rubias y más puras, para endulzar las amarguras de la vida.

Decididamente, pensó el padre La Hoz que era más juicioso emprender el avance por la costa del mar, la que encontrarían sin duda siguiendo el curso de tan delgada vertiente.

Iba á ser aquel el hilo que los sacaría de la maraña salvaje del desierto como del laberinto de Creta. Hebra blanquecina, fulgurante, que brotaba como un rayo de luna del alma sombría de la tierra ardida por una canícula horrorosa.

Al rayar el alba levantaron el campamento; y emprendieron rumbo á la mar.

Perdidos ya los últimos arbolados verdes producidos por la frescura del manantial que tambien desapareció enjugado por la esponja ardorosa de aquella bravía tierra, encontraron uno como surco profundo, especie de cañada de altos barrancos que íba como en pendiente abajo.

Mas la zona no era la misma, árida y retostada de los nopales, sino algo más piadosa, como espesos matorrales que denotaban exuberancia y vida.

Sarmientos trepadores colgando de las rocas y de los desgarrones del barranco, aquí y allá algunos arboles copudos, trechos cubiertos por una especie de esparto tropical y muchos hoyos húmedos.

Habiendo andado unas seis leguas por aquel derrotero, percibieron otra hondonada que venía de su derecha y cruzaba curvándose hacia el lado opuesto.

De su fondo salía un ruido bastante bronco.

Atrájolos aquella rareza y se dirigieron á examinarlo.

El rumor procedía de saltos de agua. Era aquel un torrente bastante caudaloso, que por el declive del terreno avanzaba zumbando, bullente, coronado de espumas blanquísimas que se regaban sobre las rocas del lecho como encajes fugaces.

Hicieron allí un alto para descansar, bajo la sombra de un árbol bastante frondoso, parecido á nuestro arrayán de las Alpujarras.

Continuaron la ruta.

Iban las acémilas resoplando, con las narices infladas, gimoteando, con una especie de jadeo, y encunándose en las estrechuras de la tupida senda ó cada vez que se veían precisadas á dar saltos.

De la pelambre les manaba copiosamente el sudor, y á los bordes de las albardas salíanles filamentos de espuma.

Pasado el torrente por un lugar que encontraron bajo y plano, continuaron la marcha siempre en dirección del Sur.

Mas luego volviéronlo á encontrar, y así, unas veces por su lecho inundado, otras llevándolo lejos, avanzaron hasta el atardecer, que se acamparon en una pe-

queña planicie, bastante despojada de vegetación alta; pero sí poblada de yerbas forrajeras donde las mulas se aplacieron á su sabor.

El padre La Hoz, rodeado de todos, rezó buena pieza de tiempo, y como si estuviese oyendo las lentas campanadas del *Angelus*.

El Sol recogía de la tierra las últimas hebras de su dorada cabellera.

La noche se venía lenta y honda. Algunas aves nocturnas revolaban agitadamente, lanzando agudos chirridos.

Los peregrinos plantaron su tienda y encendieron lumbre con buenos haces de sarmiento resecos encontrados en aquel solitario paraje.

El cielo cerraba ya la noche; parecía, cuajado de astros, una gran red obscura donde se hubiesen apresado millones de plateados é inquietos pececillos.

Establecido el centinela después de la cena, la paz y el silencio fué sobre todos.

Fray Pánfilo quedóse dormido al mismo echarse sobre sus manteos, acaso soñando con aquel sosegado crepúsculo, divi-

sando á lo lejos, entre la indecisa luz, la columnita blanca de alguna torrezuela de aldea.

Despertaron en la madrugada, aún no salida el alba, los indios y Altagracia; con el ruido que hizo la buena mujer lavando cacerolas y cacharros despertó el fraile. Percibió éste un sordo retumbo lejano.

Puesto en atención, comprendió que era la proximidad del mar.

Algo elevado el sol, partieron de aquel sitio, y se debió tal tardanza á que una de las acémilas se extravió entre los herbazales y se estuvieron los indios lo menos tres horas buscándola. La hallaron lejos de las tiendas como á media legua.

Por andariega y traviesa, iba maese Tirso Alcolea, mozo de mulas, á propinarle una buena tunda de estacazos, pero La Hoz se opuso.

—Los inocentes no se atropellan, Tirso; ellos han sido creados por el buen Dios para que nos acompañen y nos ayuden en nuestros trabajos, y por eso debemos amarlos y cuidarlos, antes que vapularlos.

El viaje continuó feliz, á pesar de que dieron harto que hacer á las hacas y jabalinas los espesos matorrales que hubo que hender para abrir paso.

Mas á eso del medio día, avistaron desde una colina la extensión del mar, y un centenar de cabañas dispersas en los arenales de la playa.

Encontraron luego un zigzag por donde les fué fácil el descenso y muy presto estuvieron en las primeras viviendas.

Los expedicionarios tomaron todas las medidas.

Al efecto, envió La Hoz un indio bastante versado en varios dialectos de los naturales para que anunciase á los habitadores de aquellas cabañas su llegada y sus propósitos.

El indio regresó pronto; era una ranchería de indios *capatáridas* que conocían, por haberla visto muy de cerca, la misión de *Nueva Umbria.*

De suerte, pues, que al fraile se le hizo sumamente fácil aquella nueva conquista.

Echó mano al socorrido recurso de los regalos, las gracias y zalemas. Aquellos

habitadores parecían ser como los del lago, en extremo sosegados y humildes.

Ahí obtuvo el fraile cuantos datos necesitaba.

Le manifestaron que, tierra adentro, en toda la extensión de los grandes nopales, había numerosas naciones del natural.

Los *guiabacoas*, los *cumarebos*, los *paraguanes*, los *capadares*, los *turupías* y otros muchos; que hacía mucho tiempo no guerreaban y eran, en general, criadores de pavos negros (1) y ciervos matacanes (2), que se alimentaban muchos de ellos de vegetales y frutas del nopal.

Que ejercían una especie de comercio ó permuta con los indios de la costa, trocando sus productos por pescado, huevos de tortuga, caracoles y otras cosas de mar.

Que en aquella región había un río muy caudaloso, en cuyas riberas estaban viviendo los indios *caujaraos*.

La Hoz pudo efectuar una exploración en toda regla.

---

(1) Panjil.
(2) Venado.

La costa de los *capatáridas*, habitadores del mar de los *caribes* ó mar del Norte, es árida en extremo; grandes extensiones de abrasados arenales, farallones inmensos, estribaciones que se van ensanchando hasta formar una abrupta y rocallosa serranía; pero es hermosa.

El mar, muy revuelto y todo rompientes y remolinos, bulle y bulle deshecho en blancas espumas. Abundantísimo en peces, langostinos, caracoles y toda suerte de crustáceos, ofrece al natural una muy jugosa materia para sostener la vida.

El indio *capatárida*, por tales razones, vive más en el mar que en la tierra.

Como el europeo, cultiva el pan. La carne, sin esta preciosa y blanca pasta, no hace gracia á su paladar.

Y como no dispone de trigo, amasa las ricas sémolas del *yuca*, el *arauz* y otros vegetales, que acaso no presten la muelle delicadeza del llamado «pan de horno» europeo, pero puede asegurarse que es más fuerte como alimento.

Madrugador en grado sumo el capatárida, antes del alba está despabilado.

Abandona su lecho de maderos rústicos, mullido por hierbas forrajeras y rizados espartos, toma sus cordajes de pesca y se lanza al mar en su canoa, que conoce con el nombre de *guajibaca*.

Los salvajes habitadores de otras latitudes son cazadores y guerreros porque viven en lo profundo de las selvas inmensas. La misma lucha incesante que tienen que sostener toda la vida para defenderse de las bestias salvajes, los insectos ponzoñosos, las sierpes y los saurios monstruosos, hace de su alma y de su cuerpo un aparato porfiado á la guerra. De ahí que su flecha y su carcaj no estén ociosos nunca.

El de estas regiones es distinto.

Está sobre las olas como bajo la pajiza techumbre de su bohío. Y cada mañana el sol lo encuentra como un puntito mínimo en la lejanía marina.

En el fondo de aquellas curvadas costas, á unas diez ú once leguas, hay varias islas, según el informe de los indios, á más de la de Granada. Una península más adelante habitada por otra nación india llamada de los *paraguanes*.

Pero nada llamó tanto la atención como el curioso y nunca bien alabado y sorprendente reloj de sol que sirve á los capatáridas para saber las distintas horas del día.

Es un peñasco que sobresale como dos brazas y media fuera del agua y cercano á la arena de la playa. En torno de este farallón hay seis rocas más pequeñas que sacan poca cosa á flor de agua.

Parece que hubiesen sido dispuestas adrede, pues casi forman un semicírculo en torno del eje del medio.

La sombra de éste, como si fuese la aguja horal, á medida que avanza el sol, se va mudando hasta que recorre todas las rocas situadas en torno suyo.

Una de las rocas circulares es conocida por el indio con el nombre de *cocuína* y cuando la sombra del peñasco central se proyecta sobre ella es mediodía en punto.

En los primeros rayos de la mañana se proyecta sobre una de las rocas que apenas asoma la testa, y que el indio llámala *tumischa*. Más ó menos, dos horas después se proyecta sobre la que le sigue, que se

llama *oroúja*, y que para aquellos naturales es justamente una cuarta parte del día. Luego, como está expuesto, llega á la del mediodía. Las restantes tres rocas denotan los otros dos cuartos del día y una que no llega á ser marcada por la sombra.

Es, pues, la muestra del horario capatárida un círculo de cuatro horas y un punto que denota el mediodía.

Esos cuatro cuartos se llaman: 1.°, *tumischa;* 2.°, *oroúja;* 3.°, *atúa;* 4.°, *caucanía.* El mediodía, como antes se ha visto, llámase *cocuina.*

En las horas de la noche tiene también un aparato indicador para saber las horas en su propio espíritu contemplando la clámide del cielo regada de luceros brilladores.

La *Cruz del Sur*, las Siete Cabrillas, la Osa Grande, el Cordero Blanco y la chispa de lumbre encarnada que aparece con la aurora, le dicen en el guarismo inefable del Todopoderoso las distintas estaciones nocturnas. Sabe cuándo ha transcurrido el primer cuarto; cuándo es media noche por filo; cuándo se aproxima el alba.

Posee un calendario en el nombre de sus propios hijos y mujeres, según el pasar de las lunas y el cambio de los vientos.

Para sus cultivos en tierra sabe de antemano cuándo va á ser buena la estación de las lluvias y cuándo mala.

Toma el indio seis tubérculos que los saca de la tierra, cada uno en un mes distinto del verano.

Los amarra en un pedazo de madera en fila, á fin de que á cada uno de ellos corresponda un mes distinto de la estación de las lluvias.

Cuando ya están próximas las primeras humedades se siente el germen en la tierra, y los tubérculos se nacen de pimpollos ó echan raíces. Si los seis tubérculos efectúan esta germinación es porque la estación de las lluvias va á ser copiosa; si queda algún tubérculo sin pimpollocear ó raicear, es porque el mes á que corresponde (ó luna, como llaman los indios el mes) va á ser en plena sequía.

De ahí, algo más seguro marchó el padre La Hoz hacia Oriente, siguiendo siempre la costa, aunque teniendo que tomar

algunas veces por lo intrincado de los caminos indios, siéndole imposible avanzar por lo escarpado de la costa.

No obstante eso, pudo observar la lejanía del Océano, que en aquellos mundos es de un verde purísimo en las mañanas.

Poblado todo de aves blancas como las espumas ó blancas con manchas negras como taraceadas de ébano.

Estas aves se van muy lejos y, según los indios, arrebatadas por la tormenta, se estan hasta ocho días volando sin alimentarse, volviendo á sus nidos de la costa, ó á las casas indígenas, donde muchas están domésticas.

Las mañanas en la estación de la sequía son frescas y risueñas. Daba profundo desconsuelo al padre La Hoz que tan preciosos lugares, abarrotados de riquezas naturales, estuviesen tan solitarios y tristes.

Un soldado de los que con él fué escribía á su familia que en las mañanas, viendo la belleza de aquellas partes, recordaba la coplilla de su pueblo:

¡Mañanicas lucidas
de Abril y Mayo,
despertad á mi niña,
no duerma tanto!

Dos días después llegó la expedición á la península de los paraguanes.

Es éste un vasto territorio bastante plano, con un cerro poco empinado hacia la costa del Sur, que se interna en el mar en proporción de una decena de leguas.

La vegetación en él es poco fragante, pero muy tupida. Abunda el nopal, aunque no como en los territorios ya descritos. Hay escasez de agua dulce, aunque no en el extremo de que sus habitadores lleguen á carecer de ella.

A esto agréguese que el indio *paraguán* es diligente y vivo.

Construye enormes bohíos, techándolos con una corteza acanalada que llaman *guaibacoa*, y debajo hace grandes excavaciones. De suerte que en la estación de las lluvias la pura linfa del cielo corre por las escurridizas armazones del bohío y rebosa la caverna cavada debajo.

Esta provisión de agua le dura todo el

tiempo de la sequía, que se mantiene durante seis meses.

La estación de las lluvias en aquellas partes, como en toda las de la región meridional, empieza en Mayo y termina en Octubre. De este mes en adelante cesa de llover.

Mas las lluvias no cambian la temperatura: ésta sigue siendo tan cálida como en los fragores del verano.

Hace frío intenso y nieva en algunos sitios muy elevados, como (pongo por ejemplo) en las eminencias de las serranías.

La región de los paraguanes es la más rica de aquellas latitudes: principalmente para la crianza de ganados caballar, vacuno y cabrío, debe ser en extremo beneficiosa, pues el indio *paraguán* cría una especie de ciervo amarillo con largas y curvadas astas de muchas puntas, que es tan hermoso como nuestros más gordos borregos castellanos.

Existe ahí una especie de tomillo montaraz que es oloroso y rico en sustancia alimenticia para los animales. Les da fuer-

za y talla. La grasa de tales bestias es amarilla y en extremo sana. La planta da á la carne un aroma de lo más agradable, pues la carne fresca y en tasajos parece que estuviese adobada con especias y tomates del puro terrón asturiano.

Hay un árbol también en este litoral cuyo tronco es áspero y ñudoso y el follaje menudo, que llaman los naturales *vidive*. Esta planta produce un estuchito rojo-obscuro que bien seco y manipulado y puesto en agua común sirve para domar y curtir las pieles, dándolas suavidad y buen tono de color.

El indio *paraguán* válese de esta planta para otros muchos usos.

Hay en aquella costa un ave acuática que es en demasía inquieta y de hermoso plumaje. Vive revolando sobre las revueltas olas.

Esta ave habita en grandes socavones que ó son abiertos por las aguas crecidas en los grandes temporales ó se han formado en estas transformaciones que, según los geólogos, ha experimentado la madre tierra al través de los tiempos.

En esas profundas cavernas se guarece esa ave para dormir, posándose en las partes salientes de las escarpas de las paredes. Ahí también construye sus nidos.

En el fondo de las cavernas se forman grandes montones de excrementos de sus alados moradores, y ¡quién lo diría! es esa materia inapreciable para los *paraguanes.*

La sacan de ahí en mucha cantidad y la esparcen por los barbechos donde siembran sus plantas de alimento ó de fruta de regalo.

Es un abono precioso que torna los terrenos áridos y resecos en verdaderas tierras de promisión.

Las tribus encontradas ahí por La Hoz son sumamente levantiscas y brutales; á la llegada del fraile se alborotaron un tanto y hasta quisieron tomar las armas; pero, por fortuna, los intérpretes pusieron mucho de buenos oficios y lograron entenderse pacíficamente españoles y naturales.

Los *paraguanes* son relativamente, en comparación con sus vecinos, más acaudalados y poderosos.

Los indios que viven en el interior sólo

disponen de la crianza de pavos negros, ciervos y de alguna labranza que da escasamente, debido á la aspereza de aquella tierra; en tanto que ellos, los *paraguanes*, crían, cosechan, comercian y explotan el mar, pues poseen numerosas embarcaciones, unas *piraguas* con velas parecidas á nuestra vela latina, que ellos fabrican tejiéndola de cierta fibra muy blanca y muy fina, como que parece cabello cano en espesas guedejas; dicha vela es de una potencia grande, debido á lo muy apretado de su tejido. En estas embarcaciones recorren los *paraguanes* toda la costa y hasta se internan á quince ó veinte leguas en alta mar, los días claros y brisados, en busca de un pez grande que ellos llaman *salavavo*, palabra de su dialecto que significa gordura, obesidad, grosor extremado.

Este pez, que es hermosísimo, al extremo que llega á medir hasta una braza de longitud, les ofrece regalada vianda, y en cierta época del año, cuando la hembra se halla próxima á la aovación, sácanle los huevos, que son grasosos y tan suculentos

como los más delicados manjares. Estos huevos cuando están frescos son deliciosos, y cuando se les pone al sol se les seca bien para conservarlos mucho tiempo se tornan un poco duros; pero no pierden su suculencia. En extremo fortalecientes, estimulan en el hombre los deseos de la fornicación; debido á esto consideró el padre La Hoz la razón de por qué eran las mujeres paraguanas tan fecundas, pues muchas de ellas tienen hasta treinta hijos. Por las tardes, en aquellas rancherías es una algarada de bosque donde hay miles de pájaros salvajes: la horda de chicos atormenta, confunde, aturde. Al principio los niños se mostraban esquivos con el misionero; mas después, el misionero, empeñado en atraérselos, no podía soportarlos; querían hasta asírsele á las luengas y copiosas barbas apostólicas.

De una muchacha ya en años sazonados y ricos, y que estaba encinta, por cuyo motivo era castigada por sus padres y por el cacique, contó el intérprete á La Hoz una historia bastante entretenida, y que había sido relatada por los indios.

El padre La Hoz, en su relación de Enero (año 20) relata la curiosa y cuanto entretenida historia que ha de verse en seguida.

Uno de los allegados al cacique Cumarebo, de nombre Urumacán, sólo había podido engendrar un solo hijo, y hembra por más señas, llamada Tucanca, en sus doce ó catorce matrimonios. Y esto bien se dejaba de ver que acaso no fuese suyo solo, puesto que entre la tribu despaciosamente se rumoraba que no era de él.

Es lo cierto que Tucanca hacía de pesadilla en todo el poblado indio. Desde que tuvo cuatro ó cinco años inclinóse al mal, de una manera algo más que lo que suelen inclinarse mayormente todos los seres humanos, puesto que nacen con el pecado en la entraña y la sombra de la desobediencia en el entendimiento.

Yendo con otros niños al manantial en juegos inocentes de su edad, machacó hojas de una cierta planta corrosiva y se las estrujó en la boca. Los niños corrieron hacia la vecindad, llorando desesperados. Y la taimada Tucanca se escondió en

unos matojos y no salió de ahí hasta que, cerrada la noche, fuese á su bohío, entróse calladamente y se acostó.

Untó excrementos en unas piedras de manipular los tubérculos de hacer el pan; desamarraba las canoas de la orilla del mar para que las olas se las llevasen ó las rompiesen contra los riscos. Reñía con todos, apaleaba los animales domésticos. La criatura era insoportable. Aun los mismos grandes del reino tenían quejas de ella. ¡Era tan mala!

En cierta ocasión tomó á escondidas un arco provisto de dardo envenenado, disparólo contra el rebaño de cerdos *(báquiros)* y alanceó el padrote, causando con ello gran displicencia en el ánimo del dueño de aquella manada. No era rudamente escarmentada por sus pocos abriles (que el gentil cuida y contempla la niñez) y porque era hija mimada, única de una de las personas más influyentes y prestigiosas en el ánimo del gran cacique Cumarebo.

Cosa bastante natural, por más señas, puesto que el dinero, el poder, la toga,

siempre fueron, aun en los pueblos más avanzados, el germen de toda corrupción en la justicia, consagrando la impunidad y la desvergüenza.

Un hijo de pobre y desvalido (que es lo mismo que hideputa para el caso) comete una pequeña falta y va á la horca; pero si lo hace en falta grave mayormente un hijo ó pariente de príncipe ó magnate, pues es tomado á donaire y travesura de ingenio y de temperamento. ¡Loco fué Çatilina porque le fué contraria la fortuna!

De suerte que Tucanca hacía perrerías á diario y todos los habitadores de la numerosa puebla tenían que sufrirla con humildad y paciencia. ¡Encima estaba el látigo del pretor!

Tucanca, en medio á la impunidad de sus maldades, crecía en cuerpo y en frescura con ellas (que cada día eran más graves).

Crecía la criatura en fuerza y en cuerpo; sus muslos se inflaban pomposamente, como se inflan las olas en la hora de la alta marea, como sintiendo el espasmo de la vida toda savia y potencia; sus senos,

redondos y parados, tenían el torno duro y sabroso de los frutos cuando van á llegar al sazón; la espalda, amplia; los ojos vivos, redondos, negros, empestañados con largura; los hombros curvados, y sobre ellos, la espesa y recia mata de cabellos que le prosperaba ensoberbecida, derramándosele por la espalda hasta la cintura. Vivía en la orilla del mar, saltando como cabra salvaje por sobre los peñascos, las escarpas y los riscos. Revolcábase en los arenales, y ahí su piel morena resplandecía con brillos extraños bañada de agua salobre.

Desnuda como una diosa pagana, solía coger guaruras rosadas, y después de quebrarles el pico golpeándolas contra las rocas, soplaba por aquel agujero y dejaba oir un rumor sonoro y extraño que asustaba á los animales de los bosques vecinos.

Cierta vez sonó su guarura rosada en la puerta del propio templo donde se celebraban los bárbaros ritos á los penates de la tribu. El Sumo Sacerdote preguntó indignado qué extraño ruido era aquel que

venía á turbar la sagrada y solemne calma de la hora. Respondiéronle:

—Es Tucanca que sopla una guarura rosada.

Disipóse como por magia el amostazamiento del sacerdote. Su severo rostro se iluminó con la tenue luz de una sonrisa:

—Dejadla. La juventud pide la risa, que es su adorno.

Las hijas de los paraguanes son cedidas al que ha de ser su marido (semental) en la infancia para que él la críe, la forme á su lado y le dé la hechura moral que le convenga.

Mas con Tucanca no sucedió así. La ley con ella iba por otros caminos. Adorábaa su padre porque era la única. ¡Y acaso ¡quisiese ó proyectase hacerla ingresar en el serrallo del cacique! Es lo cierto que ya ella iba en los quince años y aun se encontraba en el libre albedrío de no tornar por su casa sino en horas de engullir el alimento ó de dormir, ó bien cuando el ala de la tormenta golpea sonoramente la testa bravía de los picachos más elevados de la cumbre.

Proyectos ó aprehensiones que tuviese el padre por la hija, valiéndose de su valimento (que siempre los favoritos, entre bárbaros como entre cristianos, hicieron de las leyes y de la justicia una cera blanda para darle la figura que á su antojo ó capricho pluguiese; valiéndose, digo, de su influencia con el gran cacique, negóse á cumplir la tradición con su hija única.

Ella crecía y crecía buenaza, temblándole las redondeces de hembra provocativa como ninguna otra, en tanto que á la mayoría de los indios jóvenes, y aun de muchos viejos, mordía el alma con tan vedados como sazonados encantos.

Cierto que de aquellas mujeres provocadoras á la mayor lascivia había centenares en el señorío; pero es el caso. ¡El humano corazón es así! A los jóvenes llamaba más que ninguna otra Tucanca. Por su hermosura íntegra y lozana y... sobre todas las cosas, por vedada, por prohibida, por inalcanzable. Un niño goloso pasará mil veces indiferente junto á una fuente llena de mermelada si le decís que es suya, que antes tratará de ocultarla, de guardarla

para él solo; pero si le decís que le está prohibida, mil veces que pase tratará de introducirle el dedo y probarla á escondidas. Y nada más razonable: ¡esa es la triste condición humana!

De suerte, pues, que Tucanca era la manzana maldita en aquella tropa de sátiros montaraces. Pasaba por delante un grupo de ellos, y las miradas pasaban licenciosas, lanzando cabrilleos desde su cabeza hasta sus pies, en la ansia más grande de los tormentos carnales. Fortunosamente, entre aquella tropa de salvajes no existía el pecado de Onás, que si no, él también hubiera vertido sus mieles sacrílegas en el alma de aquellos infelices torturados.

Mas, ya en los diez y seis años, ella misma, arañada en la piel por la propia Naturaleza, que reclamaba sus derechos, sintió que iba arrastrándose con un deseo extraño, como si le hubiesen prendido llamaradas en las redondas y rollizas caderas. Y era que su virgen cuerpo se estremecía de savia y pompa. La espesa red de sus nervios tensábase ardorosa y mordente. Sen-

tía la nostalgia del macho imperioso cuyos acerados músculos la hiciesen gemir de placer y de furias en la más fogosa estrujada de la germinación. Y entre el grupo numerosísimo de los jóvenes de la tribu, no escogió el más joven ni el más hermoso: su sentido se posó en el más fuerte, un indiazo de cuarenta años, cuya cabellera tocaba al suelo, que gastaba músculos prepotentes y dobles, y que era famoso en las guerras, porque muchas veces mató docenas de enemigos, habiéndosele roto el arco saetero, á golpes con el puño y con los pies. No se hablaron, no forjaron plan. Ella lo miró un día extrañamente y partió hacia los berrocales lejanos del mar. Él la siguió: el relampagueo de aquellos ojos se lo llevó prisionero, siguió tras aquel centelleo como una mariposa que va tras una luz, y que al cabo se abrasa en ella.

Su encuentro fué rudo y brutal. Los dos cuerpos se revolcaron en la playa áspera y ardida de sol y de sal. Se confundieron, se confundieron tanto que el grupo pareció una sola bestia revolcándose furiosamente,

esparcidas las espesas crines sobre la arena salvaje de los peñascales.

Al cabo aquel grupo, aquella sola bestia, se quedó inmóvil. Cesó el jadeo y un gemido inefable se dejó oir en todo el ámbito de las riberas.

Alguien en la barriada de bohíos preguntó:

—¿Un grito?

—No—respondieron—; es Tucanca que acaso está sonando la guarura rosada.

SEGUNDA PARTE

Algunos meses después revelóse la preñez de la joven patricia india.

Su padre enfurecióse. Quería matarla por su desobediencia, pero el cacique se lo impidió. Ella no quiso nunca revelar el autor de todo aquello. Mas el padre no se reposaba en su enojo.

El cacique, algo intrigado con aquella manía, que de tal podía calificarse la terquedad en un estado donde la mujer era cosa de tan poca monta, inquirió el motivo interrogando á Urumacán. Este, después de no poca diligencia del cacique, dió á entender que quería á su hija para sí.

La lascivia del viejo salvaje quería ir hasta el incesto. Esta lacra de los pueblos cultos es casi desconocida entre todos ó casi todos los pueblos bárbaros del Nuevo Orbe.

El incesto es un crimen que reprueba la misma naturaleza. Entre ciertos brutos animales se nota esta repulsión (1).

De suerte que el cacique se indignó y

(1) Un viajero científico, recorriendo las vastas llanuras del Guárico y del Apure en la República de Venezuela (América del Sur), hace un relato curiosísimo de la aversión del caballo por el incesto. "En aquellas regiones—dice—como en todas las de la América tropical, no es indispensable para el cuido y prosperidad de los ganados la reclusión en establos durante alguna época cruda del año, como por ejemplo en la del invierno en Europa. En aquellas praderas se está el ganado en grandes rebaños suelto á su sabor desde el día en que nace hasta el que es cazado para llevarlo á las queseras ó puesto en puntas para la venta en los mercados. En el ganado caballar se establecen manadas que el llanero llama "hatajos", constantes de doce yeguas y un caballo para semental. Pueden ser múltiples «hatajos« en una misma llanura: no se reunen, no se mezclan. Son conducidos á una corralada, necesariamente tienen que revolverse, y en efecto los diversos grupos se mezclan; pero en cuanto salen de ahí, se dispersan y cada grupo vuelve á su uniformidad, tomando distintas direcciones, sin que ninguna de las bestias tome una manada que no es la suya equivocadamente.

El caballo padre defiende y ampara á todos los individuos de su rebaño, y si alguno, hembra ó macho, se extravía, búscala asiduamente y la hace tornar. No consiente que alguno se vaya á otro hatajo ó que por algun motivo se quede en algun sitio. Pero he aquí lo curioso: cuando alguna de las yeguas jóvenes que son sus hijas se pone en celo, la expulsa del hatajo, á coces, á dentelladas, corriéndola largas distancias; pero por ningún motivo se cruza con ella.—*(Nota del copista.)*

mandó que su valido Urumacán fuese quemado vivo.

En los días en que llegó fray Pánfilo ocurrió el suceso, y el sabio y virtuoso apóstol lo relata poseído de ternura en una de sus cartas del Presidente del Alto Consejo de Indias de Su Majestad el Rey nuestro señor. Es este caso digno de que le imitaran muchos que se tienen por varones sabios y de elevada virtud y que, como es sabido, incurren en este pecado del demonio, y á los que debía perseguir la Santa Hermandad para escarnio y escarmiento de otros tantos malos hombres que escandalizan la corte con sus demasías, y el mundo con sus impurezas y suciedades.

Tribus sumamente avanzadas y virtuosas aquellas las de *Nueva Umbría* y los *paraguanes* peninsulares del Nuevo Orbe. Su origen remonta á la misma noche de los tiempos, sin que hayan mayores datos sobre su primitivo vivir, vale decir, hasta la época misma en que fué Cristóforo Colombo á descubrirlos.

A este particular cabe muy bien aquí

un pasaje de la *Historia de los emperadores Montezuma*, escrita por el Padre Diego Luis de Motezuma, de la Compañía de Jesús, y el cual pasaje titúlase así:

«QUÉ NACIONES DE NUESTRO ORBE FUERON LAS QUE ANTES DEL DESCUBRIMIENTO POBLARON EL NUEVO MUNDO.

Suma confusión ocurre sobre qué gente del Orbe Viejo pobló el Nuevo Orbe. Tomándoles en este artículo sus dichos á los indios más ladinos, disparataban diciendo *que su primitivo solar era fundación de unos héroes nacidos del mismo Sol y de las aguas del mar*, como si hubiese llegado á á aquellas partes la fábula de Prometeo; mas aunque ridículos y fabulosos, eran, para ser tan bárbaros, muy heroicos pensamientos y así piensan no pocos vanos de sus solares.

No hay que extrañar tal ficción, pues no ceden los errores ni los fingimientos de sus orígenes primitivos los romanos y otras naciones igualmente cultas.

Estrabón tiene por quimera cuantas

memorias se refieren de los primeros principios en las Indias Orientales.

Los más de los que escriben de Indias han tropezado con esta duda, confesando los prudentes, que no la alcanzan, y aun insinuando los presumidos que la ignoran; porque ¿cómo se sabrá quién fué el primer Colón de aquellas partes, cuando no se aclara cuándo y cómo y quiénes poblaron á Europa, Asia y África?

Con que se juzgan por desvariados los varios y políticos discursos de los que se han movido así, y cansan á los demás con libros enteros investigando las primeras cunas de estas gentes, inventando cada uno en su forro colonias de estas ó aquellas naciones con los ligeros motivos de la asonancia de lenguas en cuales que pocas voces con la asonancia de ritos.»

Como se ve por lo precitado, el sabio jesuíta no halló materia sobre que decidir, limitándose á dejar una vaguedad como un adverbio de duda; pero aun respetando sus manes, no está sobrada una pequeña disquisición sobre el mismo tema que hace el encomendero Labastidas en

carta dirigida al Licenciado José de Sepúlveda y Osorio, capitular en Salamanca.

He leído deleitosamente aquella digresión y su comentario por el maestre Albéniz de la Cerrada, á más de los numerosos individuos indios que he visto y oído en aquellas partes.

Labastidas dice que el natural *guaraimo* de la isla de La Trinidad (llamada también *Las Gavias* por los corsarios ingleses) por su habla, por su color y su cabello tieso es muy semejante al chino.

En esto estamos muy de acuerdo y entendimiento. El natural de más allá del mar Océano habla de la misma manera que el bronceado habitador de las costas del mar Amarillo.

De modo que el encomendero fundador de la ciudad de Santa Ana de Coro en la región vecina de los *paraguanes*, está muy atinado en su dicho.

Mas hay otra suposición, y muy sabia por cierto, que viene á robustecer este concepto.

Ella es el EJERCICIO DE INDICACIÓN GEO-

GRÁFICA compuesto por el doctor Gutierre de Cantueso y Almagro sobre algunas experiencias suyas practicadas después del tercer viaje del almirante Colón.

Y ello es que asegura Cantueso que la forma de costa de la Nueva España, algunos islotes que se hallan á gran distancia en dirección de la grande corriente misteriosa (1) del mar Océano, muchos puntos donde el sondeo de los náuticos encuentra menos fondo, y la situación de ciertas islas en la otra grande porción de la tierra, le inclinan á creer que en remotas edades, tal vez muchos siglos, hubo comunicación con las Indias por medio de alguna gran península y que acaso pasaron entonces hacia aquellas partes los habitantes que hoy tiene.

Que esta grandísima península desapareció después sumergida por las aguas en alguna catástrofe geológica, quedando aquellas gentes obligadas á continuar viviendo en aquellos impenetrables bosques.

Como se ve, no carece esto de buen

(1) Alude probablemente al Gulf-Stream.—*(Nota del copista.)*

sentido. Porque no se puede creer que aquellas razas hayan nacido espontáneamente como las plantas de la tierra, sino que proceden de la mano de Dios Nuestro Señor al crear el Paraíso Terrenal, que como se sabe y lo dicen los Santos Padres, estaba situado en un jardín milagroso del Asia, y de donde salieron corridos y desalados nuestros primeros padres después de la tremenda falta que ha convertido la tierra por los siglos en un valle de lágrimas.

La Hoz no hace mención de este asunto; no se mete á comentar el origen de la raza india; pero su informe á la Corona valiéndose de indicaciones leídas en otras relaciones y la suma ínfinita de cosas que él vido y apuntó, hacen que su clasificación de razas indias sea la más curiosa de cuantas se han hecho.

Sus varios viajes á aquellas partes, hasta el último que hizo, cuando los franciscanos abandonaron la *Nueva Umbría* el año 26, por verse atropellados por las legiones de invasores indios que expulsaron los españoles de Santa Marta, así como los

que salieron del fondo de las selvas *goajiras*, son, digo, sus viajes muy beneficiosos á cuantos quieran estudiar las noticias que han de formar historia española del Nuevo Mundo. Sobre esto no se dió punto de reposo el padre La Hoz. En ello lo ayudó mucho como amanuense el fraile Eudosio Arosemena, su compañero de viaje.

Es este documento de mucha lucidez y concisión, y atina en todo, como que comparando su trabajo con los documentos del Archivo que ha mandado á ordenar el Real Consejo de Indias, resulta lo suyo más minucioso y más abundante en noticias.

Según La Hoz, es la región de la Nueva Umbría entera en la costa de la tierra firme, por la parte del Oriente, avecindada con la posesión llamada Cubagua. Mide 66 grados de longitud de Toledo en la punta llamada por los indios *Macarapana*. Ésta, que es la costa del mar del Norte, continúa siete grados al poniente, á que corresponden 120 leguas hasta el Cabo de la Vela, por donde parte términos con el

río de la Hacha. En la costa y tierras interiores con Santa Marta, y que es importantísima Audiencia del mismo nombre. Míde, aproximadamente, esta extensión unas 80 leguas.

Después de la partida de las primeras misiones franciscanas, arribaron á estas costas Alonso Niño, Rodrigo Bastidas y Cristóbal Guerra.

A la sazón fundó Juan de Ampués á Santa Ana de Coro.

Mas todo esto resérvolo para la última parte de este trabajo, aguantando el relato ahora en lo que toca al intento de colonización por parte de la primera misión franciscana.

La Hoz establece en su breviario las siguientes razas indígenas en toda la vasta extensión desde la *Nueva Umbria* hasta las bocas del grande y portentoso de las Angosturas, en el encabezamiento de costa cerca á la gran cordillera occidental: mannares, caiquetías, capatáridas, goajiros, paraguanes, zaparas, giraharas, tocuyos, teques, caracas, mucuruvases, araguas, paracamonis, carúpanos, sancedos, cari-

bes, irapas, yaguaraparos, güirias, guaraúnos, guaguas, martarines, obenques, tucupidos, guaras, uracoas, yarumos, caroníes, aratures, curiapos, macuros, palmanos, uruanos, caiqueras, pariaguanes y mehsicas.

Estas naciones son más ó menos las que están en la costa, hasta la raza Barima, que emigró al fondo de las montañas huyendo á los conquistadores de *Rosa Blanca* por haberse aliado aquéllos con sus antiguos enemigos los macareos y tumeremos.

Los cumanagotos, así como los carinicuaos del Golfo de Cariaco, es fama que también huyeron de la costa y se internaron en la cadena montañosa del Sur llamada de Los Catuaros.

Como se ve, la extensión de vida y sangre en aquello que hemos dado en llamar *soledades*, siguiendo el uso y lenguaje de los alguaciles, escribanos y hasta oidores de la Corte de Justicia y administración, viene á quedar un tanto inadecuada en donde se advierte un tan estupendo florecimiento de humanos.

La Hoz se quedó corto en anotaciones,

porque hay todavía más listas de naciones, fuera de las que aun no se han descubierto. Piénsese en que precisamente el almirante descubridor de tan lejanas legiones, siendo sabio y como iluminado por la divinidad, no pudo ver más tierras que esta que nos ocupa. Ese territorio de los marabinos hasta el gran río que nace en el propio vientre de las montañas Marañonas, fué el primero y el único que vido Colombo.

Bien. La Hoz, ultimadas sus complacencias de verlo todo en la península indiana y de ser bien recibido de los paraguanes, quiso enviar al Padre José de la Concepción, su Superior, una piragua de las de los indios para que allá se percatasen de cómo eran los *buques* usados por el natural, á más de rogarle le remitiese ciertas drogas que había olvidado á la partida y buena cantidad de vino, sal y otras especies de género de Ultramar que ya se le habían agotado.

Fueron en la indiana urca lo menos once indios y el soldado español Urbano Cela.

La urca no fué rápida; regresó á los ocho días de enviada, pues estuvo á punto de zozobrar en las revueltas aguas del estrecho.

Sólo, sí, trajo una noticia fúnebre, y fué la muerte del Bachiller Freytes.

Decía fray Agustín de Montemayor á propósito de esta muerte en su carta:

«Se le inflamaron las ingles y le salieron lo menos catorce protuberancias purulentas que pronto se le reventaron después de desgarradores dolores. Se le enturbiaron las pupilas y quedó calvo en cuatro días. Una erupción terrible de pies á cabeza y grandes lamparones colorados en el pecho y los costados. ¡Qué obsenidad!»

La Hoz entonó, rodeado de todos, un trisagio por el alivio de aquella alma y su eterno descanso. Al terminar el rezo exclamó:

—¡Perdonadlos, Padre mío, perdonadlos, que no saben lo que hacen!

El mismo día del regreso de la urca india pensaba emprender de nuevo su exploración el religioso; pero la noticia de

la muerte del aturdido Bachiller púsolo de perrísimo humor.

Condenaba su conducta indiscreta, imprudente y desacertada, mas en el fondo sentía una grande devoción por aquel bienquisto y denodado mozo, el cual, descartando aquellas cosas angustiosas, era gentil caballero, y sobre todo, muy entendido en el gayo saber. Poco estudioso, por andar siempre de amores y riñas y andanzas guerreras, era sorprendente los muchos conocimientos que atesoraba en el entendimiento. A haber llevado su osamenta por buenas derrotas, segura hubiera sido su brillante disposición de alcanzar el lauro y la toga del sabio.

Siempre de buen humor, temeroso de Dios, estuvo siempre en buenas migas con el Padre La Hoz.

Sólo que éste solía reñirlo cuando dejaba escapar alguna chanzoneta, como aquella de «los frailes no podían vivir sin su misa y su pecado mortal».

Quería, pues, entrañablemente al «infortunado caballerito» y se dolió en el fondo del alma de tan negra desventura.

Lamentaba su eterna ausencia, no por el hecho de la muerte en sí (que para él era el principio de una vida mejor, puesto que no fué su alma perdida, siendo por sobre su concupiscencia un espíritu cristiano á prueba de fervores), sino que á la larga se hubiese podido hacer un hombre de provecho de aquel tan aturdido mozo.

El hijo de Mosén Médicis fué aturdido en sus tiempos de mozo, mas andando los años fué de los más brillantes capitanes de la Gran República de Venecia.

Se estuvo el fraile dos días más en las rancherías de los *paraguanes*. Y esta tardanza facilitó más y mejor su aparejamiento.

Altagracia no se dió punto de reposo en proveerlo todo, señaladamente lo relativo á mantenimientos.

Llevaba en dos viejos arcones, que habían de ser acostados sobre los lomos de la hermosa acémila llamada *Gitana*, varias arrobas de carne de ciervo, cuidadosamente salada, bien seca é impregnada de antemano con vinagre y pimienta bravía, y luego estrujada con hojas de tomillo

desmenuzadas. De suerte que iba aquello oloroso á nuez moscada y azahar, en grasosos tasajos que convidaban á clavarle el diente, desdeñando las confituras de la misma mesa de Lúculo.

En las otras acémilas, obesos sacos de harina de maíz gualda de las primeras cosechas de la *Nueva Umbría* y once azumbres de vino, á las que se podía agregar otro tanto de agua para acrecerlo y quitarle la demasiada fuerza que le diesen cincuenta años de opresión de la cuba en los sótanos del monasterio en Compostela.

En las otras acémilas el resto de la provisión y artefactos de viaje, de los que también llevaban buena parte á lomo los indios.

Para completar el avituallamiento, llevaban tres ciervos vivos, para irlos sacrificando en el camino según fuese la necesidad, en tanto que servían para cargar en el lomo algunas cosas que no holgaba llevar, como ciertas legumbres blancas y pastosas de la zona y dos saquillos de pólvora de carbón de alcornoque.

La mañana de la partida fué brumosa, y hubiera pesado con honda tristeza en el alma de los peregrinos; pero al considerar la mucha furia de las lumbres del sol en aquellos parajes, antes bien produjoles sobrado regocijo aquella mudanza de los días claros y serenos á los plomizos días de las lluvias. Amaneciendo avanzaban las caballerías por pedregosa senda, zarandeando los cascos con ruidoso tropel la áspera arena.

Los campos, medio dormidos, parecían despertar al sentir el ala de las primeras claridades. Su verde de un tono obscuro comenzaba á resplandecer como cosa nueva, como labrada seda, como ese tono del mar Índico á la hora del anochecer.

Copos de niebla en largas y perezosas espirales ascendían de los follajes al cielo con la belleza de una blanca y lenta caravana de visiones divinas.

Los amaneceres en aquellas lejanas partes son los más hermosos de la tierra; la península de los *paraguanes* ofrece más deleite á la vista que las nevadas cumbres de los Alpes Julianos, que las crestería de

los Pirineos, que las vastas planicies (ó dunas) de Flandes, que las estepas del Don en Rusia. Esta parte que nos ocupa, y que mide centenares de leguas, podría llamársele Siberia tropical, y es aún más imponente.

Los nopales sañudos que la pueblan, elevando al cielo amenazadoramente sus recios vástagos, en el mes de María florean y unos cálices de encendida púrpura adornan sus punzadoras asperezas. De cada flor de éstas brota un fruto del mismo color de la manzana; pero lo sostiene también en su interior, ¡y qué encarnada y dulce pulpa es la suya!

Al tomarla se produce una sensación de frescura deliciosa y que suaviza el malestar de las entrañas sitibundas.

Viene á ser el mismo fruto que obtenemos en España en las chumberas; mas el de este alto y erguido nopal es de un gusto y un aroma de que no se puede dar idea por mucho que la pluma destile miel. Parece como si la misma fiereza del sol le comunicase las más fervientes dulzuras, como para inundar la humanidad entera.

Avanzadas cuatro ó cinco horas por la guijarrosa é intrincada senda, entró la caravana en una zona de árboles copudos, en cuya sombra se experimentaban grandes deseos de reposar ahí el cuerpo fatigado en la más suave sensación de frescura. En aquella umbría encontraron no pocos árboles de los melosos racimos amarillos y millones de pájaros azules.

Cerca de ahí, un arroyo que se deslizaba entre guijas, destrenzando sus regueros de agua espumosa como rizos de melena encanecida.

Mas, junto con la algarada de los pájaros, suscitó la presencia de los peregrinos otra de muy distinta manera y de diversa índole.

En los árboles, engulléndose los sabrosos frutos, junto con los alados habitadores de la selva, había todo un ejército de cuadrumanos.

Monos de encendida pelambre, casi rojiza, monos pardos, otros casi negros.

Saltando de árbol en árbol, asiéndose en saltos prodigiosos de los ramajes, se alejaron con su bulla de gritos inarticula-

dos, de ronquidos, de batacazos contra el suelo cada vez que alguno erraba la rama adonde iba á prenderse á dar el salto.

En aquel paraje hicieron alto de la marcha, y la mayor parte de los viandantes echó su sueño, de una hora ó más, después de sustancioso yantar, cocido de prisa y como en las tiendas de la soldadesca en las guerras.

La gritería de los feos animales desapareció lejanamente, después de estarse oyendo largo transcurso.

El indio *Sisuqui* habló largo y tendido al Padre La Hoz de las peculiaridades del animal tan semejante al hombre.

El Padre rió de buena gana de cuanto le dijo, tanto por lo curioso y sorprendente del relato como por la fabla del motilón, tan enrevesada como graciosa, puesto que en aquello que podía ser castellano sembraba á cada instante los crispados vocables de su jerigonza salvaje en la *Nueva Umbría*.

—Pae mío, Sacaya vido una vez testos animalejos que hacían de su sí como la gente viva... no cri que's iquiragüita, pae

mío, queza no iquira, poque lo vido como los ojos en una luna que jué la cortá la *guajivaca* que tienen l'agua.

Estos decires del buen motilón querían expresar, ni más ni menos:

«Padre mío, Sacaya vió una vez estos animalejos que hacían las cosas lo mismo que la gente. No crea que es mentira (iquiragüita), padre mío, que es de verdaíta (iquira), porque lo vió con sus ojos en un mes que fué á labrar la canoa (guajivaca) que tiene en el lago.»

Y por tan intrincada red de *expresiones* sacó La Hoz en claro que el mono efectúa sus funciones sexuales del mismo modo que el hombre.

La hembra, cuando está en celo, se tiende boca arriba, y el macho se le coloca en la misma posición en que el hombre se pone para realizarla.

Como la mujer, la hembra del mono posee virginidad, consistente en una tela ó membrana, idéntica á la que caracteriza el himen. Esta circunstancia no consta en otras especies (caballo, vaca, oso ó ave).

De ahí que cuando el mono hembra sufre por primera vez la función genésica, da grandes alaridos y se le produce una pequeña hemorragia por la parte afectada.

Facultades de entendimiento y discurso, las tiene en alto grado este vivaz habitador de las selvas vírgenes.

Cuando asalta en pos de su alimento algún árbol de fruta inmediato á rancherías indias, ó guarida de animales carniceros, como tigres, leones, panteras ú otros que el mono comprende que pueden hacerle daño, coloca un centinela á distancia, esto es, un mono de los más ágiles, que se trepa en un árbol muy alto á otear hacia donde está el peligro.

Entretanto, toda la tropa de cuadrumanos se entrega á vendimiar.

Si son racimos, llevan hilachas ó fibras vegetales y atan de á dos racimos, á fin de echarse cada mancuerna á un hombro y poderlo transportar sin molestia.

Las mazorcas del maíz le desprenden las hojas de un extremo, dejándolas pegadas del otro, y así hojas con hojas, hacen

nudos (1) para poder llevar también dos mazorcas sobre cada hombro.

Cuando el vigía que han apostado en un árbol distante de donde está la tropa vendimiando da los gritos de alarma, todos se ponen en fuga.

Mas el indio conoce estas malicias, y más de una vez le hace malas jugarretas á su semejante de la selva.

La cuadrilla de flecheros avanza hacia donde se siente el ruido de los monos, agazapándose por las más intrincadas y espesas malezas, haciendo tan poco ruido y caminando con tanta cautela, que cuando la manada de monos se hace cuenta, es porque está siendo víctima de una lluvia de dardos.

Y precisamente esto ha dado motivo á observar una mayor curiosidad del mucho entendimiento que tiene el cuadrumano. Después de una sorpresa de estas, los indios han seguido la horda simia y han ad-

---

(1) En América, debido á esta circunstancia que tan donosamente describe el autor, perdura un refrán para significar tacañería en un sujeto, á quien se le dice: «más apretado que un nudo de mono».—*(Nota del copista.)*

vertido que entre todos apalean hasta dejar por muerto al vigía, cuya infidelidad ó descuido fué causa para que la tropa entera fuese asaltada por los arqueros, con matanza espantosa de hermanos y compañeros.

El indio, por su parte, se regodea de lo bueno con los despojos de su semejante. Es esta una carne roja, sustanciosa en extremo, y según La Hoz y el Padre Olaisola, que la gustaron, ejerce influencia vigorizante en los tejidos. Tiene la propiedad de todas las carnes rojas.

«La grasa de estos animales—dice fray Félix Aquino y Osio, que, como antes se ha dicho, fué en aquella memorable misión— es fina y delicada en extremo. Los primeros días removía un poco mis escrúpulos; pero, después de acostumbrarme, tomaba los huevos fritos con ella con tanto gusto, si cabe más, que con nuestro aceite de olivo, que muchas veces viene rancio desde el mismo arrancar el fruto del árbol.»

De esta especie de animales la variedad es infinita en aquellas partes.

El de más estatura es el llamado *usúa*, que lleva debajo de la quijada un mechón de cerdas largas como imitando una barba, y es de un color pardusco leonado, teniendo la cara de tono lechoso; el *hueque*, más pequeño y casi negro; el *ranchero* ó mono fácil á domesticarse, que es bronceado y el que más han traído á España los marinos. El más curioso, sin duda, es el llamado *orugo* (perezoso), mono nocturno que pasa todo el día durmiendo, se mueve con una lentitud que excita los nervios y deja oir de noche una especie de lamento que mete miedo en el alma y hace pensar en las Benditas Ánimas del Purgatorio. De esta especie son dos: el *orugo* propiamente dicho y el *goce-goco* (perico ligero), que es algo más mediano, pero de idéntica índole.

Hay dos clases más que son sumamente vivos: el *titi* (abejita) y el *alemame* (maicero), que son, por cierto, los más pequeños conocidos.

El más bullicioso, porque pasa horas y horas en los árboles con una especie de ronquido ó gruñido desapacible y bronco

que se oye hasta muy lejos, es el *ara-guato* (ronquido de tigre). Este mono es de un gualda encanallado, casi como el tono de la llamarada. Su pelambre es recia, cerdosa.

En general, todos estos animales son vegetarianos. Frutas y raíces son su alimento cotidiano. No ataca al hombre: sólo se arranca contra una persona mirándose acosado ó molestado en sus viviendas, ó *quiche-menes* (1).

Era frío ya el sol cuando los peregrinos alzaron tiendas.

La ruta que llevaban era la del Sur, buscando el modo de salir á los esteros llamados de *Guaibacoa*, tribu numerosísima del país *saca-láico*, que tenía su asiento principal tomando por la orilla del lago hacia el Sur en la propia serranía nevada, aunque más abajo, ó sea la meseta de los *caparús* (2).

Nación dominadora la de los *jajíes* y los *chiguaraes* en sus irrupciones un siglo an-

(1) Todos los vocables usados en este pasaje pertenecen á la lengua de los *paraguanes*, de la cual ha sacado una muy hermosa *práctica* escrita el Rev. Padre Agustín de Motamayor.—*(Nota del autor.)*

(2) Hoy ciudad de Mérida.—*(Nota del copista.)*

tes del descubrimiento por Cristóforo Colombo, llegaron sometiendo naciones hasta el propio mar Océano. Aquella memorable cámpaña, según la tradición guardada por los *guaibacoas*, duró once meses. Era un ejército de más de doscientos mil hombres que había abandonado los glaciares de la cordillera y se había lanzado sobre los valles del Norte como huracán devastador. No ya como país que va á someter otros para reducirlos á su señorío, sino como quien va á destruir, á despojar la tierra de todo ser viviente y de toda obra de techo y labranza para luego quedarse y establecer las suyas.

Mas las regiones invadidas eran inmensas y sus habitadores bisoños en las armas; los *guaibacoas* dominaron hasta cerca de la península y pudieron establecerse en todo el litoral sin la zozobra de las venganzas de las naciones vencidas.

No obstante, una parte de la masa invasora volvió á sus lares empinados de la gran sierra: sentía la nostalgia de sus ventisqueros, no pudo habituarse á estar lejos de las cresterías que todas las maña-

nas amanecen como arrebujadas en un manto de armiño.

Cuatro ó cinco días después pasó fray Pánfilo el río de los *Canjaraos*, por el propio lugar donde había una numerosa puebla de los indios de aquel nombre, pero que, sometidos al cacique de los *paraguanes*, le recibieron á cuerpo de rey.

Ahí pernoctó el fraile, y como la región, bastante despojada de malezas, ofrecía facilidades á los guías para marchar de noche, tomó camino á las tres de la madrugada con ánimos de recorrer las naciones de los *guaibacoas* y la de los *cumarebos*, que estaba situada más adelante.

El viaje fué feliz; pero en la llegada presentósele al fraile un caso bastante á macerarle los nervios al más valiente: vale decir, que la nación en masa estaba precisamente ultimando preparativos para lanzarse por sorpresa sobre los *canjaraos* y los *paraguanes*.

Se vió, pues, el religioso en un santiamén atado y molido á golpes con todos los que lo acompañaban, exceptuando una pareja de indios que, comprendiendo á

tiempo la tremenda, logró escapar con buen suceso, tomando los intrincados matorrales.

No pocas fueron las angustias que por amor de Dios y resignación de fe ante las negras malandanzas, tuvieron que sufrir La Hoz y sus compañeros.

Cautivos, maniatados, hasta les dieron azotes y flechazos.

Uno de los caciques gustó del capisayo del fraile. Le exhortó por señas á que se lo diese, mas como el religioso se mostrase sobrado calmudo en quitárselo de encima, resolvió el bárbaro obligarlo á despojarse más de prisa por medio del escarmiento.

Mandólo á colgar de las ramas de un árbol, atado por las canillas, y así tuvo al buen religioso una larga pieza de tiempo.

Pusiéronsele los ojos exaltados, el cuello enrojecido é infladas las venas, y al ser desatado respiró grueso, como si acabase de subir una cuesta muy escarpada llevando en las espaldas una roca. Chorros de sudor bañábanle el rostro y la barba.

El cacique reía enseñando los dientes afilados y blancos, muy orondo con su vestido de arriba abajo. Presentaba un tipo de lo más extraño y curioso ciñendo el tosco sayal franciscano. Su piel venía á resultar de la misma color que la espesa lana.

Vieron los peregrinos con no poca tristeza y desconsuelo cómo los bárbaros habían matado las mulas. ¡Se dieron con ellas un festín! A esto añádase que la tierna carne de ciervo cebado en la península les vino muy á tiempo.

Mas no eran estas todas las calamidades.

El cacique mayor se empeñó en hacer suya á Altagracia. Mal de su grado tuvo la buena hembra que ir al gineceo del bárbaro, el cual quedó tan complacido, que resolvió quedarse con ella.

Con honda desolación vió partir el séquito tristísimo de sus compañeros, que fueron mandados á arrojar de los dominios *guaibacoas*, tan pronto como tomó el cacique la determinación de quedarse con la extranjera.

BIBLIOTHECA BODLEIANA

Esta, por su parte, lloró un poco; pero no mostró mayor desespero que digamos, con estupor de todos.

Acaso obró en ella esa suerte de atracción que sienten los hombres y las mujeres de razas distintas, ya por demasiada lubricidad, ya por curiosear en lo desconocido, ya por la propensión del egoísmo humano á la variedad y á la cosa frívola y mudable.

Ahí en aquella coyunda formaríase lo neto y preciso del *mestizo* (1) bravío y mal intencionado, como que, según el Padre Oviedo y Cuenca, «lleva en las venas la sangre canallesca del español y la esquivez rencorosa del indio».

El ímpetu, todo efervescencias, de la raza dominadora, y la pasividad nostálgica y quejumbrosa de la raza vencida.

Desconcertado y alicaído regresó el bueno del fraile á la península. Mas al mismo llegar notó que aun quedaban amarguras, y quizás más densas, en el vaso doloroso que apuraba.

(1) Dícese también mulato, zambo, pardo.—(*Nota del copista.*)

Tuvo noticia de que las misiones de Bella Vista habían sido arrojadas más acá del estrecho por un numeroso ejército de indios *guajiros*.

También supo que Villamizar había sido empujado hacia los valles llamados por Ojeda del Rosario.

Y en realidad, cuatro días después arribaban á la península en un maltrecho galeón los pocos españoles que quedaron en lo que fué floreciente misión franciscana de la *Nueva Umbría*.

A los frailes quedaban dos caminos: ó acudir á la isla de Granada en solicitud de refuerzos, ó volverse á España cargando con el agudo fracaso de una empresa que tanto prometió desde sus comienzos.

Mas, en caso de tomar el desquite con fuerzas recabadas en las Antillas de Su Majestad, ¿qué iban á encontrar de la hermosa colonia que ya comenzaba á extender por las riberas lacustres el manto colorido de la mies?

Ruina, incendio, cenizas, polvo, tristeza y soledad.

—Dios lo ha querido así—murmuró el

Padre Olaisola—; sea su voluntad y su infinita misericordia. Acaso tan noble empresa está acordada á otros mortales.

Después de practicarle algunas reparaciones al navío, se hicieron á la vela una mañana de Agosto, rumbo á las costas de España.

Era el año 21 del siglo XVI.

De esta fecha en adelante ya no hubo más expediciones españolas á la hermosísima India del gran lago hasta el año 27.

En efecto: en este año arribó Juan de Ampués á la costa de los *paraguanes*, pero no ya en el territorio peninsular, sino veinticinco ó treinta leguas más adelante, internándose un poco en los médanos de aquella región.

Su arribo fué oportuno y ocasionado al buen suceso, porque no estaban los naturales en guerras ni antagonismos.

Las vengadoras armas colgadas del techo de los *caneyes* y *bohíos*, tomaba el indio un bien ganado reposo, procurando, en la serenidad de la paz en los collados, de dominar su naturaleza más cerril aún por las asperezas emancipadoras.

Trató Ampués primeramente con el cacique *Maunare*, jefe de la nación Caiquetía, el cual se comprometió á rendir vasallaje á la Corona de España, merced al ofrecimiento que le hiciese el español de ponerse á su lado con armas y caballos en el caso de ser atacado el caiquetía, ó por los *guaibacoas* ó por los *capatáridas*, que eran sus más crueles enemigos.

Ampués, una vez asegurado de la pasividad del natural, dióse priesa en fundar una puebla y edificar algunos bastiones: llamó esta fundación Santa Ana, y procuró que quedase erigida en la parte en que aquella vasta llanura es más abierta, á fin de atalayar con facilidad cualquier intento de ataque por el enemigo de afuera.

Ampués puso grande ardimiento en hacer de aquellos retostados medanales una provincia que ofrecer á la Corona de su patria; y logró grandemente su intento, pues si la zona (1) es árida y, por lo tan-

(1) Esta región llámase hoy Estado Falcón, capital Coro, y es una de las provincias más importantes de Venezuela. *(Nota del copista.)*

to, nula para la producción agrícola, en cambio es inmensamente rica para la cría del ganado de toda especie, con una costa de mar que produce cuantiosamente carne, ballenas, marfiles, tortugas y abonos.

Quiso hacer de Santa Ana una joya de ciudad. Le hizo huertos hermosísimos, calles amplias; atrajo á vivir en ella, no sólo las mejores familias indias, sino que también muchas españolas de las descontentas en Santo Domingo, Granada y Buen Aire. Como el agua era bastante escasa, hizo traer una caudalosa zubia del río de los Canjaraos, y la frescura, que estuvo siempre ausente de aquel sitio, arribó con su alegría y sus collares diamantinos y fugaces.

Por cada una de las tres calles principales corría una canal abundante; y ya que padeció un error grave fundando la ciudad lejos del río, en lugar de hacerlo en su propia ribera, enmendóse resarciendo todo ampliamente.

Mas el haber sustraído familias enderezadas á otras misiones, el haber atraído

tribus enteras de los macarapanes, que ya estaban sometidas á la Audiencia de Santo Domingo, fueron cosas que bastaron á indisponer el Consejo de Su Majestad en contra del animoso y diligente Ampués.

La displicencia se formó en torno de su nombre; y aunque obtuvo cabal distinción y premio del Rey Nuestro Señor, fué movido de su encomienda y llamado á la corte.

Decíale Su Majestad en un mensaje:

«Heme complacido de cuanto habedes hecho por mi real servicio, tratando de fundar una populosa provincia; pero habedes echado mano á expedientes que siembran el descontento y la discordia entre mis otros servidores del mar Océano. Mándoos, pues, que vengáis á mi corte y os daré nuevas instrucciones».

Era bien entrado el año 30 cuando Ampués llegó á la corte, fué recibido por Su Majestad, que oyó con ingenua complacencia la larga relación del conquistador.

En vista de lo ocurrido creyó (¡iluso!) que sería tornado á su ínsula; pero su des-

encanto fué grande cuando al día siguiente recibió la orden de incorporarse, con el cargo de oficial, en el cuerpo de Alabarderos de palacio.

Poco después el Monarca cedió toda la provincia á una compañía colonizadora alemana que dirigían unos nombrados Velzares de Hamburgo, y los cuales gozaban de no poca «manga ancha» con Su Majestad, como que el patrimonio imperial y real adeudábales un millón de doblones por suministros para los ejércitos de Flandes y de Italia.

Los Velzares nombraron como gobernador de estas tierras á Ambrosio Alfinger y Phoseca, perro judío que, como aquéllos, no fué menos avariento y agalludo.

Extorsionó, diezmó, esclavizó cuanto pudo al natural y á muchos de sus compatriotas. Se emborrachaba á menudo y eran tales sus demasías, que la vecindad veíase en la forzosa de atrancar puertas y ventanas.

Fué como gobernador y como encomendero para que atrajese súbditos y ri-

quezas á la Corona, por el buen discurso y consejo y por el trato suave y pacífico, y él se erigió en señor de horca y cuchillo. Quería que todas las mujeres vírgenes de la puebla fuesen de él para el regalado gusto de su lecho.

Espléndido en sí mismo, usaba espuelas de oro, gustaba de adornar su cuello con pesada cadena de plata, recamada de piedras preciosas, rizándose la leonada cabeza con primores y fililiés. En suma, era el tipo del galeote aventurero, de mucha alzada y altanería, imperioso ademán, despótico y conceptuoso.

Mas esto produjo su fruto, y una noche fué hallado en el lecho frío de la zubia con el cuerpo acribillado á flechazos.

Así debieran morir todos los déspotas.

Para 1534, después de un corto mando como gobernador de Juan Alemán, mandaron los Velzares á Jorge Spira.

Este, aunque menos movedizo y rijoso que Alfinger, intentó una gran empresa buscando ensanchar y acrecer sus dominios.

Armó unos cuatrocientos hombres de

todas armas, cuarenta y dos acémilas, en las que portaba gran cantidad de bastimentos, y se echó á caminar por las vastas soledades, en dirección de los *Desiertos de Achaguas;* pero como tal intento ofrecía inmensas masas de selvas, lagos, ciénagas, pantanos, llanuras abrasadas, ventisqueros, riscos y peñascales, habitados en su mayoría por bestias feroces y hordas en el peor estado de salvajismo, no pudo hacer nada de provecho.

Llegó hasta la región de Barinas y de ahí tuvo que regresar á Santa Ana (1) (año 39), con sólo noventa hombres de los cuatrocientos que llevara.

Después de esta infortunada aventura pasó á Santo Domingo á entenderse con los agentes de los Velzares.

He aquí un curioso romance que le hizo el poeta Sepúlveda:

Al bueno de Jorge Spira
los indios le dieron treta:
que todo el que mucho abarca
poco apreta.

(1) Hoy ciudad de Coro, en el Estado Falcón, República de Venezuela.—*(Nota del copista.)*

Spira quiso aspirar
y le resultó puñeta...
que todo el que mucho abarca
poco apreta.

Y no me diga el Spira
que soy mal ó buen poeta...
que todo el que mucho abarca
poco apreta.

Perdóneme el buen Spira
la inspirada cuchufleta...
que todo el que mucho abarca
poco apreta.

A la sazón arribó á las costas del Golfo de la *Nueva Umbría* Alonso Navas con una escuadra bastante numerosa, el cual encontró la encomienda abandonada por los franciscanos en el Estrecho ocupada por indios goajiros y zapuaras.

Desembarcó el español, y atacando bruscamente á los moradores, hizo una tremenda carnicería, adueñándose de todo el litoral, después de haber infligido terrible venganza de los franciscanos, echados de ahí por ellos.

Ya para 1540 murió Spira á consecuencias de una herida que recibiese de los indios, quedando de gobernador Juan Villergas y Tellería.

Pero de Santo Domingo mandaron otro gobernador al saber la defunción de Spira, esto es, á monseñor D. Rodrigo de Labastidas, quien habiendo sido designado para obispo de Puerto Rico, resignó el mando en Diego Boca, después de haber ejecutado solemnemente la erección de la iglesia mayor de Santa Ana en catedral, disposición ésta que fué tomada por el Papa Clemente VII.

Sucedieron otros gobernadores después de la partida de Labastidas para la isla de Puerto Rico; pasó la colonia por mil vicisitudes, entre ellas la de una expedición que mandó el gobernador á la Cubagua, que ya estaba sometida á un tal Castillón. Esto trajo disturbios, y Diego de Losada, que fué el jefe de la nombrada expedición, salió poco menos que fugado. Fundó Carvajal la ciudad del Tocuyo. Hubo intento de ir en pos de *El Dorado*, con desastroso regreso. De Santo Domingo mandaban, removían, explotaban, extorsionaban; pero las colonias no adelantaban mayormente.

Pugnas, rivalidades, desastres, desaciertos.

Al cabo, cansado el Consejo de Indias, resolvió nombrar capitán general de Venezuela á Juan Pérez de Tolosa y declaró terminado el contrato de explotación formado con los perros judíos de los Velzares.

Diez y ocho años estuvieron éstos en su negocio.

Diez y ocho años perdidos, porque poco faltó para que la colonia desapareciese.

Digamos algo de *El Dorado*, y sobre el cual escribió fray Pánfilo de la Hoz una hermosa disertación. Los datos existentes en el archivo de Su Majestad son curiosos y peregrinos.

Procuraremos dar íntegras todas las versiones para que se vea cuán risueña y entretenida es esta visión que ya para dos siglos ocupa la imaginación de millones de almas que creen que efectivamente existe.

Sea lo primero el opúsculo escrito por La Hoz, ya que su ingenio es tan sutil y

tan adornado para las especulaciones de la gaya ciencia:

«Al Rey Nuestro Señor: Al fin, gran soberano, hemos encontrado la tierra prometida, el divino *Dorado*, por quien tanto y tan quiméricamente soñaron los marinos errantes por sobre las olas de todos los mares.

Menguado de mí que trato de daros una idea de esa maravilla de maravillas, en donde los follajes de ciertos árboles son de plata, los troncos de ébano y nácar, las raíces de pórfido, y los frutos unas naranjas de oro, cuyo lo de adentro es un bloque de encendidos topacios; también abunda el granado, y sus hojas son de tallada esmeralda, su tronco de marfil y su fruto una corteza de amatista llena de resplandecientes rubíes.

Las rocas en el lecho inundado de los ríos son de oro; cuando el viento agita sus alas en los caminos levántase una polvareda de oro.

El agua de manantiales y torrentes impetuosos es plata líquida, que al verterla en un ánfora de barro se congela y

hace grandes bloques del precioso metal.

Hebras de oro fino son los cabellos de las mujeres que habitan estos parajes, y cada una tiene en la boca dos hileras de perlas que desmayan el azulado de su oriente en un estuche de grana.

Son vastas extensiones, que á ser en Europa cualquiera las tomaría por hermosos y dilatados trigales; pero la mirada humana se engaña; sufre un espejismo: aquellas sábanas doradas que el sol incendia en millares de fulguraciones son gavillares de oro.

El pelo de las bestias que pululan por aquellos parajes es de la más fina seda, y la más ostentosa princesa mostrárase codiciosa de ellos para hacer redecillas con que enhebrar su cabellera real.

Hay un lago cuya extensión de juro sobrepasa de cincuenta leguas castellanas. Sus aguas son de un azul puro, un tanto más resplandeciente que el cielo. Está este lago siempre dormido, manso, con una mansedumbre de sueño letárgico. En las mañanas elévanse de él copos de nieblas de una blancura iluminada.

Hay en este pequeño mar una ondina llamada *La reina de las turquesas*, la cual saca la mitad de su cuerpo fuera de la superficie unas dos horas todas las tardes. Su aparición es hacia el lado de un jardín de nenúfares que flota hacia la ribera oriental, y estas plantas del agua tienen las hojas de plata viva.

Cuando ella asoma su cabeza linda, la cabellera se le desordena sobre la espalda y sobre los senos, toda bañada de un rocío maravilloso, como que es de esmeraldas, turquesas, topacios y rubíes.

La color de su melena destrenzada es negra, pero si la toca algún rayo de sol se dora como una joya milagrosa; sus ojos son dos hermosas perlas negras.

Cuando el lucero *Vésper* la mira surgir de entre las aguas, se desprende del plafón celeste donde se halla incrustado entre nácares y sedas y rasos. Vuela como una mariposa de luz y viene á posarse un momento en su frente.

En lo que sucede esto, aparece en la extensión de la maravillosa ciénaga una barca primorosamente labrada. Toda ella

es de ámbar. Las velas son de púrpura, los mástiles de marfil y las jarcias de un metal rubio más fino que el oro. En la proa aparece un turíbulo de pórfido preciosamente tallado, en donde se consumen riquísimas resinas, cuyo perfume ni siquiera hemos soñado los humanos. Cuando se han consumido los granos de orobia, un cisne que viene echado en la barca sobre un cesto de rosas encarnadas, plega sus alas, se dirige á una fuente llena de resinas, toma grano á grano con su rosado pico y los va echando en el turíbulo. Luego que ha hecho la provisión, con el albo abanico de sus alas aviva las brasas de la lumbre, y la espiral de humo elévase curvándose como un azulado cuerno fabuloso.

En la popa viene sentado un delfín cuyas alas se plegan como dos reflejos solares. Lleva el timón atado á la curva más ancha de su cola, y según la mueve inclínase la nave, desgarrando con el filo de su proa crespos y frágiles vellones de blanquísima espuma.

Cuando está cerca de la ondina, excla-

ma:—¡Salve, salve, Reina de las más azuladas lejanías, Emperatriz de las piedras preciosas, Duquesa de las fulguraciones!... De las legiones celestes habéis sido alabada, y ahora *Vésper* se desengarza de sus palacios de ópalo y zafiro, de púrpura y gualda, para venir á posar su oro pálido en la resplandeciente nieve de tu frente. La estrella de la tarde, el lucero de la mañana trócase en mariposa de luz para iluminar la sombra misteriosa de tus ojos, y cuando la luna vaga por el océano inconmensurable de los cielos, envía sus atornasoladas blancuras á este lago en forma de perezosos abanicos para que acaricien deleitosamente tu sueño, acostada tú en un lecho de azahares y rosas muy blancas entre un precioso camarín de rasos y cristales.

La ondina baja los párpados de seda y se sumerge, en tanto que *Vésper* emprende el vuelo, describe un rodeo luminoso en torno de la barca y se dirige á su sitio del ocaso, llegando poco después á adornar con su oro vivo el seno tenebroso de la noche!

La barca se aleja, se aleja por la extensión ya cubierta de sombras, al fin desaparece en la lejanía ensombrecida, dejando una estela blanquecina y el eco del sonido que produjo un caracol de coral siendo soplado por un tritón...

Cuando todo está bajo la espesa noche, en virtud de que en el fondo del lago hay palacios encantados, muéstranse aquí y allá grandes manchas áureas; parece entonces toda la ciénaga un raro y extendido manto de seda negro regado de estrellas.

Tal es el Dorado con que soñamos los españoles.

Ya le hallaremos. ¡La constancia vence lo que la dicha no alcanza! ¡Venturoso el mortal que llegue á descubrirlo... en esta edad de hierro en que el oro anda tan escaso!»

Como se alcanza, la visión del Padre De la Hoz no pudo ser más adivina.

El Dorado, si no es así, merecía serlo. Lástima grande que el abnegado fraile no se resolviese á ir á las Indias nuevamente.

Otros franciscanos lo pretenden. ¿Es-

tará reservado á ellos el maravilloso descubrimiento?

En cuanto á otras suposiciones de *El Dorado*, hay una, la de Pedro de la Ensenada, que dice como cosa cierta que un indio al morir revelóle el sitio en donde estaba; pero que no trataba de ir en su busca hasta que no cumpliese los setenta años porque el bárbaro habíale dicho que sin este requisito no le encontraría jamás. Que *El Dorado* guardaba en su seno setenta trillones de arrobas de oro, y que por lo tanto debía ser un hombre de setenta años el que lo descubriese.

Gonzalo Vives afirma que «lo soñó» asentado en las márgenes del *Marañón*, un río también fabuloso, atribuyéndole la virtud de convertir en oro todos los metales que se mojasen en sus aguas.

La princesa de Éboli dice que un criado suyo, venido de aquellas lejanas partes, trájole, como cosa de mucho regalo, unos hermosos caracoles de oro recamados de esmeralda.

Le preguntó ella que de qué sitio de las Indias los había tomado.

El doméstico la respondió que jamás lo diría, porque era un secreto que no podía revelar.

Su Alteza no insistió, confiando en que á la larga el doméstico le haría la revelación. Pero temió no conseguirlo, pues el aludido enfermó, y, ya agonizando, encargó ella al sacerdote que administraba la extremaunción recabase al moribundo el origen de los caracoles.

El doméstico, con voz apagada, manifestó que sólo se lo diría á la princesa, y al oído.

La aludida acercó la oreja á su criado, y aquél le dijo:

—En *El Dorado*.

—¿Y dónde se halla *El Dorado?*

—Más allá de los Horizontes.

Hay otra versión curiosa que ha puesto á circular D. Luis de Góngora:

«Una mocita de la calle del Mesón de Paredes empeñóse con cierto caballero que la cortejaba le dijese de qué sitio de las Indias eran unos zarcillos de oro que le había regalado aquél al regresar de un largo viaje.

—Esos zarcillos los encontré yo en *El Dorado*, hermosa mía.

—¿Y en dónde está *El Dorado?*

—*¿El Dorado?* ¡Ah! Vive Dios que El Dorado lo tenedes vos entre las piernas...»

TERCERA PARTE

La primera misión franciscana de la *Nueva Umbría* no tuvo resultado favorable á la Corona de Su Majestad, más por falta de firmeza y buena codicia de gloria por los que la emprendieron, que debido á lo imposible.

Los elementos, después del primer fracaso, se facilitaron ampliamente; pero los padres se empeñaron en volver á Europa, y así lo hicieron, sin atender á los ruegos que les hiciese la Audiencia de Santo Domingo y los ofrecimientos del capitán Fonturbe, encomendero mayor de las islas occidentales, asentado en Buen Aire.

Faltó confianza en Dios y perseverancia á los buenos franciscos.

El descalabro de sus desvelos y trabajos les metió pánico en el ánimo y un des-

aliento grande. Y eso que lo que habían logrado no fué mayormente expiatorio á sus diligencias.

No tuvieron, como el gran almirante, sediciones en la travesía ante el enigma insondable de los mares; no tuvieron que bregar cuerpo á cuerpo con hordas salvajes, como D. Hernando Cortés en Méjico; no fueron por una ruta de naufragios, como Pánfilo de Narváez y Alvar Núñez Cabeza de Vaca; no encontraron campo para hacer una epopeya, como los conquistadores de las heladas serranías de Chile; ni que aliarse con el bárbaro para domeñar al propio bárbaro, como La Puebla en los desiertos de Achaguas.

Faltóles, aunque no del todo, á los buenos frailes, el ardimiento, la terquedad, la voluntad férrea de los primeros cristianos en las Catacumbas.

Si ellos, apoyados por la Audiencia de Santo Domingo y por el encomendero de Buen Aire, hubiesen intentado la reconquista de la *Nueva Umbría*, su buen suceso habría propasado los cálculos, y su regreso á España no hubiese sido un viaje

de incógnito llegando á Compostela casi á hurtadillas.

Fué, repetimos, poco fructuosa para la Corona de España la primera colonización franciscana; pero nada más que en lo tocante al establecimiento de una gran encomienda en el caudaloso país, que no pudo lograrse.

En cuanto á cosas útiles y buenas de saber que prestan gran discernimiento y facilidad al estudio, el Padre La Hoz realizó mucho á tal suerte de acopio. Las expediciones siguientes llevaron indicadores escritos que les facilitaron cuanto necesitaban saber de rumbos náuticos, vías de comunicación por tierra, yacimientos mineros, zonas propias para la crianza y la agricultura, tribus iniciadas en la fe y las costumbres europeas.

Es esto tan cierto, que ocho ó diez años después, cuando Mencío Vargas atacó y sometió los *guajiros*, encontró que aquéllos habían fundado pueblos en el fondo de las montañas, casi tan ordenadas como las de Europa.

Las yeguadas y piaras que arrebataron

á los frailes sirviéronles para formar grandes rebaños; poseían cientos de ganado vacuno; y siguiendo las prácticas españolas, habían logrado labrar extensiones inmensas de tierra en donde abundaban la cebada, el centeno, el garbanzo, las castañas y otros muchos alimentos vegetales, cuyo cultivo era desconocido para ellos antes de la primera invasión española.

Pusieron el metal en actividad como arma y como instrumento de labranza, y, cosa curiosa, el oro principalmente, como que comprendían que este metal ofrece mayor resistencia que el acero.

Hachas y alfanjes de ancha hoja de oro ó plata; azadas para remover la tierra, de cobre, y una multitud de cosas como ganchos, botones, armadura de albarda, de los mismos metales.

Los soldados españoles que fueron en esta expedición se regalaron ampliamente del codiciado mineral, y á su regreso á España hablaban de «doblones, escudos» como de cosas muy familiares á su modesto vivir.

Pudieron dominar al indio por haberlo

cogido de sorpresa, que si no... harto cara les costara su conquista.

Flechas de acero, lanzas, hachas, hojas curvas, afiladísimo todo.

Un escuadrón de doscientos jinetes amaestradísimos en el manejo guerrero, y caminos amplios como para discurrir en grandes masas por ellos.

De ahí que con todo este material, acumulado durante diez ú once años, se estableciese una encomienda riquísima, que en el primer año pudo enviar á España cincuenta y dos arrobas de oro fino, otro tanto de cuarzo, cien de cobre rojo y más de cien mil doblones en resinas y pieles preciosas.

Poco después arribaba á la Coruña un galeón al mando de Timoteo Almendares.

Sólo llevaba carne de pescado en conserva y pieles, y puesto á la venta, pudo hacer cerca de ochenta mil escudos, sin alzar precios.

Todo esto procedía de la *Nueva Umbria*, que ya era más conocida con el nombre de *Nueva Venecia*, que le puso la Audiencia de Santo Domingo, siguien-

do la primera impresión de los descubridores.

Estos síntomas de prosperidad y buen suceso dieron por resultado la efervescencia de inmigrantes. Todos los costeros de la Coruña y Andalucía querían marcharse á Venecia.

Unos de buen grado con el Gobierno, otros fugados, es lo cierto que ya para el año 35 habían desembarcado en costas lacustres más de veinte mil familias europeas.

Ocurrió un caso curioso en el puerto de Palos.

Juan Manuel de Arganda había llegado de las Indias (Brasil), con dos galeones, y como eran días de Semana Mayor, quiso gozar de los festejos en su tierra, que era Alcázar de San Juan. Descargó las mercaderías que traía á bordo y con la mayor parte de la tripulación se marchó á su pueblo, dejando los dos galeones al cuidado de cuatro marineros de su confianza.

A eso de la media noche fueron asaltadas las dos naves por treinta ó cuarenta hombres.

Hechos presos los marinos, embarcaron los abordadores buena cantidad de provisiones, veinticinco ó treinta mujeres, y obligaron á los dos cuidanderos—bajo pena de muerte—á llevarlos á la Nueva Venecia.

Jamás se supo dónde fué á parar esta expedición.

Uno de los marinos de Arganda fué encontrado algunos años después en la Habana, é interrogado, dijo que viéndolo enfermo habíanlo dejado los robadores de los navíos en una solitaria costa de la Nueva España, pero que no sabía qué rumbo habían tomado después.

De estas, muchas: cierta ocasión arribó á las barras del Marañón un bajel no menor de seis brazas de largo por una y media de ancho, conteniendo once tripulantes entre hombres y mujeres, dos cabras, algunas aves domésticas y una pareja de cerdos.

En semejante nave atreviéronse once españoles á dar la vuelta al mundo, habiendo salido escapados del puerto de Sanlúcar de Barrameda. El bajel lo ha-

bían robado á media noche, mientras sus dueños, que eran pescadores, holgaban en tierra. De la encomienda de Angostura se fugó cierta vez un cabo de la tropa de tierra, que se encontraba en cadenas por haber herido de un arcabuzazo á un compañero suyo.

A eso de la media noche, logrado que hubo su evasión de la fortaleza, metióse hasta medio cuerpo en un tonel y así se arrojó al río desde lo alto de un barranco.

En tan peregrina embarcación anduvo más de treinta leguas, salió á la mar y el bajante de la marea lo arrojó á las costas del golfo de Darién.

A todos los españoles parece venir bien la leyenda que lleva en el escudo el conde de Navacerrada: «Nada me detiene».

Pero volviendo á los trabajos de La Hoz.

Su libro *De las muchas y sorprendentes riquezas del mar Océano hacia sus costas de la Nueva Umbría*, es un verdadero monumento de sabiduría y piedad.

«He compuesto este breviario á la manera docta, aunque yo no lo sea—dice en el prólogo—, por que no se diga que nues-

tro viaje á las Indias fué del todo infructuoso.»

Y á fe que es útil á cuantos estudian las ciencias naturales sus descubrimientos en mineralogía, paleografía y otros muchos conocimientos que nos interesan mucho.

Del curioso modo de extraer las esmeraldas en la cueva llamada del Guácharo da una relación sorprendente, reveladora de que el habitador ancestral de aquellas regiones no carecía de muy delicada sensibilidad, mostrándose codicioso del buen parecer, puesto que pudo transmitir á las generaciones que le siguieron un hábito el más hermoso de cuantos son gloria del humano vivir.

Así, pues, es de suponer que el tesoro de las esmeraldas explotado durante muchos siglos debió producir algunas muy cuantiosas piedras por su grandor, puesto que las encontradas por La Hoz, cuando acompañó á Losada en una piadosa romería por las vecindades de la costa, poco después del desastre de la *Nueva Umbría*, son de un tamaño y una belleza sorprendentes.

El fraile trajo á España unas cuantas que le produjeron no pocos doblones. Vendió tres de ellas á Monseñor Duque de Gandía, que á la sazón se encontraba en Madrid como huésped de Su Majestad, en el Real Sitio de Belvís del Jarama, donde veraneaba la Corte aquel año, y es fama que dos de las esmeraldas citadas encuéntranse hoy en la corona de los Reyes de Francia, habiéndose reservado Gandía la otra con objeto de regalársela á su hija en los esponsales de ésta con el Príncipe Eugenio Federico Salvador de Moravia.

Otra de esas piedras fué regalada por La Hoz á la imagen de Santa Engracia, del Monasterio de San Cayetano en Soria. Las seis que le quedaron las colocó así: una, al superior de Compostela; otra, á los serenísimos señores Infantes; dos, que vendió á la Duquesa del Milanesado, y otra, que era la más hermosa, la cual fué destinada á Su Santidad el Papa en Roma.

Le quedó una, de forma elíptica, que la destinó para sí como recuerdo de tan memorable ocasión.

Se cogen estas preciosidades del modo más original.

El indio ata un pedazo de carne macizo de ciervo en una larga cuerda, y yéndose á la boca de una de las grandes cuevas (que son muchas, y á las que nadie ha osado bajar) echa el trozo y le va dando cuerda, cuerda, hasta que comprende que ha llegado al fondo.

Es casi seguro que por aquellas obscuras vías en las entrañas de la tierra corren algunos torrentes, pues la carne sale mojada y con esmeraldas adheridas.

Muchas veces fracasa esta operación, pero las más de las veces se acierta con el tesoro.

Esta circunstancia hace suponer que el arroyo arrastra como arenas esas piedras preciosas, pero que no siempre llega el bloque de carne á tiempo de poder atraparlas, ya sea por tomar otro sitio, ya porque no vaya pasando alguna en ese momento.

La pesca de las perlas en la isla de la Margarita se hace ordinariamente del mismo modo que en Europa, pues el que des-

cubrió estos hostiales fué Alonso de Ojeda, que en su segundo viaje llevó escafandras de arrastre, pudiendo traer á Europa más de mil de ellas.

Esta perla es mejor que la de Ormuz, y su belleza es el más puro tornasol.

Las que son blancas llegan á lo inconcebible en la blancura; echando una en un vellón de armiño no sería fácil encontrarla; las negras son particularmente hermosas de tamaño. El Duque de Alba compró una en Flandes al soldado Juan Nepomuceno Soto, el cual se la había quitado á un hereje bearnés que la había obtenido en las Indias. Esta perla era casi tan grande como un huevo de palomino. El Duque hizo regalo de ella, algún tiempo después, al Conde de Nápoles.

Las islas que quedan frente al Estrecho de la *Nueva Umbría* hacen enjambre á todo lo largo del mar Océano hacia Oriente: ahí está la de Araucaria cerca á la península de los *paraguanes*, la de *Oruba*, la de *Buen Aire* y la de *Granada*. Siguiendo el rumbo hacia el Este, *La Tortuga*, Los Roques, varios islotes pequeños y la más

grande y más aproximada á la costa, que es la de la *Margarita*.

Entre la tierra de esta isla y la costa firme es que se encuentra el fondo marino donde se crían las perlas.

El agua ahí es de un verde puro y reluciente, las brisas son constantes, por lo cual está siempre muy agitada, precipitándose en alborotados oleajes sobre los peñascales de las riberas en inmensas explosiones de espuma.

Por este paraje, siguiendo el mismo sistema geográfico, va el encadenamiento de montañas que arranca de la vértebra misma del Ecuador.

Adelante, ya al llegar á la península del Paria, que tiene á la isla de La Trinidad (ó Las Gavias) como un punto sobre una *i*, está el *Cabo de las Coderas*, donde es fama que hay un encantamiento.

Diego Pérez de Vargas en su *Relación* del año de uno cuenta lo siguiente:

«Navegábamos con demasiada molestia porque el viento escaso que soplaba venía mayormente por la proa. Al fin se concluyó: ni por la proa ni por ninguna parte.

Cerca, como á unos doscientos tiros de ballesta, quedábamos *Cabo de las Coderas;* pero no podíamos llegar por la falta de la brisa. Ya era de noche muy entrada, y nuestro galeón al garete en aquella calma y necesitando leña.

Resolvimos pegar la chalupa de desembarco al bauprés y tirar de él por medio de estacha y peones de remo. En las bandas pusimos otros cuantos *á jale de galera*.

Así fué como pudimos tomar tierra y anclar detrás del recodo del Higuerón, llamado así por Castillo de Arcés por haber encontrado en él varias plantas similares á la higuera; ahí fondeamos, pues, y nos dispusimos á pasar la noche.

A eso de las once, estando todos recogidos, nos percatamos de algo como alaridos que procedían del *Cabo*.

Instantáneamente una explosión como de un trueno, y en seguida, curvándose como una sierpe inmensa, vimos elevarse al cielo una iluminación parecida á una columna de humo rosada, morada, torciéndose en encendidos y rojos tonos.

Al fin quedó todo en silencio. Deseamos que llegase la mañana para inquirir lo que aquello significaba. En la mañana, soplando ya un viento algo fresco de los alisios, arribamos al islote ó cabo y... nada: los matorrales, los árboles, un manantial que tiende su extraña red de cabellos verdosos sobre una piedra musgosa, y nada más.

Pero tiempo después nos dijo Grijalba que ahí había un encanto y el cual no dejaba pasar las embarcaciones que llegaban á ciertas horas; que él, Grijalba, una vez estuvo detenido dos días frente á ese cabo, pues el buque, en vez de andar hacia adelante, lo hacía hacia atrás.»

Mas considerando atentamente todo eso, hemos de pensar que el Creador todo lo dispone sabiamente: acaso en realidad exista por ahí algún peligro en determinadas horas por la densidad atmosférica ó por la presión de aire cargado.

Dios cuida como el que más de sus criaturas, y cuando alguna perece es porque ha sido dispuesto por su mano que perezca.

Bien. Siguiendo cabalmente *El indicador* de fray Pánfilo de la Hoz, he de mencionar todavía una multitud de cosas que se prestan á la mucha curiosidad y entretenimiento, y aun á las reflexiones del saber profundo.

El reino de las aves en estas grandes regiones de la *Nueva Umbría* tiene notable diferencia con las aves de Africa, Asia ó Europa. Principalmente las del mar, que de ellas es que voy á ocuparme ahora.

Todas son de gran potencia alada y en extremo impetuosas: no hay entre estos animales del océano de las Indias, como en los mares de Europa, algunas de suave blancura y mansedumbre: todas son briosas y bravías.

Mas entre ellas predomina la llamada gaviota por los navegantes españoles, por parecerse en grande manera á la de nuestras costas; pero aquélla es de manchas negras y es mucho más recia y áspera. En grandes bandadas sigue las embarcaciones, internándose muchas leguas en los senos inmensos del océano.

Lanza graznidos que meten pánico y es sumamente ágil para la pesca.

Hay otra gaviota algo más pequeña, toda blanca, que los naturales llaman *guanaguanare*, que pasa el día revolando sobre las aguas en su pesca y por la noche va á refugiarse en las escarpas de la costa. Su nido es en forma de cuevas, que mulle con sus propias plumas.

El alción indiano es algo más corpulento que el europeo. Largo pescuezo y pico dos veces más grande que la cabeza. Vuela haciendo giros sobre la mar, y cuando mira la presa, lánzase sobre ella dando un chapuzón brutal contra la ola. Sus plumas son pardas y las patas garradas y agresivas. Es nadador y buena parte del tiempo se le ve flotando.

En algunas rocas, islotes ó monticulos que están fuera de la costa, se refugian generalmente otros pájaros de menuda república y de varia color. Estos ponen millaradas de huevos algo mayores que los de nuestro palomino, que son sumamente curiosos, puesto que no son blancos, y sí rosados, amarillos, azules, con pintas.

Estos huevos son suculentos, y tanto en la mesa del indio, como en la del español, son regalo del paladar y un muy rico alimento del cuerpo.

Otra ave pescadora de aquellas regiones es el colibrí acuático. Hay de varias especies, por lo cual se le encuentra de todos los colores. Es precioso, sobre todo el verde y rojo, que le resplandecen las plumas con los tonos más maravillosos de la gama.

Cuando abre las alas y las alza como para desperezarse, le cabrillean los tornasoles en temblores de esmeraldas y rubíes iluminados.

La mirada viva y sutil, es en extremo listo; al colibrí encarnado parece salirle un hilo de luz por la pupila, que es encendida como el topacio, ó como un grano de oro. Su tamaño pasa un poco más que nuestro vencejo de la estepa castellana.

Hay una garza gris que hemos convenido en llamar *morena*, pero que á mi ver no es otro animal que el *marabú* africano, aunque algo más pequeño; vuela á grande altura y anda siempre en parejas.

Cuando se viene aproximando se le siente por la potencia y lo bronco del vuelo.

Vive lo mismo en las costas que en las selvas lejanas del mar.

Pues aliméntase indistintamente de peces, caracoles y crustáceos, como de frutos de la montaña.

En las costas del extremo del golfo Triste ó Paria, dejadas á la espalda las islas de Margarita, Las Gavias y El Testigo, corre una leyenda ó conseja entre los naturales muy semejante á la que usaban como culto religioso los habitadores del Sur del mar de la China y del Océano Índico. Pero con la grande diferencia que la de estos bandidos del desierto era tomada por motivo para realizar cultos sangrientos con desacato de Dios Nuestro Señor, en tanto que esta del golfo de Darién antes es una forma de presentirle en la suprema altura.

Supone la leyenda que en el fondo de las aguas hay unas grutas de coral que hizo alguien muy santo y muy puro que vive más allá del cielo. En estas grutas de

coral vive un ave marina denominada *vigirima*, que ojos humanos no han visto, pero que todos los seres, desde que tienen el uso de la razón, adivinan por iluminación celeste, pudiendo determinar cómo es.

Como la suponen es precisamente de lo muy peregrino: tiene medio cuerpo arriba de mujer, con cara muy hermosa y espléndida cabellera negra, que se le destrenza copiosamente sobre la espalda; los senos morenos, redondos, mullidos, que provocan; y de medio cuerpo abajo el tronco amplio y fuerte, recubierto de escamas doradas, que va á terminar en doble cola de ballena.

Sobre los hombros lleva dos largas y amplias alas de nácar que, al agitarse, zarandean una polvareda de plata y ópalos.

Suponen los naturales que este monstruo sale de las aguas en alta madrugada, vuela hacia Oriente y después de despertar á la Aurora diciéndole que salga á iluminar el mundo, corre los cortinajes de raso de aquellos celestes balcones, y emprende el vuelo regresando á su gruta.

Entonces comienza la mañana.

Creen los naturales que el día que esta diosa no vaya á su excursión será porque ha muerto, y en ese caso el mundo se quedará obscuro para siempre y se acabará en él la vida.

De suerte, pues, que todos los días elevan sus almas á lo que ellos suponen la suprema dirección del mundo, para que la diosa de las alas de nácar se conserve inmortal.

Como bien se mira, el culto de los indios de Darién es muy hermoso y hasta revela una no común sensibilidad.

Estas y otras muchas cosas (como el culto que tienen por la flor encarnada de las montañas llamada por ellos *yaguaraparo*, que quiere decir *rosa sagrada)* (1) hacen deducir que el natural del extremo Sur puede llegar á constituirse en nación grande y hermosa para el servicio de Dios y prosperidad de la Corona de S. M.

---

(1) Llámase esta flor actualmente en Venezuela *rosa montañera*. Es de color escarlata con anillete dorado y polvoso en el centro. Pétalos delgados y agudos como los de la margarita.—*(Nota del copista.)*

Finalmente. *Las relaciones* del Padre Olaisola, así como el libro escrito por fray Pánfilo de la Hoz, en mi modo de apreciar, ofrecen no poca utilidad á los que se preocupan por este linaje de empresas.

Principalmente el Indicador de La Hoz y del cual he tomado muchos datos que me eran desconocidos.

Claro que no aludo al mito ó leyenda de la diosa de alas de nácar, que ya me era conocido, pues Cristóforo Colombo lo oyó de dos indios que vinieron con él á Europa; y el alguacil Pedro de Albacerrada hizo de él una sucinta referencia y descripción por encargo del Duque de Laujar, que fué uno de los personajes castellanos que con más nobleza y desprendimiento se empeñaron en que las vastas partes del mar Océano fuesen colonizadas y atraídas á la gracia de Dios, haciendo que el Consejo de Indias dispusiese cinco expediciones hacia diversos puntos de aquellas soledades, y que fueron las que mayores resultados dieron en la época.

Concluyo estos escritos con un alabado sea mi Dios y un bien afortunado mi Rey,

que siguió su mandato é inspiración, extendiendo un manto de gracia luminosa sobre el mundo que yacía bajo las tenebrosas obscuridades de la ignorancia y del olvido.

Ojalá que estas páginas sirvan á las generaciones venideras de aliciente á su abnegación por la fe y por la Corona de Su Majestad, llevando el estandarte de Castilla á señorear mares lejanos, y la cruz del Divino Redentor al fondo de todas las almas sumidas en la barbarie.

Como aquellos nuestros padres dejáronnos tan preciosa herencia, nosotros debemos dejar, si no lo igual en alta prez, lo semejante en razón de ejecutoria.

¡Benditas sean las almas abnegadas!

Benditos sean aquellos que posponen hasta su propio bien en el bien de la nación que los vido nacer, al igual del hombre que de niño se alimenta del jugo materno y que después paga tan grata dádiva coronando de doradas espigas los cabellos encanecidos de la madre.

Porque aquellas espigas de oro crecieron bajo el calmoso sol del buen Dios y

del rocío celeste, pero cuidadas por su mano poderosa y varonil.

Y vayan á todas las almas estas páginas, en caso de que ellas me sobrevivan, teniendo más suerte que algunos trabajos de la misma índole que se los tragó la fosa del olvido antes de morir su autor.

MISIONES DE ROSA BLANCA Y SAN JUAN DE LAS GALDONAS (1656)

POR

MATEO MONTALVO DE JARAMA

Relato curioso y en extremo detallado de las peripecias, peligros, encuentros de los conquistadores españoles en el descubrimiento y primera colonización de las costas del Norte del Mar de las Antillas, ó sea la región de la colonia inglesa de Guayana y de los dos estados orientales de la actual República de Venezuela.

Letra S. 146, Biblioteca Municipal, número 1.456

Madrid (España).

CAPITULO PRIMERO

Extracto de una carta de D. Eustaquio López á un jesuíta. Indios «mariguas» y guerreros del Marañón.—Las nuevas encomiendas.—El canibalismo.—Otros pormenores.

«Regocíjome de que vuesa merced haya logrado de la Corona el asentimiento que era de justicia á tan hermosa empresa. Todo ello ha de redundar en acrecentamiento de la hacienda de Su Majestad y en gloria de los bienes espirituales, para holganza de los buenos servidores del Señor en el orbe entero.

Con no poca dicha asimismo heme enterado de que en la corte hay oposiciones para establecer nuevas encomiendas en las posesiones del Nuevo Imperio de Ultramar, porque son muchas las quejas y hartas las faltas aplicadas á los que han venido á ellas con iguales propósitos;

porque ni todos son fervorosos por la causa de Dios, ni todos están imbuídos del acendrado celo que anima á los Padres de la Compañía en la conquista y gobierno de estas dilatadas regiones.

Mas ya que todo ha tenido el buen suceso que vemos, place á mi espíritu el buen principio; y antes que los reverendos Padres hagan la ordenación de la armada que ha de traerles, justo y sobrado oficioso es el que os adelante algunas noticias sobre aquellas regiones, ofrecidas á este vuestro criado humildísimo y devoto por el reverendo Pedro de Jaramillo, quien hizo el año pasado una expedición al seno de aquellas selvas con el capitán D. Luis de Salazar. La expedición salió de *Guaya-ila* con solos ochenta hombres, contando con pasar el Istmo ayudada de D. Martín Saavedra y Guzmán, gobernador y capitán general del Reino de Nueva Granada, y asentado en la puebla de Santa Fe de Bogotá.

Todo salió conforme se había reflexionado, y los expedicionarios pudieron tomar selva adentro por las vertientes de la

serranía, hasta tocar con la zona de las llanuras.

Su primer encuentro, después de sesenta días de marchas y penalidades, fué con la región de Caribe.

Dieron con las extensas poblaciones de los *artures*, los *mehsis*, los *arúos* y los *mariguas*.

Estos últimos, que son los más numerosos, y que llevan el dominio sobre todo el resto de la región, son los más adelantados y los más aguerridos.

Hay muchas otras naciones; pero todas les están sometidas por vasallaje, y adoran por igual al rey *Guayas*, suerte de divinidad que, según ellos, resume todo el poder y toda la dicha sobre la tierra.

Los *mariguas* visten camisetas y mantas de algodón, pintadas de diversos colores: azul, amarillo, anaranjado, verde, muy finas, de donde se reflexiona que en tales parajes hay maderas de muy varia preciosidad.

Hablan el mismo lenguaje de los *omagua*, de suerte que á los dos Padres que acompañaron á los soldados de D. Mar-

tín no les fué dificultoso el entenderse con ellos.

Encontraron dos indias en una canoa, y luego de hacerles promesas de no dañarles en nada, como lograsen hacerlas acercarse las ofrecieron gargantillas de vidrio. Las dos indias mostraron mucho contentamiento del regalo. Luego encargáronlas que dijesen á sus maridos trajesen comida para ellos.

Las interpeladas respondieron que gustosas harían venir á sus hombres; pero que confiaban en la palabra de que los soldados no harían mención ninguna de herirles.

Poco rato después aparecían muchos infieles en número de más de cien, hombres y mujeres, cargados con maíz, yucas, tortugas y aves muertas.

El cacique, hombre corpulento, que estaba vestido de los pies á la cabeza por una espesa red erizada de plumas de vistosos colores, manifestó que:

—En la banda del otro lado había mucha miel, mucha carne de bestias grandes y unos árboles que olían gratamente en

cierta época del florecimiento de las plantas; pero que ellos no vivían en aquel paraje, á pesar de ser tan rico, porque era muy ocasionado á la ira del cielo.

Esta referencia del indio reveló al Padre Jaramillo que en aquel sitio debía haber azufre ó pedernal alguno de los que atraen el rayo.

De suerte que la expedición, cuando llegó al otro lado, encontró unas muy vastas provincias. Internándose mucho en la selva, encontraron una población grande, donde sobresalía una casa de descomunal tamaño, construída con raras maderas, adornada con colgaduras de algodón á manera de tapices.

Con ellos iba bastante número de indios; no se hizo muy laboriosa la entrada con los naturales.

Aquel edificio era una especie de templo ó *teocalis*. En su interior había gran número de calaveras, armaduras de acero, arcabuces, pedreros, jabalinas, flechas, haces de dardos.

Los naturales explicaron que todo aquel hacinamiento era de distintos trofeos de

guerra, ya con los del país vecino, ya con los portugueses, quienes después de someter á sus armas todos los pueblos del curso arriba del Marañón, se internaron hasta la región de Quito, siendo arrojados más allá del Istmo, pues los naturales, ante el peligro, se unían todos en grandes ejércitos y hacían resistencia al enemigo.

Los *mariguas* usan flechas envenenadas con una esencia tan fuerte, que mata instantáneamente.

Para lograr esta cicuta cogen el hígado del ciervo y lo ponen en una malla de sólidas cuerdas de cerda en donde meten después una sierpe de las más mortíferas. Con una buída saeta embravecen al reptil dándole punzadas hasta desesperarlo: la fiera da terribles mordeduras al hígado. Cuando consideran que la sierpe ha vertido todo su veneno, buscan otras y otras, haciendo lo mismo con el mismo pedazo de carne, hasta que aquél queda impregnado por completo de la mortal esencia.

Lo exprimen luego, y la sanguaza que le brota es la que, untada en los dardos, produce el estrago en el cuerpo que hiere.

Son muy aficionados á la carne humana, y se comen á sus enemigos cuando los hacen prisioneros (1).

Mas, llevados con calma y tratados con mansedumbre, puédense apreciar en ellos muchas cosas buenas. Son dados de por sí al rebaño, á la bondad del pausado trato.

---

(1) La antropofagia del indio americano es un mito, como el de las Amazonas, creado por la imaginación de los portugueses. Casi todos los primitivos historiadores de Indias—entre ellos el sesudo Bernal Díaz—incurrieron en esta fraudulencia para dar emoción á sus escritos. Y tal versión ha producido sus consecuencias, pues muchos historiadores modernos, crédulos en exceso, han aceptado á pie juntillas cuantas leyendas creó la exaltada fantasía un poco árabe, y por tal miliunanochesca, de aquellos conquistadores.

Ni una sola de las tradiciones indígenas, ningún documento, ningún vestigio arquitectónico ó suntuario, ninguna solución obtenida por investigadores ni deterministas, ha comprobado la antropofagia en el mundo precolombino.

Para dar una idea de la forma inocente y graciosa en que tales consejas fueron transmitidas á la posteridad, vamos á copiar un breve pasaje que describe lo de las Amazonas en la Historia del Descubrimiento del río de este nombre, escrita por D. Martín Saavedra y Guzmán, capitán general que fué del Reino de Nueva Granada, para el año de 1639: «que ellos iban en determinados tiempos á aquella región á reunirse con unas mujeres que estaban con ellos dos meses, y si de la junta parían hijos ellos los tomaban para sí, y si eran hijas, se quedaban con sus madres, y que eran mujeres que no tenían más de un pecho».—*(Nota del copista.)*

Esto viene á sentenciar lo que hartas veces ha predicado en Santa María del Real nuestro amado hermano Froilán: el tono humildoso atraerá mejor á las ovejas.

Al daros mis devociones de siempre, amado hermano, sólo réstame el pedir á los cielos un buen suceso. ¡Ojalá S. M. el Rey quede satisfecho de vuestros servicios para gloria de la Santa Madre Iglesia!»

CAPITULO II

El viaje á Mallorca.

El mensaje anterior es relación fiel del aparejamiento que fué preparativo de la expedición á la costa del Sur del Océano. Grandes deseos tenía el gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Nueva Granada de que se condujese á buen término la conquista de Rosa Blanca, pues que allí, más que en otras provincias, era harto amenazador el incremento de la conquista por los portugueses, con mengua de la justicia y la razón que asistía á la Corona de Castilla, que había gastado gran caudal en su descubrimiento.

Hacíanse con toda diligencia los preparativos en Barcelona, y el padre Orte-

ga y Zozaya ultimaba sus instrucciones en Madrid.

Llegó en Enero 15 á aquel puerto con ocasión de ultimarlo todo, y como viese, antes que de bastimentos y abrigos, gran provisión de armas, llamó á maese Antón de Alcocero y le dijo de este modo:

—¿Qué hacéis, maese? ¿Vamos á la conquista de las almas y llevamos gran arsenal y sobrado aparato de guerra? No, hijo mío; llevemos muchos abastecimientos para resistir las largas jornadas, los fatigosos caminos; llevemos cosas nuestras, bellas y gentiles, que puedan agradar al infiel, pero no tantas armas. Antes que armas agresoras, presentémosles almas piadosas, que lo conmuevan, lo atraigan á la causa de Dios, lleno de amor y de piedad, no que lo alejen poseso de estupor y de espanto.

La voz del reverendo padre Ortega era sosegada y unciosa: tenía un dejo de tristeza y de perdón.

A fines de Febrero de 1650 salió de puerto la expedición: componíanla dos veleros grandes y dos pequeños, con

ciento veinticinco personas entre hombres y mujeres; unas mil arrobas en abastecimientos de trigo, avena, carne en pie, vino y aceite.

De gente religiosa marchaban el propio padre Ortega y Zozaya, Crispín de Timoneda, Alejandro Sepúlveda y cinco frailes franciscanos. Su Majestad el Rey había querido que fuesen religiosos de la Compañía y de San Francisco, para que así se disolviesen las consejas de filibusteros ingleses esparcidas en la Nueva España, de que ambas Órdenes trabajaban en las posesiones del mar Océano, una por Su Majestad el Rey Católico, y otra por la Reina María de Inglaterra.

La pequeña armada debía tocar, antes de tomar rumbo á las Indias, en Mallorca, donde había de hacer otras provisiones de mar y con el propósito de que se embarcase el capitán Fonsalve, que era el designado para manejar la carta marítima.

Los navíos llegaron sin novedad al puerto de Albanense en las islas mallorquinas. Tomó puerto á las cuatro de la

madrugada, y, no obstante ser el mes más crudo de invierno, hacía un plenilunio hermoso.

A esa misma hora arribaron á las bordas de las naves varios esquifes del puerto y el padre Ortega fué á tierra.

CAPITULO III

Salida de Mallorca.—El Crucificado de la Buena Esperanza.—El hondo mar y las visiones.

Fuera de Fonsalve y el padre Sepúlveda, eran en su mayor parte los tripulantes bisoños en dilatados viajes. Muchas de las mujeres iban llorando muy copiosamente. En especial Amparo de Cruces, mujer de maese Alcocero, que aun no comenzando á marchar la nave ya sentía horrorosos retorcimientos en las entrañas.

Lloraba á moco tendido la cuitada; con el cabello desordenado sobre el rostro, las manos sobre los ojos, no quería ver la tierra española que quedaba poniéndose cada vez más lejana.

—¡Ay! ¡ay!—no cesaba de decir—, ya no te veré más, tierra mía... malaventura-

da de ti, pobre mi alma, que te has partido para siempre del solar de tu padre y de tu madre por seguir á un marido andariego y malquisto!

El padre Ortega se aproximó á consolarla. Luego exhortó á uno de los frailes franciscos para que entonase un rezo en la proa rodeado de todos antes de que se izase la vela mayor, elevando el Crucificado de la Buena Esperanza para que llevara á buen rumbo y mansa mar á la pequeña expedición.

Así fué efectuado el oficio. Después parecía que la divina lumbre había penetrado en todos los corazones.

Izáronse las velas, arrancáronse áncoras, y la flota tomó la mar á viento franco del Sur.

El cielo estaba en parte despojado de nubes; pero hacia el horizonte comenzaba á formarse un manchón obscuro.

Eran las primeras horas de la mañana, y algunas bandas de aves marinas revoloteaban sobre el agua removida, como queriendo posarse en las espumas.

Sepúlveda se acercó al timonel, y pre-

guntóle qué podía predecir del tiempo.

—Vive Dios—respondiéndole el aludido riendo—que estáis temblando más que yo, bendito padre... holgara vuesa merced de lo que mayormente pudiera yo adivinar.

—¡Sois un pillo, maestre!

—No tanto como pudiera suponer vuestra paternidad... que habéis de saber que la mar es como las garridas hembras... tan pronto mansa como una oveja, tan presto áspera como una leona... A las hembras no se les ve nunca jamás el fondo; á la mar se le ve cuando vamos al fondo de la eternidad... mayormente como á ellas, que le venimos á mirar lo hondo cuando ya nos han matado á disgustos!

—Pero es que no os pregunto tales especulaciones, maese; acaso tengáis razón... pero yo sólo quiero que, por vuestra experiencia, vuestra maestranza y buen discurso, digáis algo de lo mucho que hayáis experimentado en idénticas ocasiones.

—Lo que os digo. ¡Es todo voto á bríos!

El padre Ortega tomó caso en la risueña plática del marino y el religioso. Celebraron, como cosa de mucho divertimiento, la peregrina comparación de aquél, y se marcharon dando tumbos á la cucheta de proa.

—Tenedes cosas los frailes—aderezaba el marino—que hacen reir á los legos.

La comida no fué todo lo agradable que se desease.

Todos arqueaban, vomitaban de lo más y mejor. Los más jugosos manjares habían sido desechados en tan atribuladas horas. Sólo el reposado y despreocupadísimo timonel, ya fuera de guardia, entonaba alborozados decires al compás de la gaita, repantigado sobre el botalón de puente. Era de lo más salida de talante su música y su romancero, estando todas con la tripa á cuestas y el ánimo en un hilo.

Entera se quedó la maciza pernezuela de la ternera sacrificada aquel día; sin empezar los bloques de harina dorada con aceite y olor de tomillo á todo bracero. Los mozos de maniobra despacharon úni-

cos todo su cazolón de nervios de vaca avituallados.

Mas la navegación fué feliz todo el día y toda la noche. Ésta mayormente serena, regada de astros que ponían centelleos de plata en las aguas. Los vientos del Sur, esos que los del oficio llaman terrales, venían con fuerza; pero parejos, dando vuelo á las naves. Amaneció la flota en una latitud bastante elevada.

Ya comenzaba á encerrarse por completo en los ánimos la entera confianza; pero la naturaleza tornó bruscamente: grandes nubes, plomizas primero, negras después, se amontonaron en el espacio.

La tormenta venía rugiendo del Norte.

Las tripulaciones se entregaron con viva diligencia al aclaramiento de aparejos y maniobras. Se aminoraba el velamen; el viento, ya bastante impetuoso, arrancaba chirridos agudos al rozar con las jarcias.

Las mujeres, los niños, los no ocupados en la brega del mar, fueron mandados á las bodegas, á fin de que no viesen los horrores de la naturaleza y no se acrecentase su pánico.

Los gritos de la marinería, el estampido del trueno, los aletazos de la ola empenachada de blanco, presentaban el inmenso poder del Todopoderoso en su ira y en su amenaza.

Contemplando el mar es como se reflexiona en el temor y en la bondad de la infinita misericordia del Creador.

Los navíos avanzaban velozmente bajo la tormenta. El último, que era el bergantín llamado *Cruz del Sur*, daba la ilusión de un castillete señorial envuelto por las espesas brumas de una mañana de Febrero.

Envueltos por la ira atormentada del turbión navegaron los navíos diez y ocho días con sus noches. Parecía que aquello no iba á terminar jamás y que ahí quedaría el ánima de cuantos marchaban á la ventura por tan medrosas soledades, con sólo la fe en el Crucificado, sacando ánimos del desaliento y confianza de la fortuna en la infinita bondad del que todo lo puede.

Mas había que experimentar otras expiaciones de otra índole, de mayor modo.

El tiempo fuése amansando pausadamente, hasta amanecer un día sosegado.

El mar en una calma de cosa muerta y así continuó por quince días más. Era aquél el viaje adonde no se llega nunca.

Las naves no avanzaban un palmo. No soplaba la más leve brisa, en tanto que el sol desgajaba impiadosamente sus fuegos con urencia inusitada.

Parecía que fuese aquello el viaje del invierno del Norte al infierno del Sur.

Logrando de cuando en cuando alguna ráfaga muy leve y sobrado inconstante, durante nueve días más se alcanzó á columbrar muy lejos, como un puntito, como un moscardón en los encajes del horizonte, la cumbre de una serranía.

Una voz áspera y ronca gritó desde lo alto del palo de trinquete:

—¡Allí están las Indias!

CAPITULO IV

Arribo á las costas del Sur.—La vivienda de fray Eliseo de la Victoria.—La copia de una carta sobre el mismo negocio de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas.

¡Cuitado del marino que creyó ver la costa firme! El punto obscuro, medio borrado en la lejanía, no apareció en forma toda la tarde y todo el día siguiente.

Fué un espejismo, una visión en el espíritu del animoso marino.

Lo que fué primero un grito de alegría, tornóse después en dolida pesadumbre.

Fueron precisos cuatro días más de viaje para arribar á la costa. El capitán Fonsalve había hecho un trazo exacto de no tocar en parte alguna antes del punto de la ruta señalada.

El arribo se efectuó en la mañana. Una mañana de Mayo despejada y calurosa

como todas en aquellos parajes del remoto mar.

Cuando las primeras chalupas nuestras atracaron á los arenales, una multitud de gente, españoles, indios, mestizos, salieron á su encuentro: era la encomienda de Saucedo en las costas del Caribe. Cincuenta leguas más abajo debían encontrarse las bahías de Güiría, Yaguara, Irapa, Pedernales y los Colorados.

Los tripulantes de la flota del padre Ortega más parecían una procesión de fantasmas que navegantes del mar Oçéano. Con los rostros rugosos y pálidos, las manos flacas y muertas, gibados por el desespero ó las obligadas vigilias, mustios los labios por la sobrada crueldad del ayuno.

La pequeña armada tuvo forzosamente que permanecer ahí nueve días. Los tripulantes aposentáronse en varias cabañas cobijadas por cierta hierba, que los naturales llaman enea, y las cuales hacían de hórreos en la época de la cosecha del maíz y el añil.

Los padres aposentáronse en la vivien-

da de fray Eliseo de la Victoria. Placenteramente recibiólos el buen religioso y les hacía no pocas preguntas de la Patria, de la vida y de la Sacra Congregación del Buen Jesús.

Fray Eliseo estaba extasiado en el contentamiento: tenía algo más de diez y siete años en aquella faena de labranza y de cristianización. Vale decir, el cultivo de la tierra generosa y el cultivo de las almas. Era aquel patriarca una hermosa espiga de fe y de bondad celeste, como que golpeaba con lumbre en los corazones; con el pan eucarístico; con la sana razón, las mentes incultas.

El primer día fué una larga y amena plática en pleno esparcimiento de los espíritus colmados de un mismo y santo amor. Luego dió atinados informes y muy útiles razonamientos del porqué de las resistencias de la Corona de Castilla á expedir nuevas encomiendas. Entre otras cosas mostróles copia de una carta que desde aquella región del Caribe había enviado Lope de Aguirre á Su Majestad el Rey Don Felipe II.

Decía la carta en estos términos:

Al Rey Felipe, español, hijo de Carlos el Invencible, Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo de medianos padres, hijodalgo natural vascongado en el Reino de España, en la Villa de Oñate.

En mi mocedad pasé al mar Océano á las partes del Perú, por haber más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debo de hombre de bien en sí mesmo y aun en veinte y cuatro años te he hecho muchos servicios en las conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, mayormente en batallas y encuentros que han habido en tu nombre, siempre conforme á mis fuerzas y posibles, sin importunar á tus oficiales por paga como aparecerá por tus reales libros.

Bien creo, Excelentísimo Rey mi señor—aunque para mí y mis compañeros no has sido tal, antes bien cruel é ingrato á tan buenos servicios como has recibido de nosotros, aunque también creo que deben engañarte los que te escriben

de las partes de estas Indias como están tan lejos.

Avísote, Rey español, donde cumple á toda tu justicia y retitud para tan buenos vasallos como en tus tierras tienes, aunque yo por no poder sufrir tus crueldades que azuzan estos tus oidores, visorreyes y gobernadores, á los cuales tú prestas obediencia, desnaturalizándonos á mí y á mis compañeros de nuestra tierra, que es España; avísote que te haremos en estas partes la más cruda guerra, que más fuerzas lo pudieran sustentar y sofrir. Los grandes apremios y castigos injustos que nos dan estos tus ministros, que por remediar á sus hijos y criados nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que lastima, ¡oh Rey!, el mal tratamiento que se nos ha hecho, y así, manco de pierna derecha de los arcabuzazos que me dieron en la batalla de Gucuninca con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apelativo contra Francisco Hernández, quien rebelde á tu servicio—como yo y mis compañeros al presente—, somos y seremos hasta la muerte, porque

ya de sobra hemos alcanzado cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra; y ansí tenemos en esta tierra tus perdones por de menos crédito que los libros de mar sin lucero, pues tu virrey, marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso, tirano, ahora á Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y el bravo Tomás Vásquez, conquistador del Perú, y al triste Alonso Días, que trabajó más en el descubrimiento deste Reino que los exploradores de Moisen en el Desierto, todos son víctimas de Cañete.

. . . . . .

. . . . . .

Mira, mira, Rey español, que no seas tan cruel con tus vasallos, pues estando tu padre y tú en los Reinos de esa Villa sin ninguna zozobra te han dado á costa de su sangre y su hacienda tantos reinos y señoríos como arenas tiene el mar.

. . . . . .

Por cierto tengo que van pocos reyes al infierno, puesto que sois pocos, que si muchos fuésedes, ninguno podría ir al cielo porque creo que allá seríades peores

que Luciferes, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana. Mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamaré siempre menores de edad y todo hombre inocente es loco y su gobierno es aire.

A Dios hago solemnemente voto, yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgos, de no te dejar ministro tuyo que no degollar, porque ya sé hasta dónde alcanza tu demencia.

El día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos por estar como estamos en estas partes de Indias, teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupción como expiamos manteniendo todo lo que de la Santa Madre Iglesia de Roma, porque pretendemos, aunque pecadores, recebir el martirio por los mandamientos de Dios.

....

Especialmente tan grande es la disolución de los frailes en estas partes, que por cierto conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno

que presuma de menos que gobernador ó visorrey.

Mira, mira, Rey, no les creas lo que te dijesen, pues las lágrimas que allá son delante de tu leal presencia, es para venir acá á mandar.

Si quisiéredes saber la vida que por acá tienen: se meten en mercadurías; precuran adquerir bienes temporales; vender los Sacramentos de la Iglesia á vil precio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones, fornicadores, soberbios de manera que por mínimo que sea un fraile, pretende mandar y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, Rey y señor, porque de estas cosas y malos ejemplos no está imprimida ni fijada la fe; mas te digo, Rey y señor, que si esta disolución de los frailes no se quita de aquí habrán sobrados escándalos.

Aunque yo y mis compañeros por la gran razón que tenemos nos hallamos determinados á morir, advertímoste de muchas cosas para tu provecho.

Estos tus oidores tienen cada año cuatro mil pesos de salario... y al cabo de tres

años tienen sesenta mil! y heredamientos y posesiones. Y por nuestros pecados quieren que cuando los topemos nos hinquemos de rodillas y les rindamos vasallaje y les adoremos como á Nabucodonosor.

Los frailes á ningún indio pobre quieren predicar; están aposentados en los mejores departamentos. La vida de ellos es áspera y fatigosa porque cada uno de ellos tiene por dura penitencia en su cocina una docena de muchachas, y no viejas por cierto, y otros tantos muchachos que les vaya á matar perdices, á pescar suculentos peces y coger fruta. Te juro, Rey y señor, que si no pones remedio en las maldades desta tierra todo se va á venir abajo. Sabes tú que ni yo ni mis compañeros queremos ni esperamos de ti nada, ni misericordia. ¡Ay! ¡Qué lástima tan grande que el César y emperador, tu padre, conquistase con la fuerza de españoles la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas del dolor y del cansancio para matarnos de hambre un día!

Yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud.

LOPE DE AGUIRRE, *El Peregrino»* (1).

---

(1) Hemos desglosado algunos trozos de esta carta, que por su aspereza y colorido de lenguaje nos han parecido demasiado fuertes, amén de que en la presente edición va esta obra un tanto extractada.—*(Nota del copista.)*

CAPITULO V

Las rompientes de La Esmeralda y el Peñón del Soldado. Bordeo en torno de la isla de Las Gavias.—Río de los Barimas.—Las corrientes del golfo Triste.—Los remansos del Silencio.

La salida de Saucedo fué menos triste. Fray Eliseo cargó de buenos regalos á las paternidades. Blandas aves de la selva, aderezadas para bastimento de añejo, abundante provisión de granos y vituallas frescas y unos diez indios de fuerza para el remo de esquife en los ríos.

El resto de tripulantes embarcóse harto repuesto de pasados duelos y quebrantos; mas la promesa grave y austera de Fonsalve de ir navegando por la costa hasta la propia región de Las Galdonas. Así menos propensión habría á los sustos en

que tan ocasionada es la travesía por alta mar.

Un lurte suave y manso agitaba la ola. Algo remontadas ya sobre el pico de cierta isleta llamada La Esmeralda sufrieron un poco las naos.

El viento se entra por la tronera formada por la isleta al desgarrarse de la costa firme, y de mayor á menor se estrecha hasta salir con más fuerza por el otro lado, lanzándose contra las aguas que, ensoberbecidas, se rompen en los peñascos y en los arrecifes.

Cuando las naves pasaron orzando, una nube de aves marinas se alzó de sus madrigueras del islote, lanzando agudos y rasgueantes graznidos, y tomando el espacio se alejaron como un manto blanco desplegado, ligero.

Islas aquí, islas allá, por todas partes grupos de islas, los medrosos tripulantes llevaban aquel consuelo de ir mirando tierra en torno suyo.

Y con no poco razonamiento: es aterradora la soledad de los mares en esas latitudes en que el alma tiene que refu-

giarse en Dios para no perecer de pesadumbre y desamparo.

Dos días después, separados de la costa firme por unas cinco leguas, avisó uno de los marinos al padre Timoneda la aproximación del peñón de *El Soldado*, ó sea el sitio en donde estaba establecida la encomienda de los Hermanos Vélez, llamada *El Pilar*.

Consultaron entre sí el padre Ortega, los frailes y Fonsalve hacia dónde debían tomar: si fuera de la isla de *Las Gavias* (1), ó por dentro del golfo Triste, y seguir costeando hasta tomar las curvas del vasto territorio que va hasta las vertientes del Alto Marañón.

Determinaron tomar por fuera, pues el padre Ortega objetó que el arribo á la encomienda de *El Pilar* podría tener como consecuencia otra demora y más largos días sin dar cima á la empresa que ya por tantas malaventuras traía conturbado su espíritu.

(1) Esta isla, situada en el saliente oriental del territorio de Venezuela, es actualmente una colonia inglesa con el nombre de Trinidad, con dos millones de habitantes y unos cincuenta mil kilómetros cuadrados.—*(Nota del copista.)*

Preguntó muy intrigado Sepúlveda y con él el hermano lego de la Soledad qué era aquello de *El Soldado*.

Como fuese compelido un viejo marino á que explicase, dió muy razonada y sucinta relación del origen.

Y fué que en una de las primeras expediciones al golfo Triste cayóse un soldado desde lo alto de la popa de un galeón. Desapareció el arcabucero, sin que se supiese más de él.

El hombre fué precipitado á las olas cerca al erguido peñón que sobresale del agua como treinta palmos.

Desde entonces llamósele *El peñón del Soldado*. Y es más, que de ahí en adelante toda nave que pasaba tenía que arrojar alguna cosa, un pedazo de lienzo, un madero, una torta de pan, que de lo contrario no la dejaba avanzar la corriente.

Y fué que, según la tradición, pedía el soldado difunto que sus paisanos y compañeros se acordasen de él y le dejasen algún presente.

Llegados á las costas del Barimas, más al Oriente, siguiendo la cadena de mon-

tañas, desembarcaron en una bahía mansa, cuyas riberas hallábanse pobladas de hojosas y verdes palmas. Un paraje solitario y silencioso donde el agua parecía dormida; y hasta muy escasas de aves y animales de los muchos que alborotan otras selvas con sus sotiles alegrías.

Mas no dió esto grandes confianzas á la expedición, pues los indios traídos de Saucedo hicieron á sus paternidades largo historial de lo mucho que sufrieron en aquel paraje otras expediciones.

Mayormente cuanto que los indios conocían las tribus feroces que había en aquellas tierras y las cuales solían venir á las costas en ciertas épocas del año; pero que el resto pasábanlo en el corazón de la selva.

La calma y lo callado de aquel paraje, donde eran las aguas como un obscuro remanso, hicieron que los marinos los llamasen «las arenas del Silencio».

Tomaron, pues, los expedicionarios cuantas previsiones eran del caso.

Entonces fué cuando dolióse el padre Ortega de no haber recabado caballos á

la hora de la partida. Del desembarcadero á lo intrincado de la selva partía un camino bastante ancho ó *trocha,* en la cual muy bien hubiese podido moverse y replegarse un escuadrón á caballo, que hubiera servido muy bien para aviso ó ataque en caso de una irrupción del indígena.

Pretendió el padre repartir en dos el grupo de tripulantes é irse él á explorar por la costa; pero tuvo oposición: no querían debilitarse disgregándose, sin tener un informe del grado de acometividad que pudiese tener el indio. Así como su fuerza guerrera y su aprovisionamiento de armas.

Esto, fuera de lo que habían dicho los de Saucedo, de que habían tomado armas de hierro y ciertos usos españoles de guerrear, tales como construirse parapetos de madera, balsas, obstáculos para abrumar al enemigo.

Pero como en el alma del padre Ortega había la fuerza inquebrantable de llegar á su cometido á todo trance, arrojó cuanto de desaliento podía haber en áni-

mo y se dedicó con ardimiento á organizar sus misiones.

Siguiendo hacia adentro, por la desembocadura del río, conocido por los naturales con el nombre de *Los Barimas*, escogió un pintoresco sitio en un recodo para establecer la puebla.

Era aquello una ancha playa de arenas blancas, y un valle bastante extenso que se internaba por la parte del Norte hasta tocar con unas laderas rocallosas en la propia cadena de la sierra. Espolones sobrenaturales, desgarrones profundos, una espesa vegetación, arboledas inmensas que daban una techumbre fresca y sombría, eran las más salientes cualidades de aquella región. Mas todo en una soledad, en un silencio abrumante. Ni siquiera el ruido del agua: todo quieto, manso, profundo.

Sólo, muy rara vez, el ruido del viento al agitar algunas lianas salvajes prendidas en la carroña de los árboles y las cuales florecían unas extrañas y grandes rosas blancas (1). De ahí reflexionó el padre

(1) Estas rosas blancas son las orquídeas conocidas por *Flor de Mayo:* las hay también rosadas y azules. Son de una

Ortega el nombre para la primera puebla que se fundase. Aludía las rosas tan abundantes en aquel sitio; y el nombre de la Bienamada Rosa de Lima, tanto más amada cuanto que ella nació como una llama de amor viva para llevar á los corazones la rosa aromosa de la piedad cristiana y sus celestes consuelos.

---

esplendorosa belleza. Lineo las llamó estrellas de encaje, y Lord Bacon, menos poeta, pero más práctico, las utilizó como sedante cociéndolas en agua de tilo.—*(Nota del copista.)*

CAPÍTULO VI

El establecimiento de la maestranza de ribera.—El mito del bergantín de la selva.—Hechizos, supersticiones de los indios: los flechazos.—El yaraví.—Los primeros amagos del infiel.

El mismo día que las naos pudieron echar áncoras al fondo del río (Julio, mediados) mandó el padre Ortega á cortar maderas y palmas para fabricar las viviendas, de modo que éstas, una vez ofrecidas al abrigo, pudiesen servir al portillo de la maestranza. Era esta diligencia la más importante, según el Superior, como que para internarse por ríos, brazos pequeños y otras vías de agua, érale menester una buena flotilla de bajeles.

Los indios servían de guías en la selva en la búsqueda de la mejor palma para techumbres y las más valiosas maderas.

En cosa de seis días construyéronse nueve viviendas provisionales, y entonces pudieron salir las mujeres de sus cuevas de las naos.

Amparo de Cruces ya no estaba tan mohina y asendereada. El Superior, sonriendo, acercósele á decirla bizarrías.

La buena hembra, un tanto vergonzosa por su pánico de los primeros días, tornaba á mirar hacia otro lado.

Encontrábase algo bien hallada, aunque no tanto como deseara. ¡Harto habían sufrido sus huesos y harta angustia pesó sobre su espíritu: navegando por salvajes mares creyó ver roto el hilo de su vivir!

—Ya te será grata la vida en estos sitios, buena Amparo... el todo es tener fe en el Señor, que no se olvida de sus buenos hijos!

Era ella la más garrida moza entre todas las mujeres de la expedición, y por esa razón también era la más medrosa. Esto, fuera de que también era la más sin ventura, casada con maese Alcocero, el viejo maestro de ribera, que la tomó para sí siendo una recién nacida, la crió, la formó

y luego se casó con ella. Llevaba la añosa cruz sobre su corazón, á fuerza de recato y virtud cristiana; pero su júbilo de mozuela perecía entre las más dolidas desesperanzas.

Mas no era tal sotileza en mengua de su donaire en el vivir y hablar y hacerse graciosa á los que vivían en torno suyo.

Acallaba sus querellas y disimulaba sus ansias diciendo alegres agudezas y sazonadas supercherías. Un poco socarrona mirábasele en el fondo de los grandes ojos negros y tristes la pícara curiosidad de los que buscan una cosa que creen encontrar pronto.

Algunas veces le alumbraba en aquel fondo de ojos bellos una sombra de tristeza como la reminiscencia que va en los ojos de las criaturas que pertenecen á razas vencidas.

En su seno amplio de lemosina había algo de la morenez del africano, y le caían los cabellos negros sobre la espalda en una sotil belleza de tinieblas.

Ella, con la mayoría de las mujeres, tomó la selva y pusiéronse á recoger abundante

madera muerta para la lumbre de los hogares, previsión del Superior para que en caso de ser atacados por los indígenas no tuviesen que aventurarse en los bosques en busca de aquella necesidad.

De una vez que estuvo construída la barriada, procedióse á la maestranza donde había de estacionarse el maestro de ribera.

Un pequeño destacamento de los tripulantes partió en busca de caza y pesca.

Copiosa fué ésta, pues en la tarde regresaron los que se marcharon guiados por los indios con un número considerable de aves y varios paquidermos. Y no solamente eso, sino que habiendo arribado en lo espeso del bosque á una *rancheria* abandonada por los indios *alhuacos*, pudieron cargarse de una gran cantidad de *yuca*, el blanco y sustancioso pan de las Indias.

Pero este acopio trajo en sí la más mala ventura, como se verá más adelante: el indio, conociendo que alguien había robado su heredad, apresuróse á buscar la ruta por donde había aparecido el europeo, y conocedor de las rutas por las malezas, no

tardó en atisbar cautelosamente, tras de las hojas, la flamante encomienda de *Rosa Blanca*.

Principiaba la asechanza. El ojo de la bestia racional en acecho solía acercarse de tarde en tarde á ver lo que hacía el conquistador.

Mas tan presto no se hizo sentir. Y la vida en la fundación continuó con igual ardimiento. Trabajaban las mujeres en las viviendas; los marinos en la construcción de los bajeles, y el resto preparaba su asiento á las labranzas.

Los indios de Saucedo, que hablaban muy bien el español, hacían relación todas las noches de las cosas sorprendentes y hasta medrosas de su vivir en aquellos bosques.

Contaban de un árbol, grande, muy grande, inmenso, que tocaba el cielo con sus escuetos ramajes, llamado el bergantín de los bosques.

Este árbol, en las noches del creciente de la luna, solía mudarse de un lugar para otro.

Que se le miraba elevarse, elevarse,

hasta poner sus raíces por encima de las montañas, y entonces se le miraba navegar por el espacio como un fabuloso buque.

Que cuando aquel árbol se desmayaba sobre alguna región era la ruina más espantosa y sobrevenían tormentas horribles, huracanes que lo barrían todo, crecientes y pestes que mataban miles de seres, lo mismo hombres que animales.

Referían también los indios de ciertos connaturales suyos que poseían extraños sortilegios, puesto que con sólo mirar con enojo á una persona la hacían caer muerta como presa de una espantosa enfermedad, vertiendo sangre por los oídos, por las orejas y por la boca.

Algunas veces entretenían á los expedicionarios tocando el *yaraví* y cantando á su compás unas monótonas y lentas coplas bárbaras y tristes.

La empresa marchaba con envidiable buen suceso: todo se prestaba asaz á la mejor manera.

Mas una tarde regresaron cinco de las mujeres presas de espanto. Habían ido á la era en busca de unas hierbas verdes

para barrer los insectos, y fueron asaltadas por varios indios: una de ellas con una herida de dardo en un brazo.

Los hombres corrieron todos á las armas. Presto se hizo el aparato de defensa: se organizaron en pequeñas legiones, cada una con su oficial; se colocaron varios pedreros en los parapetos de atalaya y defensa, y los arcabuceros ganaron cada cual su puesto.

Como lo que pareció enemigo se hiciese esperar, resolvió el Superior que fuese Fonsalve con quince de los suyos á practicar una exploración de atalayamiento.

Tomaron la trocha por donde se suponía la invasión de los indios. Los rastros de éstos, impresos en lo blando de la greda húmeda del piso, delataron por dónde habían huído.

Siguieron aquel rastro; pero habiendo andado unos cuantos tiros de ballesta, diéronse cuenta de que estaban por ahí aún. No tardaron en encontrarse bruscamente con ellos, y como se les echasen encima con presteza, los indios huyeron

despavoridos, dejando tres en poder de los asaltantes.

Fonsalve cuidó de atarlos muy bien y llevóselos.

Eran aquéllos los primeros cautivos que caían en la famosa encomienda de Rosa Blanca.

No hubo más encuentro por entonces.

Más tarde el Superior, ayudado por Sepúlveda, escribió una relación de lo hecho á la Corona y la cual envió con la nao *Cruz del Sur*.

Mandaba, además, una gran cantidad de raros plumajes, barras de oro, colmillos de cocodrilos, pájaros y algunos paquidermos y monos vivos para que sirviesen de entretenimiento en la corte.

CAPITULO VII

Algunas cosas curiosas de los mariguas.—Desastrosas consecuencias del comportamiento de los portugueses.—Romances.

Para mediados de Agosto ya tenía el padre Ortega unos veinticinco esquifes de poco calado para la exploración en las montañas.

Su ardimiento no se daba punto de reposo, hasta el extremo de que por sí mismo solía empuñar las pesadas herramientas en el trabajo, metiendo su hombro bajo las enormes trozas de madera que derribaban los indios en el bosque, para ayudarlas á transportar á la maestranza.

Por los indios cogidos prisioneros á los asaltantes se percató de muchas cosas de suma curiosidad y entretenimiento que más adelante se dirán; pero también de

una muy grave y que de por sí era de pesarle al que fuese de entereza inferior á la suya.

Vale decir que las expediciones portuguesas arribadas á Rosa Blanca anteriormente cometieron toda suerte de crímenes, escalamientos y bellaquerías.

Los tres indios cautivos se expresaron detalladamente de cuanto habían hecho aquellos europeos con sus tribus, sirviendo de intérprete entre ellos y el padre Ortega uno de los indios de Saucedo.

Decían aquéllos que en años anteriores una expedición de más de trescientos hombres llegó á aquel paraje, donde en otra época estaba sentado el cacicazgo de Barimas, al cual estaban sometidos los grupos de mariguas que existían en la región. Como los indios no esperaban la acometida, fueron desbaratados y dispersados en pocos momentos.

Los portugueses entonces se posesionaron de los pueblos, saquearon cuanto había en ellos y tomaron para sí las mejores mujeres y se las llevaron á sus galeones.

Poco después arribó otra expedición, más ó menos con los mismos propósitos; pero aquélla tuvo que bregar con la viva resistencia de los indios, unidos todos para la defensa común.

Viéronse forzados los portugueses á reembarcarse á toda priesa, pues las legiones indias les causaron numerosas bajas, quitándoles una infinidad de armas.

De ahí en adelante se estableció una especie de vigías armados que iban de tiempo en tiempo á otear la costa.

Dados tales informes, era de temerse muy en breve la acometida de los infieles. Acaso se estaban preparando para dar un golpe.

Así, pues, resolvió el padre Ortega poner en libertad á dos de los indios prisioneros y dejar el otro como en rehenes. Era éste, según se averiguó, un príncipe de las tribus *Barimas* ó hijo de cacique; y que era precisamente el que marchaba mandando el cuerpo de flecheros que desbarató Fonsalve.

Alto, fornido, la tez un poco más bronceada que la generalidad de los de su

BIBLIOTHECA BODLEIANA

raza; los ojos negros y ágiles, perfilado, con los cabellos espesos que le llegaban á la corva, era aquel indio una muestra gentilísima de la gallardía varonil en las selvas.

Algunas veces se mostraba colérico, otras permanecía horas y horas meditabundo, como sumido en las más hondas congojas, y gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

Cuando sus dos compañeros partieron mostró grande alegría.

Les habló largo y tendido como haciéndoles encargos.

Y en efecto, el padre Ortega pagóse mucho de enviar á los caciques sus seguridades de no querer hacerles daño, sino de ser amigo de todos y formar una alianza con ellos para la población de tan dilatadas y ricas comarcas.

En prueba de ello les envió muchos regalos de abalorios, vestidos de damasquinados y algunas armas lujosas con puño de marfil.

El grumete del galeón nombrado *Madre de Dios* fué quien mejores migas hizo

con el cautivo. Los primeros días costábales grandes trabajos entenderse, pero después se hizo su amistad muy íntima y cordial.

El indio entendía todo lo que quería darle á comprender el pillete, y viceversa.

Reían á carcajadas de las mutuas pifias en la pronunciación de sus respectivas lenguas.

Pero el indio era de más despejado entendimiento: lo adivinaba todo, y en pocos días aprendió una infinidad de nombres de personas y cosas.

El vino de uvas le produjo náuseas en principio, mas después lo cataba como un escudero flamenco.

El padre Ortega no cesaba de encargar á todos que le agasajasen y halagasen, á fin de impresionarlo muy bien á su devoción y buen afecto.

El grumete del *Madre de Dios* llamábase Santos: el indio llamábalo *Chan;* por padre decía *pae*, y por Dorotea, *Dea;* era esta buena mujer la madre de Sepúlveda, asturiana, santa mujer que practicaba una

gran piedad y las más hermosas virtudes cristianas.

En las horas más atribuladas dió ella muestras de la mayor entereza y de la más acendrada fe en Dios.

Era ella la del mayor empeño en atraer al indio y enseñarlo el lenguaje de los europeos.

El indio, por sí, se sentía fuertemente atraído hacia ella, no por un sentimiento licencioso ni mundano, sino por lo extraño que era para él aquel tipo de hembra blanca, extraña, con los cabellos plateados. Esto, sobre todo, intrigábale más: como que la raza india no encanece. Sus cabellos se mantienen como el ébano hasta la propia decrepitud.

Había entre las mujeres de la expedición muchas hermosas, y no pocas de formas llamativas á la lujuria; pero á él le era más de apetecer Dorotea. La tenía un cariño de madre, de novia, de santa.

Una vez se vió un tanto descabalado de salud, y ella, con sus drogas para él misteriosas, le hizo pasar pronto el desabrimiento.

Por Amparo de Cruces sentía también no poca inclinación, pero de un muy otro modo: Dorotea se le acercaba sin recelo, le hablaba, le ponía la mano sobre el hombro, lo llamaba por su nombre, en tanto que Amparo de Cruces se le acercaba con no pocas aprensiones, hasta con zozobra y nerviosidad.

El, en su simplicidad de bárbaro, creía ver en aquello muestras de desconfianza y de miedo, que en realidad lo era; mas no á él, al indio, sino al marido, tanto más receloso y lleno de malicias cuanto que era un anciano.

Al cabo una noche se dejó llevar de las reiteradas instancias de todos, y en unión de los indios de Saucedo cantó al compás del *yaraví*.

Su voz salía apagada, lenta, solemne como una plegaria. Todos permanecían silenciosos, como alelados, escuchándolo.

De esto ocurrió á Sepúlveda poner en castellano algunas coplas indias con ayuda de los de Saucedo, por no hacerles perder su íntegra belleza de cosa nacida en la propia tierra, sin el artificio de las

ciencias. Y es de lo más graciosa aquella poesía; como que tiene en poco á la mujer, que es por otra parte para el indio cosa de mucho deleite y entretenimiento, puesto que las lleva por rebaños siempre consigo.

Versan casi todas sus canciones en cosas de guerra, de culto, de viajes.

«Conmigo iba un compañero á mi lado... llegó una flecha y lo hirió con su púa y cayó muerto. ¡Quiso despedirse de mí, pero no pudo, porque yo lo dejé y seguí... tenía que continuar yo peleando!»

«¡La hermosa flor de las orillas del río le pone un tatuaje de colores á las aguas!»

«Mi plumaje de guerra luce más que el oro y que las estrellas del cielo.»

«La flecha que hirió al cacique Yari es más hermosa que el amanecer; porque el amanecer nos libra de la noche, y la flecha que mató al cacique ha libertado á mis tribus.»

«Hay un pájaro que me sigue al través de la selva: es la luz de mis ojos y la valentía de mi alma.»

«Yo tengo muchas riquezas; pero más

amo lo que quito á las tribus enemigas cuando las domino frente á frente» (1).

---

(1) De esta poesía hay numerosas muestras auténticas en la lengua original, puestas en letra castellana por Lisandro Alvarado, Tavera Acosta y L. N. Campodoni en el Archivo Nacional de Caracas. Códice 156, letra N., manuscritos.

Además, una obra de B. Tavera Acosta, titulada *En el Sur*, que resume todo el proceso de la literatura é idiomas indígenas de América.—*(Nota del copista.)*

CAPÍTULO VIII

Los embajadores de Guarí, cacique de los Barimas.—Respuesta del padre Ortega.—Partida de Timoneda.—Exploración de Fonsalve.—Amagos de tormenta en la propia encomienda.—Los celos de maese Alcocero.—El príncipe indio.—Emisario de fray Eliseo de la Victoria.

Hasta aquella fecha del primero de Octubre todo se había prestado con buen suceso á las diligencias del padre Ortega.

Había tenido que sofocar una muy ferocísima riña entre varios trabajadores de la maestranza, riña que hubiera producido fatales consecuencias á los expedicionarios; mas todo fué solucionado bajo la buena paz del Señor.

—¿Y sois vosotros—decía el padre Ortega—los que regáis la semilla de la discordia?

No fué menester un escarmiento; no

fué indispensable la tortura ni el espanto; todo quedó á la buena del buen Dios ante la voz del patriarca: «Amaos los unos á los otros». «¡No juzguéis!»

Las angustias hubieran ido mucho más lejos; pero se presentó una comisión del cacique mayor. La atención de todos se dirigió á ella.

Los recados, los encargos del joven príncipe cautivo habían producido sus resultados.

El cacique *Guarí* mandó embajadores con gran aparato de lujos y cosas superbas.

Mandaba á decir que estaba animado de las mejores ideas para con los nuevos expedicionarios españoles, y que en prueba de ello enviaba los presentes que debía entregar la comisión.

Consistían éstos en varios haces de plumas de los más vistosos colores, varios tapices de rara é intrincada pintura y algunas barras de oro.

Mas agregaba el cacique que le era de mucho menester la libertad del joven príncipe cautivo, á quien no podía

ver en prisión, teniendo él fuerzas numerosas para defenderle y rescatarle.

En todo esto vió el padre Ortega una maravillosa ocasión para entrar en tratos directos y fructuosos con las tribus.

Presto se puso en actividad y respondió á los enviados de *Guarí* que accedería á todas las exigencias del cacique.

Como los emisarios habían venido en canoas, río abajo, dispuso que tres de los esquifes recién construídos fuesen botados al agua. Preparó nueva expedición para ir á las poblaciones de los indios, y dispuso que fuese el padre Timoneda en persona, con un pelotón de soldados á la orden de Fonsalve.

El joven príncipe fué dado de libre. Se puso contentísimo y repartió abrazos y zalemas con todos.

Pero al abrazar á Amparo de Cruces se estremeció de arriba abajo. Se puso muy pálido. La estrechó apasionadamente entre sus brazos y sus grandes ojos negros con los ojos de la española se miraron profundamente...

El joven cacique partió á sus selvas;

pero el mal humor de Alcocero desde aquel instante reveló que su corazón quedaba ahí preso, por más que su cuerpo pecador se fuese lejos.

Trató el padre Ortega de quitarle aquella angustia, pero fué en vano.

A eso llegó á la boca del río un buque pequeño. Era una urca enviada por fray Eliseo de la Victoria. Desde la Punta de San Juan de las Galdonas venía mirando la costa á ver de adivinar el paradero de los galeones de Ortega.

CAPITULO IX

La vuelta del príncipe indio Irúa.—Los corsarios ingleses.

La Navidad fué venturosa en extremo para la encomienda de Rosa Blanca. Tuvo el padre Ortega la placidez de ver para la noche del Nacimiento de un todo construída la pequeña iglesia.

Aquella noche se dijo en ella la primera misa y se cantó el *Te Deum*.

Mas en las primeras horas de la mañana, el vigía, estacionado en el parapeto de la Atalaya, dió la voz del alarma y disparó el arcabuz.

Venía por la trocha del Norte un numeroso cuerpo de tropas indias.

La encomienda, no obstante la armonía que reinaba entre españoles é indios, aprestóse á las armas. No precisamente por

agredir á enemigo alguno, sino por previsión.

Llegaron á los contornos de la puebla los dos indios que habían estado presos con Irúa, y manifestaron que éste quería hablar con el padre Ortega.

Pasó el príncipe é hizo grandes y expresivas zalemas á todos; mas á Amparo de Cruces la agasajó con cierta zozobra mirando á todos lados. ¿Temía á maese Alcocero? Acaso. Mas el maestro de ribera andaba lejos. El padre Ortega sonrió un poco con la candorosa placidez de un niño.

Sabía que todo aquello era el pecado; mas, ¿qué hacer? Eran las locas calamidades de la vida que nacían en la obra misma del bien.

El hombre nace desnudo, nace puro; mas después lo pervierten los oropeles de la vida.

Sentía en el fondo de su alma aquellas tristezas que venían, pero la obra marchaba hacia adelante. La causa de Dios debía ser primero; después, que viniese la causa de los hombres.

Tenía él el orgullo de su obra; ya no

pensarían en la corte las malicias desprendidas de la carta de Aguirre.

Decía aquél que los religiosos llevaban vida disoluta en las posesiones de Su Majestad; que escandalizaban y robaban, y holgaban con las mujeres.

El quería mostrar su obra como suya. Impecable, inmaculada, pura como una rara piedra de gran valor.

Y Dios se lo había de conceder: domaría al fiero indígena, domaría las fieras de los bosques con su palabra mansa y olorosa á perdón.

El sabría mostrarse como Daniel en la cueva de los leones.

Y su palabra con el príncipe bárbaro fué santa, con la santidad de las cosas que brota el seno de la Naturaleza. Sin adornos, sin hipocresías, pura, casta, inmaculada como la luz.

Sólo sentía, y mucho, no poder hablarle al fiero príncipe convertido en cordero como él quisiera hablarle: los dos, unidos; pero la diferencia del idioma era una barrera infranqueable entre los dos. El intérprete no bastaba para expresar en to-

da su solemnidad la palabra salida del fondo del alma.

Pero todo quedó en perfecta comprensión.

Pocas horas después las hordas indígenas se paseaban por las calles de la encomienda.

Los soldados de Ortega y los caciques fraternizaban. Se amaban. No eran aquellos hombres blancos como los otros españoles y portugueses.

El *Capitán* no era el fiero guerrero, armado, cubierto de acero, áspero sacrificador de cautivos, vejador de mujeres. No incendiaba, no mataba, no saqueaba.

Fonsalve regresó al día siguiente y trajo no pocos regalos.

Aquello fué el principio de la otra puebla del otro lado del río.

El padre Ortega, seguido de un numeroso cortejo de españoles y naturales, bendijo el sitio donde debía edificarse.

Pero aun faltaba un nuevo obstáculo: otras fuerzas contrarias; los corsarios ingleses.

El vigía de la Atalaya dió la voz, co-

mo cuando aparecieron las legiones indígenas.

Avanzaban por las barras dos galeones extranjeros. Uno avanzó derecho hacia el sitio de la puebla, el otro orzó hacia la desembocadura del río.

Ante lo que se presentaba súbitamente, Irúa hizo saber al padre Ortega que él le ayudaría con sus huestes.

Mas el inglés se limitó á enviar una chalupa tripulada por dos remeros.

Decía que «sabiendo el desembarco de una expedición española en aquel sitio, quería saber si reconocía la soberanía de S. M. Británica en toda la región».

El padre Ortega contestóle que haría gran resistencia en caso de que aquellas naves trataran de desembarcar en la costa.

Mas no se hicieron indispensables tales aprestos. La armada inglesa continuó su ruta. Al principio parecía seguir la urca enviada por fray Eliseo de la Victoria; pero como aquélla navegaba arrasándose con los arenales de la costa, vióse precisada á desistir de su empeño.

CAPITULO X

Irúa.—Sus ansias.—Lo que rogaba el padre Ortega.

Jamás expedición extranjera alguna realizó con más presteza su cometido. Otras necesitaron meses, años, para domar la soberbia irreductible del indio; mas el padre Ortega logró su conquista sin mayores calamidades, fuera de las del viaje y el poder agregar á aquellos elementos remisos á su obra.

Labor de seducción para hacerlos embarcar en el puerto español, labor de palabra y promesas para acallar sus cóleras en alta mar, puesto que pensaron en sacrificarlo si era fracasada la empresa; ahora incurable tortura para no dejar satisfacer lo ofrecido, que era el señuelo del sa-

queo, la satisfacción del deseo de la lujuria y la codicia y la ambición.

Las hablillas de la Corte no podrían cebarse en su nombre por la carta de Aguirre acusando á los religiosos de ladrones, disolutos y fornicadores.

El padre Ortega quería que su obra pudiese mostrarse al Consejo Real de Castilla como cosa preciosa que se plega y se muestra á la vista de todos.

Él no era de los frailes ni de los padres mercaderes. Él no tenía docenas de barraganas en su cocina.

Cuando Irúa marchó á su campamento, llevó la buena nueva de aquellos hombres blancos qúe no eran como los otros: matones, saqueadores, violadores de las mujeres indígenas.

Antes bien; él, Irúa, indio, era temido por los hombres blancos, porque una mujer blanca había puesto sus ojos en él.

Y era la única palabra en el idioma extranjero que decía con toda pureza:

—¡Amparo!

Cuando él pensaba aquella palabra, cuando aquella palabra le resbalaba por

los labios, sentíase desgarrado del resto del mundo, de sus hembras, de sus armas, de sus selvas, de sus padres, de sus dioses penates.

Creyó que había sido la divinidad quien lo había puesto en el camino de aquellos grandes ojos negros y tristes; mas Amparo no lo amaba de ese modo: lo amaba como la hembra encadenada que ama lo que es libre, y perfuma y encanta.

Atada toda su vida á aquel añoso hombre anguloso, nervudo, erizado de barbas ásperas y canas, sintió el deseo fervoroso de alejarse de él y refugiarse en los brazos de uno que la hiciese gemir con los más potentes alientos de la vida.

El padre Ortega comprendía todo aquello: la Naturaleza imponía imperiosamente sus derechos.

Y una vez—no exasperado, pero sí lleno de entereza—dijo á maese Alcocero:

—¡Id con Dios, maese! Esos años que lleváis á cuestas ¿de qué os sirven? ¿Os habéis casado con una joven vos, anciano, abatido?... ¿Es eso lo que debe hacer un hombre de vuestra edad? ¿Y el seso?

¿Y el buen dicernimiento? ¿Pretendéis tornar el cielo de otro color que no sea el azul que todos vemos? Tenéis razón, y pecador de mí, que soy el primero en dárosla; pero entre la razón... no la tenéis.

De ahí en adelante comprendió maese Alcocero que había incurrido en una falta grave, ya en las postrimerías de su vida, pidiendo á la juventud lo que la juventud no podía darle.

CAPITULO XI

Complemento de la obra de Ortega.—Lo que puede el odio.—Esperanzas frustradas.—La nueva expedición.—Las tribus Yuruary.—Muerte de Fonsalve.

Fuera de mínimas cosas, como la acritud de maese Alcocero, no faltaban otras tribulaciones al padre Ortega; pero su entereza, su fuerza de voluntad, lo salvaba todo como por encanto.

No de modo perfectamente afianzado, pero sí muy distinto de como se presentaron las cosas al principio.

Indias é indios, con sus crías, se presentaban á menudo á *Rosa Blanca:* unos, por el lado de la montaña; otros, por el río, en canoas; pero ya no con la esquivez de antes. En lugar de esquivar el paso lo buscaban.

Muchas tripulaciones detenían se ahí á pasar la noche, y á las primeras horas de la mañana continuaban su navegación.

Los expedicionarios no cesaban de repetir que venían en paz y en la mayor buena fe para con los naturales.

Que ellos no aspiraban á quitar al natural ni sus riquezas, ni sus viviendas, ni sus mujeres.

Mas para que siempre hubiese un respeto á la encomienda agregaban «que no querían que hubiese guerra para que no hubiese cautivos ni esclavos» (1).

Y con tales ofrecimientos ya debía pensar el indio para no temer, como á cosa del infierno, el llevar relaciones con el europeo.

---

(1) En lo relativo á la esclavitud de los indios, muchos siglos después, los poemas de Víctor Hugo defendían á Colón ante los cargos que le hiciese la posteridad, y el leviatán del siglo XIX decía en fogosos endecasílabos de *Los Crucificados:*

A Catón de arrojar á las murenas
sus míseros esclavos; á Colón
que al indio libre le forjó cadenas...
¡cadenas que llevó en su corazón!

(Nota del copista.)

Ya para los primeros meses del año siguiente tenía como 200 cabañas indígenas la encomienda de *Rosa Blanca*.

Las familias fueron llegando paulatinamente, é íbanse agregando á la puebla española.

De aquel rincón pintoresco y solitario del desembocadero del Barima brotó un pueblo alegre, vivo, con la animación de la aldea europea.

Mas en la sombra había la cizaña del mundo que todo lo envenena.

Maese Alcocero rugía á calladas. No quería convenir á los razonamientos del Superior. Se imaginó que el patriarca había tomado el adulterio de su mujer como cosa de sojuzgarlo á él; á él, que había vertido su sudor y le había ayudado exponiendo su vida á la obra de la expedición.

El no quería convenir en la derrota que le echaba encima su propia ancianidad, ante la arrogancia de una juventud vencedora.

No convenía él en la valla infranqueable que entre él y su joven esposa elevaba la naturaleza.

El indio Irúa continuaba haciendo viajes á la encomienda, y en cada uno de ellos traía familias que formaban en torno de la puebla.

Jamás llevó consigo á Amparo. El padre Ortega habíale encargado mucho que no lo hiciera. Y el indio se curaba de obedecerle.

Pero los soldados que iban y venían de las tribus á la puebla, y de ésta á aquella, con cuchufletas y alusiones solían arrimar leña al brasero.

Cierta vez le dijeron al maestro de ribera que Amparo había tenido un niño, vale decir, un mestizo.

La cólera le arrasó las pupilas. Se le quemó la sangre en las venas.

De ahí en adelante fué, no ya un escozor, lo que su despreocupación y docilidad le impusieron, lo que sintió ante la tremenda desgracia de su corazón, sino un odio negro que pedía venganza.

Reflexionaba, discurría en su soledad el modo de desahogar aquella comprimida cuita. Hasta que una noticia súbita puso en sus manos el hierro ansiado.

Llegaba el capitán Fonsalve con treinta familias indias de la selva. Era aquélla la quinta expedición que arribaba á *Rosa Blanca*.

Con él venía Irúa, el príncipe de los Barimas, que era quien le había acompañado con cien de los suyos.

Una idea siniestra cruzó por su alma y se dispuso á ponerla en práctica.

Luego de ordenar las últimas cosas en la maestranza, allegóse á su vivienda.

Tomó el arcabuz, calzóse altas zamarras de piel, y ciñéndose la ancha y corva cuchilla morisca, fuése al bosque, hacia la curva del río. Ansiosamente se estuvo en aquel sitio escondido largo rato. Ya comenzaba á caer la noche. Las riberas del río parecían dormidas.

Pero súbitamente se interrumpió el silencio. La flotilla apareció por la vera.

Adelante avanzaban dos canoas; en seguida tres esquifes con soldados y mujeres indígenas paridas.

Luego un bajel algo más grande en donde venían el capitán Fonsalve, Irúa y un grupo de indios.

Alcocero enarcó la saeta, apuntó temblorosamente y lanzó la cuerda: el dardo partió y dió en blanco.

El asechante tomó por la maleza en desaforada fuga; luego de pasar la espesa maraña que lo separaba del valle de la puebla, cogió por una vereda y se metió en su cabaña sin ser visto de nadie.

Había matado al capitán Fonsalve. Era aquélla una voz que le gritaba en su conciencia que no había dado en el pecho del rival, sino en el corazón de uno de sus más nobles compañeros.

CAPITULO XII

El espanto de la encomienda.—Confesión de Alcocero.—Envío del maestro de ribera á Las Barrancas.—Los proyectos de otra empresa.—El bergantín galaico.—Amparo de Cruces.

Cuando el dardo penetró en el corazón del animoso capitán, aquél se fué de espaldas sobre el grupo de indios, diciendo:

—¡Ay, Dios, que soy muerto por una mano traidora!

Todos miraron espantados hacia el lugar de donde había partido el flechazo; pero sólo columbraron la sombra del tupido bosque.

Los esquifes, á una voz del príncipe indio, atracaron á la barranca del río; tomaron por la selva sus tripulantes en busca del misterioso agresor; pero como era ya la noche y el terreno duro y lleno de ho-

jarasca seca, no pudieron dar con su rastro.

Reembarcáronse y continuaron al puertecillo de la puebla.

La noticia cayó como una tormenta sobre sus moradores. Al príncipe Irúa se le encendieron de cólera las pupilas. Por la clase de arma con que se había dado muerte á Fonsalve, bien se miraba que el autor era uno de los de su raza.

Ofreció vengar la sangre del capitán. Buscar al criminal traicionero donde estuviese.

Mas cuando estaban todos en torno del cadáver, rezándole las letanías y llorando, apareció el maestro Alcocero.

En su cara se veía el espanto de persona que siente una culpa tan grande, tan grande como esas que parece que para ellas no hay perdón suficiente en todo el Orbe.

Con las manos puestas en el rostro, llorando como un niño, cayó de rodillas ante el Superior, y con acentos desgarradores confesó que él había sido, no porque quisiese matar á Fonsalve, sino por dar muerte á su odiado rival.

—Yo le maté con esta flecha, con dardo envenenado por la cicuta de las sierpes bravas.

El padre Ortega alzó los brazos al cielo y prorrumpió en estas desoladas palabras:

—Culpa no es la del pobre y humildoso pecador, Dios mío, sino de la vil carne del mundo, que todo lo pudre con su vaho... ¡Ay! ¡Ay! ¡lástima inmensa que el alma viva encubierta en tan asqueroso envoltorio de concupiscencia! Yo lo haré castigar por la justicia humana; pero tú, Dios de bondad, haréis que sea redimido por tu infinita misericordia!

Tales fueron las palabras del padre Ortega. Luego mandó á los soldados que atasen á Alcocero con fuertes cadenas y lo llevasen á la bodega de los cautivos en el navío *Madre de Dios*.

Pocos días después enviaba al culpado á la encomienda de Saucedo para que de ahí fuese conducido por alguna armada española que pasase á las fortalezas del Reino de Nueva Granada.

El cadáver del capitán fué enterrado

en un recodo del valle cerca á la labranza, cercada su fosa por algunos arbustos floridos.

En aquel sitio dispuso el padre que se enterrarían en lo sucesivo todos cuantos muriesen en *Rosa Blanca*.

¡Al capitán Fonsalve correspondió ser el primero en ocupar el sagrado sitio!

.... (1)

Pasadas estas angustias y reposado un poco el espíritu por la fe en Dios y la oración, comenzó el padre Ortega á organizar la expedición final de su obra, explorando las selvas del Sur, siguiendo la cadena de montañas que, según la opinión de Sepúlveda, debían salir al Marañón al

(1) De este pasaje en adelante sigue una larga disertación sobre las consecuencias morales de la irreflexión y el apasionamiento de los hombres. Después una relación minuciosa y sucinta de la fundación de la Nueva Puebla de San Juan de las Galdonas, que hemos creído discreto suprimir, por encontrarse incompleta en el manuscrito y porque no ofrece ni amenidad ni interés histórico. Además, en la relación de Pero Núñez de Abecerrada sobre la conquista del Alto y Bajo Orinoco, y publicada por la casa Apeck, de Londres, en inglés, está integralmente este detalle.

Mas en lo sucesivo sí está fielmente todo el proceso de la conquista y primera colonización de la costa firme del Sur de las Antillas, hoy posesiones inglesas.— *(Nota del copista.)*

través del macizo central de aquella parte en las Indias.

Proponíase emprender un viaje de dos ó tres meses á fin de descubrir las regiones de los *Yuruary*, establecer alguna comunicación entre sus fundaciones y las del otro lado de las sierras del Ecuador.

A la sazón arribó á *Rosa Blanca* un bergantín galaico que había ido á Guayaila con cargamentos de armas para el Adelantado Sánchez de Medara y Gamazo, el cual navío traía doce familias españolas destinadas á las fundaciones del padre Ortega. Además dos cañones de cebo y fresco, alguna pólvora y provisiones de hierro y arte para las labranzas.

Harta falta le hacían, y el padre recibió todo aquello con singular alborozo.

Aprovechó esta guisa para enviar á Europa un cargamento de maderas, tintas ya cosechadas, cerdas vegetales, pieles, cuernos y una gran cantidad de azufre. Más algunas barras de oro encomendadas directamente al Consejo Real de Indias.

Envió larga relación de sus trabajos y duelos y quebrantos, y pidió al Real Con-

sejo una administración civil para dar organización definitiva.

En sabiendo Amparo de Cruces el arribo del bergantín, empeñóse en hacer viaje á la encomienda, diz que porque quería escribir á una tía suya que vivía en Antequera y la cual quería ella se viniese á las Indias para que pasase el resto de sus días á su lado.

Fueron vanas cuantas exhortaciones le hiciese Irúa, á quien el padre Ortega encargase no dejarla venir.

Ella dominaba á Irúa á su sabor y querer. Y una mañana presentóse en el atracadero en larga *guajibaca* india, remada por cuatro corpulentos marañones.

Allegándose hasta el casón del padre Ortega y mirándolo con grandes muestras de júbilo, díjole de esta manera:

—¡Guárdeos Dios, padre mío, que habedes querido que yo jamás no volviese á esta ribera! Y á fe que de ello doliase mi ánima, puesto que deseaba con ansia venir á besaros las manos.

El padre sonrió plácida y bondadosamente:

—¡Ah pecadora! Ya que tanto influjo tenéis en tu príncipe, procurad de atraerlo junto con los suyos lo más pronto posible á la ley de Dios Nuestro Señor... que así se lavarán vuestras culpas y pecados y os haréis merecedora de su divina gracia y santificados perdones...

El coloquio entre el padre y la pecadora fué harto plácido y sereno.

Holgábase él de que hubiese traído su niño para llevarlo á la pila bautismal; mas ella se opuso. Quería que la catequización fuese completa, pues deseaba que las aguas lustrales bañasen un mismo día la cabeza inocente del hijo y el alma bárbara del padre.

CAPÍTULO XIII

El emporio de Rosa Blanca.—Los proyectos del padre Ortega.—Las muchas bellezas del río Barima.—La fundación de cinco pueblas.—Seis iglesias.—Fortaleza.—Descripción de aquellas soledades.—La hermosura del silencio y de la sombra.—Escarmiento de corsarios ingleses.—El botín tomado por Sepúlveda y trescientos de los suyos.

El río Barima, sobre cuya desembocadura estaba asentada *Rosa Blanca*, es bastante caudaloso, aunque no tanto como el Marañón: tiene mucho pescado de diferente manera, y mucha tortuga y gran cantidad de huevos de otros animales de la misma especie, aunque más pequeños y de otro parecido, que se encuentran en los arenales de las playas. Numerosas bandas de pájaros del tamaño de nuestros palominos y son muy gordos y sabrosos. Nace este río en las altas cimas del *Yuruary*,

según unos, y del propio seno de la selva del mismo nombre, según otros. Pero la opinión más razonable es la del padre Ortega, que se internó hacia arriba por sus caudales hasta donde le fué posible navegar á los bajeles.

Su curso en más de ochenta leguas se va tortuosamente por unas selvas que están siempre en una muy densa obscuridad, porque los árboles son hojosos y los sarmientos espesísimos.

Las curvas se van prolongando como por rincones sombríos y soledades llenas de silencio.

Sobre todo por las tardes, en que queda la Naturaleza como dormida en un sueño profundo. La corriente no se oye nada: se desliza el agua como la seda, como la brisa en pesadas ráfagas. Puede llevarse un candil encendido sin zozobra de que el viento lo apague.

Cuando se oye un poco el ruido es en las mañanas, que los pájaros, que son á millones, forman un alboroto muy grande, ó cuando algún tigre coge un ciervo y lo mata, que comienza á dar lamentos el ani-

mal mientras la fiera le da zarpazos y dentelladas.

Las sierpes se enroscan en los ramos de los árboles; y muchos patos de luciente pluma y diverso color pueblan los *juncales*, *eneales*, *carricillales* y otras plantas de caña y hoja delgada como espadaña de las que abundan en los sitios húmedos, como orillas de río, ciénagas, madreviejas, encharcamientos del bosque por las lluvias.

El padre Ortega tuvo que hacer fatigosos y largos trabajos para despojar la tierra en donde había de sembrarse la vitualla. Desbrozó una gran extensión y ahí mandó á sembrar en mucha abundancia palmas de coco, maíz, yuca, garbanzos, bananeros, caña de azúcar y una cierta planta muy rica, porque su fibra sirve para toda clase de cordajes de navegación, siendo después de tallada blanca, muy blanca, como mazos de cabellos encanecidos.

Cuando resolvió hacer la expedición, además de *Rosa Blanca*, que debía ser el asiento de la encomienda, tenía cinco pue-

blas más: la de *San Juan,* al otro lado del río, compuesta de cincuenta familias indias, tres españolas y dos de los frailes franciscos; la de La Concepción de Amacuro, con treinta familias de la tribu *alhuaca*, cuatro españolas y otro fraile francisco; la de San José de Moranana, con familias indias de los *magúas*, en donde estaba Amparo de Cruces con Irúa, y la del Alto de Damarara, en la costa arriba, con cien familias indias de los *Güirías,* seis españolas, entre las que estaba Dorotea y su marido, diez arcabuceros y el capitán Luis de Cañete, que era ayudado en temporadas por Sepúlveda.

Pero las cosechas, explotación de oro, cobre, maderas, aceites, resinas, pieles, granos y plumas, eran todas llevadas á los depósitos que había hecho construir el padre.

De ahí eran conducidas estas riquezas á los puertos de la Península por navegantes que hacían el comercio con Cuba y Santo Domingo, los cuales traían caballos, vacas, cerdos, aves domésticas y otras cosas, como vestidos, armas, herramientas.

En cuatro años de estacionamientos pudo el padre Ortega edificar una casa grande en *Rosa Blanca,* destinada al Gobierno y Administración; una fortaleza y atalaya de mampostería y seis iglesias en diversos puntos.

Este buen suceso de una expedición que no guerreó, ni esclavizó, ni violó mujeres, suscitó la envidia de muchos corsarios ingleses que ya se habían fijado en la también floreciente encomienda de *Las Gavias.*

Pero acordaron tarde su aplastamiento: no pudieron sojuzgarla. El nieto de Drake fué uno de los que recibió duro escarmiento ante aquellas playas; y por dos veces tuvo que salir con áncoras arrastrando, tal como los portugueses ante la soberbia de los indios de *Guyana,* en aquel mismo sitio.

Después fué otro, el irlandés Hig, que perdió la vida, pues el galeón donde navegaba fué arrebatado por una tromba al salir de la bahía y se lanzó impetuosamente contra los arenales de la barra. Las olas lo volvieron pedazos, constituyendo un

rico botín para Sepúlveda, que recogió al día siguiente una enorme cantidad de velámenes, cuerdas, cajas de madera llenas de grasa en rama, bultos de telas finas y mantas de abrigo, inmenso material de arqueo y astillero y varios arcones con oro y objetos preciosos. Además, una infinidad de arcabuces, alabardas de abordaje, hachas marineras y varios aparatos de náutica.

Fué aquél uno de los más espléndidos triunfos de las armas españolas en la inmensa región antillana.

De ahí no más volvieron los corsarios á hacer de zánganos, tratando de tomar para su regalo el trabajo fatigoso y desesperante de otros humanos...

CAPITULO XIV

La expedición á la región de los Yuruary. — Muerte del padre Ortega.

Para Enero de 1660 quedó arreglada de un todo la expedición proyectada por el padre Ortega. Debía ir con él el padre Timoneda, el capitán José de Oca y un numeroso cuerpo de arcabuceros; vale decir, 50 soldados españoles de los llegados de España en las últimas expediciones y 150 indios entre *magúas* y *marañones*.

El mando de *Rosa Blanca* y sus otras dependencias quedaba en manos de Sepúlveda; Alonso Pérez, oidor; Juan de la Ensenada, alguacil mayor; Diego de Borregales, tesorero nombrado por el Consejo de Indias, y Eustaquio Fernández, como agregado. Esto, con 200 soldados

que quedaban en muralla y fortaleza, cuerpo de volantes entre las diversas pueblas y algunos marinos.

La demás tropa que había toda marchó con Ortega.

Llevaba además éste 40 acémilas con abastecimientos y 30 indios cazadores para el acopio de carnes en el viaje.

Todo este aparato en numerosa flotilla de bajeles de río, en grandes balsas donde iban las acémilas y en una barca plana de 50 celemines de 100.

A fines de Enero partió la expedición en altas horas de la madrugada, después de oir una misa solemne con *Te Deum* en el templo principal de la misión, donde ofició el padre Ortega, encomendando su obra á la sacra devoción del Espíritu Santo.

La larga procesión de esquifes, bajo los postreros rayos de una luna ya próxima á ocultarse, iluminó la cuenca ensombrecida del río. A poco desapareció por la vuelta lejana y todo quedó envuelto en el profundo silencio.

El amanecer los sorprendió muy lejos.

Preguntó entonces el padre Ortega á Irúa si podrían navegar todavía un día entero río arriba.

El indio respondió, sonriendo, con asentimiento.

No sólo el resto del día, sino que acaso muchos. Sólo que la noche siguiente tenían que tomar puerto en un arenal de la ribera. La navegación por la noche, según aconsejaban los guías, era en extremo peligrosa; un árbol caído y atravesado en la ruta, un peñasco entre la corriente, no faltaría un obstáculo en aquellas soledades que pudiese hacer zozobrar alguna de las pequeñas naves.

Aquella mañana fué alegre en extremo; las tripulaciones indias iban cantando al son del remo.

El más grande de los hijos de Amparo de Cruces, tan grande que ya contaba tres lunas, según la cuenta de su padre, trataba de asírsele de las blancas barbas á Ortega.

—¡No, hijo—decíale Amparo—, no tocar sus barbas á papá Dios! ¡Riñe, riñe, él riñel

—¿Riña mí? ¿Riña mí, pá?

Era el mesticillo una monada de hombre en retoño.

De la posada en plena selva se levantó una humareda. Los soldados españoles asaban á viva llama los grasosos tasajos de carne de cerdo; los indios contentábanse con ahumarla.

Acertó á pasar por el aire, muy alto, una banda de pájaros verdes y amarillos y encarnados.

Un numeroso grupo de indios saltó de las naves á tierra y, embrazando las flechas, dispúsose á asaetear muchos.

—Vuelven— decían —, vuelven... han visto el grupo y tornarán el vuelo.

En realidad los pájaros volvieron, describiendo un redor en el cielo.

También las aves de los bosques tienen una grande curiosidad: una cosa que llama su atención en el bosque las atrae cual si fueran seres racionales.

Los indios comenzaron á disparar sus flechas hacia la banda de errantes voladores, que, á medida que eran certeramente alcanzados, caían aleteando dolorosamen-

te: unos en tierra, entre las malezas; otros en el agua.

Otros indios, despojándose de sus plumas y taparrabos, se lanzaban al agua á coger los que, al caer, seguían corriente abajo flotando en loco aleteo.

El acopio de aves fué numerosísimo; á poco había entre una canoa un centenar de ellos. Parecían un montón de flores palpitantes amarillas, encarnadas, azules.

Pagaban aquellos seres inocentes su curiosidad con la vida; enrojecían más con su sangre el encarnado de sus vestas lucientes y coloridas!

Bien alto ya el sol, marchó de nuevo la expedición. Aquella noche irían muy lejos.

Según el decir de los indios, no tropezarían en muchos días de marcha con tribus enemigas ó desconocidas.

En aquellos senos tan lejanos de las montañas no hay mayormente habitantes, ni de hombres ni de animales.

La selva es como la inmensa lejanía de los mares, que en las altas latitudes no tiene peces. Dios ha reservado esos senos profundos de la naturaleza para la so-

lemnidad del silencio y de la soledad.

Lo profundo del bosque secular es como lo profundo del océano.

La majestad del Todopoderoso está en él, palpita majestuosamente en él por la sombra, que maravilla y encanta en el propio misterio, y fascina en la linda flor de seda del árbol ó en la brillante fosforescencia de la ola.

....

.... (1)

Los primeros diez días fueron de feliz avance en el seno de las selvas.

Columbraron los expedicionarios algunas tropas de cerdos monteses y no pocas bandadas de tigres, que al ver la flotilla tomaban selva adentro en loca fuga.

Pero no sufrieron ataque. Las sierpes eran esquivadas con tino, al ser columbradas en los ramajes de los árboles próximos á las orillas.

Y las cacerías diarias de aves efectuábanse en momentos precisos, haciendo un

(1) En el presente pasaje hemos suspendido un trozo demasiado largo que, en nuestro propósito de extractar, encajaba con demasiada profusión. — *(Nota del copista.)*

alto á mediodía, echando una ojeada por las malezas á la caída de la tarde... ó bien yendo á media noche á las guaridas de ciertos animales de menor, como el cochinillo de las solapas ó el de áspera corteza en el lomo, que hace sus grutas en las raíces de los árboles corpulentos.

Generalmente estas cacerías de noche eran asaz fructuosas, pues los animalejos eran cogidos dormidos en sus madrigueras ó cuando no encandilados en lo espeso de las malezas.

Solían también los indios pescar con hierbas embriagantes echándolas machacadas en los remansos.

Los peces saltaban desesperados á la superficie y eran ensartados por los buídos dardos y metidos en las embarcaciones.

Ya en el décimoséptimo día de navegación tuvo la expedición una hondazozobra.

De las canoas que marchaban adelante fuése una al fondo. Avanzaba á toda velocidad impulsada por un fuerte viento á popa; había un árbol caído en el seno de las aguas, cuyo tronco permanecía oculto; el esquife montóle encima la quilla y al

descender se puso boca abajo, tomando el fondo prestamente.

La tripulación tuvo que tomar á nado las riberas. Ninguno se ahogó, como que eran vigorosos nadadores; pero se perdió una gran cantidad de aprovisionamientos.

Luego se hizo sumamente difícil el avance por agua. Saltos, cascadas, peñascos, árboles inmensos caídos en el río, más escaso el raudal por la falta de los tributarios.

Resolvió el padre Ortega tomar tierra y continuar el viaje valiéndose de las acémilas y un fuerte destacamento de indios armados de hachas y alfanjes, que fuese talando trocha.

Así lo hizo: envió las embarcaciones atrailladas en convoy á *Rosa Blanca*, con cinco de los tripulantes menos necesarios en el viaje, y continuó la marcha. Mas al poner en práctica tal diligencia, sintió una pena en su corazón.

Uno de los indios destinados á volverse á *Rosa Blanca* no quería obedecer.

Era de los indios que le había cedido fray Eliseo de la Victoria en Saucedo.

El indio se arrojó en el suelo y comenzó á revolcarse en la arena como un condenado. Lloraba como un niño, diciendo de esta manera:

—¡Yo no ir á *Rosa Blanca!*... Quiero, quiero ir con mi padre, ¡mi padrecito Ortega, Ortega!

El padre, comprendiendo que una flaqueza de su parte podía no ser de buen ejemplo para la rigurosa obediencia, encareció al indio que no replicase la orden; más aquél, asiéndose á las faldas del hábito, gritábale:

—¡No, no, padrecito! Tú no ser cruel con tus hijos; déjame ir á tu lado.

No quedó más recurso que dejar hacer al indio.

La marcha por tierra fué fatigosa. Selvas profundas, grandes fangales, extensas llanuras ardidas por el sol en que su plenitud se perdía en los horizontes como un mar de hierbas reverberantes; tropas de bestias salvajes que tomaban fuga.

Días enteros sin encontrar un árbol ni una gota de agua; días y días marchando por parajes inundados; la noche cuajada

de estrellas; la obscuridad profunda; ruidos extraños y siniestros; pero en el ánimo de los misioneros iba la fe como un lago lejano de riberas apacibles, de cielos serenos, con sus aguas en eterna mansedumbre, rieladas de auroras!...

Eran ya los veintiocho días de marcha cuando hallaron unas huellas humanas en un estrecho sendero.

Al lejos unas palmeras... Después... unas cabañas. ¡Al fin! Los expedicionarios todos prorrumpieron en un grito de júbilo.

Gran número de indios salió de las cabañas atraído por la gritería, pero á la vez algunos europeos.

Todos, agrupados en los claros del bosque, esperaron á los que llegaban.

Sin conocerse, sin haberse visto jamás, hubo abrazos efusivos entre unos y otros.

El padre de la Compañía de Jesús que llegaba y los frailes que allí había se saludaron fervorosamente.

Era aquélla la misión del Callao enviada por el gobernador Centurión de la Antigua Angostura, que hacía años estaba

estacionada ahí entre las tribus *Yuruary*.

La comunicación entre los conquistadores de la costa Sur del mar de las Antillas y los de la cuenca del Orinoco y del Marañón quedaba establecida, á la manera de los hilos de luz que el Supremo Hacedor tiende de alma á alma para la salud de los mundos.

Sólo treinta días bastaron para la inmensa travesía por en medio de las selvas sobrenaturales.

La expedición se dió al reposo.

Luego envió el padre Ortega una comisión de 50 hombres para que fuesen por la ruta que habían traído á marcar el camino y dar las nuevas del buen suceso á la encomienda de *Rosa Blanca*.

Mas el padre Ortega cayó malo, atacado por fiera fiebre. Una fiebre violenta que no pudo bastar á calmarle el diligente y abnegado cuido de los suyos.

En pocos días aquel fiero mal se lo llevó á las sombras de la eternidad.

Al lanzar su último suspiro todos sus acompañantes estaban en torno del lecho... una humilde cama de varas rústicas.

Los bendijo á todos. Gruesas lágrimas le resbalaron por el rugoso rostro, como esas gotas de rocío de la más sana frescura que ruedan por la corteza del áspero árbol en plena primavera.

Llamó al fraile Juan de San Félix y pidió que les dejasen solos.

Encargóle muchas cosas para la patria ausente, lejana y amada. Y, finalmente, que su cuerpo fuese quemado hasta reducirlo á cenizas, y éstas que fuesen llevadas á *Rosa Blanca* y depositadas en el seno de la madre tierra junto con las del capitán Fonsalve.

Ahí, en el humilde cementerio de aldea, quedó la ceniza del santo, junto con la ceniza del guerrero animoso: uno que sucumbió con la mano puesta en el puño de la espada; otro con los labios fervientes puestos en la cruz del Crucificado, como una parábola, como una encendida flor de celestes perfumes...

CAPÍTULO XV

Algunas menciones finales sobre la conquista de la costa Sur de las Antillas.—Lo que fué después el famoso establecimiento fundado por los padres de la Compañía.—El gobernador enviado por S. M. el Rey.—Carta de éste al general de los Jesuítas.

Por muchos siglos quedará la memoria del padre Ortega y Zozaya en los Anales de la gloriosa Orden á que perteneció. Por muchos y largos siglos también quedará grabado su nombre en el corazón de las generaciones que vivan en aquellos paraísos donde él sembró la vid de sus gloriosas virtudes cristianas.

Sirvió la causa de Dios, de la humanidad, de los afligidos. Supo amar como nadie. Su alma era otra *Rosa Blanca*, no fresca de rocío cristalino, sino abrasada de amor vivo y puro. Su Majestad el Rey fué la primera persona dolida de tan inmensa desgracia. Nobien sabida la infausta

desventura, estando en el Monasterio de El Escorial, enfermo, ya en sus postrimerías, envió á llamar al padre prior, y presente aquél díjole desta manera:

—Haced, padre, que se entone un responso solemne por el ánima del reverendo padre Ortega y Zozaya, que ha subido á los cielos dejando huérfano mi real servicio en los mis reinos del mar Océano... en desolación los cariños de sus hermanos de la piadosa Orden... y con un soldado menos las huestes de la cristiandad.

Luego dictó providencias para que fuese enviada á la región de las Antillas una armada en que fuese el gobernador, oidores, alguaciles, tesoreros, administradores de la Corona, en el Nuevo Reino del Sur del mar Océano.

Después envió una carta al general de la Compañía de Jesús en estos términos:

«Os doy mis sentidas tristezas por la pérdida de tan preciosa vida, que fué encendida llama para la causa de Dios, de mi real servicio y de vuestra santa Hermandad.»

INDICE

Páginas.

NUEVA UMBRÍA

Primera parte..... 11
Segunda parte..... 69
Tercera parte..... 123

MISIONES DE ROSA BLANCA Y SAN JUAN DE LAS GALDONAS (1656)

Capítulo I.—Extracto de una carta de D. Eustaquio López á un jesuíta. — Indios «mariguas» y guerreros del Marañón. Las nuevas encomiendas.—El canibalismo.—Otros pormenores..... 153
— II.—El viaje á Mallorca..... 161
— III.—Salida de Mallorca.—El Crucificado de la Buena Esperanza.—El hondo mar y las visiones..... 165
— IV.—Arribo á las costas del Sur.—La vi-

Páginas.

vienda de fray Eliseo de la Victoria.—La copia de una carta sobre el mismo negocio de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas..... 172

CAPÍTULO V.—Las rompientes de la Esmeralda y el Peñón del Soldado.—Bordeo en torno de la isla de Las Gavias.—Río de los Barimas.—Las corrientes del golfo Triste.—Los remansos del Silencio. 182

— VI.—El establecimiento de la maestranza de ribera.—El mito del bergantín de la selva.—Hechizos, supersticiones de los indios: los flechazos.—El yaraví.—Los primeros amagos del infiel..... 190

— VII.—Algunas cosas curiosas de los mariguas. — Desastrosas consecuencias del comportamiento de los portugueses.—Romances 198

— VIII.—Los embajadores de Guarí, cacique de los Barimas.—Respuesta del padre Ortega.—Partida de Timoneda. Exploración de Fonsalve.—Amagos de tormenta en la propia encomienda.—Los celos de maese Alcocero. El príncipe indio.—Emisario de fray Eliseo de la Victoria..... 207

— IX.—La vuelta del príncipe indio Irúa.—Los corsarios ingleses.. 211

— X.—Irúa.—Sus ansias.—Lo que rogaba el padre Ortega..... 216

— XI.—Complemento de la obra de Ortega. Lo que puede el odio.—Esperanzas frustradas.—La nueva expedición.—

Páginas.

Las tribus Yuruary.—Muerte de Fonsalve. 220

CAPÍTULO XII.—El espanto de la encomienda.—Confesión de Alcocero.—Envío del maestro de ribera á Las Barrancas.—Los proyectos de otra empresa.—El bergantín galaico.—Amparo de Cruces. 226

— XIII.—El emporio de Rosa Blanca.—Los proyectos del padre Ortega.—Las muchas bellezas del río Barima.—La fundación de cinco pueblas.—Seis iglesias.—Fortaleza.—Descripción de aquellas soledades.—La hermosura del silencio y de la sombra.—Escarmiento de corsarios ingleses.—El botín tomado por Sepúlveda y trescientos de los suyos..... 233

— XIV.—La expedición á la región de los Yuruary.—Muerte del padre Ortega. 239

— XV.—Algunas menciones finales sobre la conquista de la costa Sur de las Antillas.—Lo que fué después el famoso establecimiento fundado por los padres de la Compañía.—El gobernador enviado por S. M. el Rey.—Carta de éste al general de los Jesuítas... 251

BIBLIOTECA AYACUCHO (HISTORIA DE AMÉRICA)

I-II. Memorias de O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas.

III. Memorias de O'Connor: Independencia Americana.—5 p.

IV. Memorias del General José Antonio Páez: Autobiografía.—7,50 pesetas.

V. Memorias de un Capitán del Ejército Español, por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII. Memorias del General García Camba. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú.—7,50 pesetas.

VIII. Memorias de un oficial de la Legión británica: Campañas y Cruceros.—4 pesetas.

IX. Memorias del General O'Leary: Ultimos años de la vida pública de Bolívar.—7,50 pesetas.

X. María Graham. - Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823).—Trata de SanMartín. Cochrane. O'Higgins. - 7,50 pesetas.

XI. Memorias del Regente Heredia.—Monteverde. Bolívar. Boves.—Morillo.—4,50 pesetas.

XII. Memorias del general Rafael Urdaneta.—7,50.

XIII. Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV. Memorias de Urquinaona.—7 pesetas.

XV. Memorias de William Bennet Stevenson.—5,50 ptas.

XVI. Memorias póstumas del general José María Paz.—8 p.

XVII. Memorias de Fray Servando Teresa de Mier. - 8 ptas.

XVIII. La creación de Bolivia, por Sabino Pinilla.—7,50 p.

XIX. La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX. Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

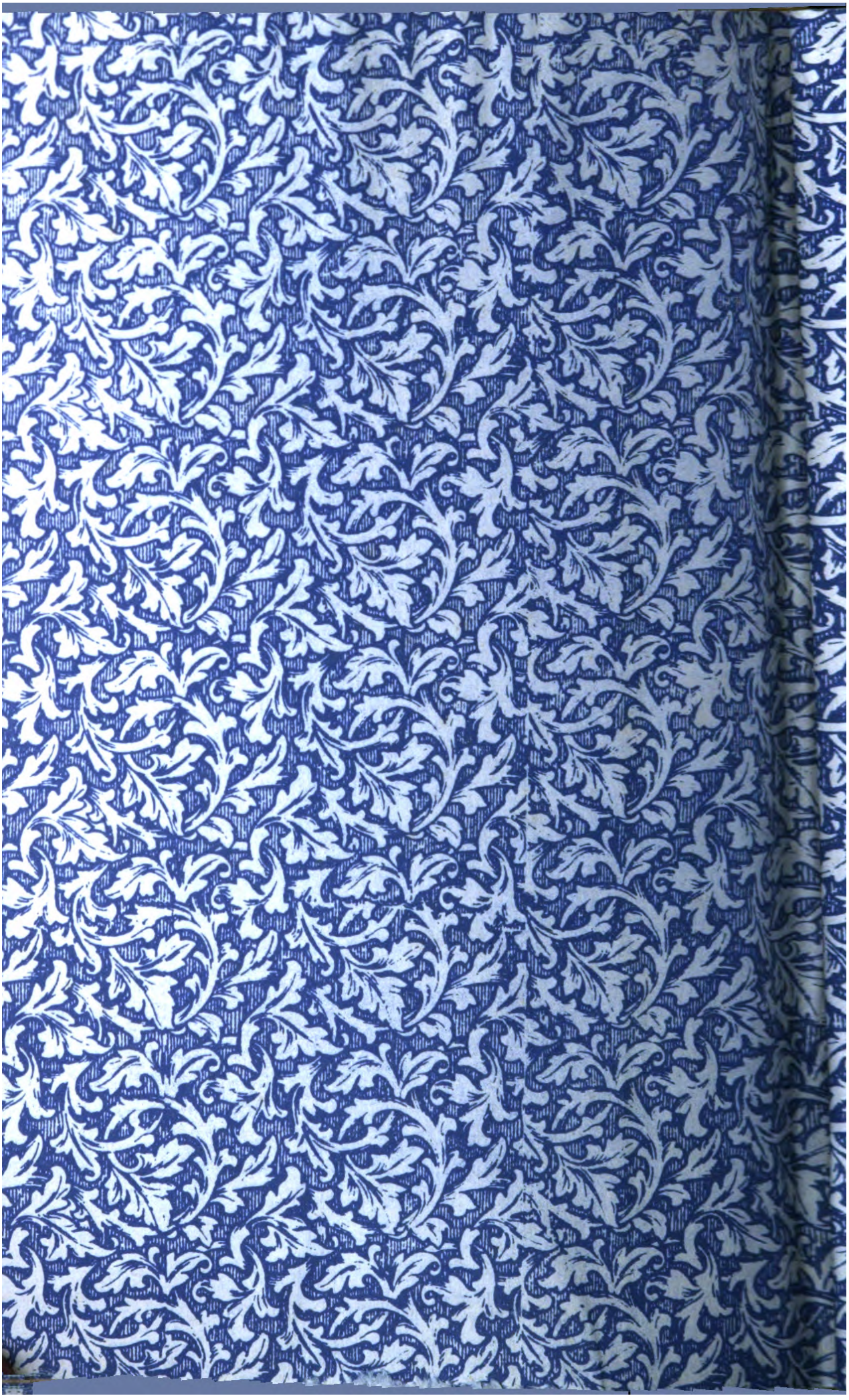
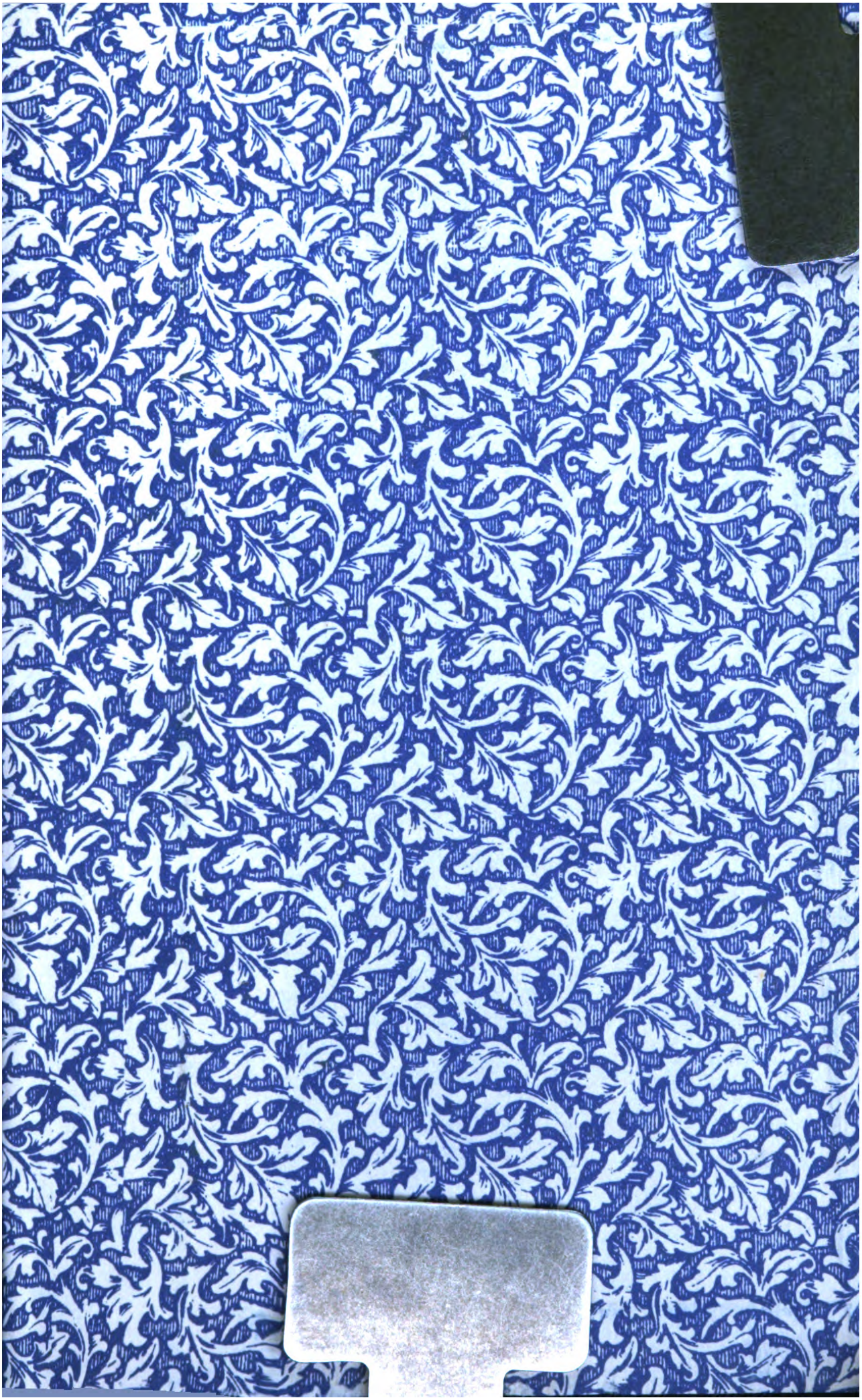
XXI. Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri.—8 p.

XXII-XXIII. Vida de Don Francisco de Miranda. General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.—Dos volúmenes á 8 ptas. cada uno.

XXIV. Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV. El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII. Memorias del General Miller.—8,50 pesetas.

XXVIII-XXIX-XXX. Vida del Libertador Simón Bolívar, por Felipe Larrazábal.—8,50 pesetas.

XXXI-XXXII. Noticias secretas de